

HARLEQUIN®

® Recrea el tiempo para ti™

BIANCA®

360 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $10.00

Dormitorio compartido

Elizabeth Oldfield

Dormitorio compartido
Elizabeth Oldfield

Dormitorio compartido (1999)
Pertenece a la temática No Molestar
Título Original: The bedroom incident (1998)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1032
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Matthew Lingard y Kristin Blake

Argumento:

Desastre número uno: Hacía diez años que Kristin había acusado erróneamente a Matthew Lingard de destrozar su vida. Había montado tal escena en un restaurante, que él había perdido la oportunidad de firmar un contrato para un fabuloso empleo y a su novia.

Desastre número dos: La perspectiva de tener a Matthew como jefe era suficiente como para que Kristin estuviera asustada. Por el momento, parecía que él no la había reconocido, pero seguramente era sólo cuestión de tiempo.

Desastre número tres: Y la guinda fue verse atrapada en el dormitorio de Matthew. Viéndose obligada a pasar la noche con él, Kristin estaba decidida a mantenerse inmóvil en su lado de la cama. Hasta que surgió la pasión…

Capítulo 1

Matthew Lingard trató de relajarse reclinándose sobre el asiento de piel y estirando las piernas. La lluvia volvía a caer caprichosamente en otra tormenta primaveral, de modo que se quedó en el coche esperando a que escampara.

Sonrió. Le habían ofrecido una gran oportunidad, iba a ser un gran desafío, pero podía hacerlo. Sabía que podía hacerlo. Iba a relanzar el *Ambassador*, un periódico al que los expertos habían pronosticado el fracaso para navidad. Lo relanzaría llenando un vacío en el mercado y alcanzando un gran éxito, se dijo. Aunque desde luego le iba a llevar tiempo, dedicación, sudor y lagrimas.

Observó las gotas de agua sobre el parabrisas. Después de dos meses reuniendo información, tomando y pensando, sólo quedaban diez días para que el periódico saliera a la calle. Y un asunto que resolver: buscar a un nuevo redactor jefe cuyo nuevo propietario insistía en llamar las páginas femeninas.

De pronto una voz procedente de un coche aparcado llegó hasta su somnolienta conciencia. Era una voz femenina y decidida.

—¡El sexo es aburrido!

Matthew bostezó, parpadeó trató de despertarse restregándose los ojos con los puños. Era imposible que estuviera de acuerdo con esa afirmación pero, ¿habría oído bien?, se preguntó.

—Lo es, es aburrido —declaró la voz.

Matthew se retiró la manga de la chaqueta y miró el reloj. Eran más de las seis. Colocó el asiento del coche en posición vertical y miró por la ventana. La lluvia había cesado, pero seguía habiendo nubes negras en el cielo. Había sido él el primero en llegar y aparcar su Aston Martin Volante, pero en ese momento un viejo Morris Minor estaba parado a unos cuantos metros. Delante de él una rubia alta y de piernas largas, con pantalones de lana, caminaba de un lado a otro con un teléfono móvil en la oreja.

—Jo, comprendo que resulte atractivo, pero ya hemos tenido bastante de eso. En serio, estoy saciada de ese tema —dijo.

Pues vaya suerte, pensó Matthew. Hacía mucho tiempo que no hacía el amor. Demasiado. Tenía treinta y siete años, la sangre caliente, estaba en la plenitud de la vida, y sin embargo dormía solo. Su carrera le dejaba poco tiempo para dedicarse a asuntos personales. Precisamente habían sido las largas horas en el periódico la causa por la que había dejado a la última novia.

Frunció el ceño. Bueno, eso no era del todo cierto, se dijo a sí

mismo. Había ido perdiendo el interés y se había refugiado en el trabajo dejando que el romance sencillamente languideciera.

—No me importa si los demás piensan que el sexo es un ingrediente esencial o no, para mí es monótono —continuó la joven llamando de nuevo su atención—. Creo que deberíamos de olvidarlo…

Kristin se interrumpió de pronto. Se quedó de piedra. Había creído que el deportivo negro estaba vacío, pero de pronto veía a un hombre moreno sentado al volante. Y estaba mirándola. Fruncía el ceño y, evidentemente, escuchaba su conversación.

—Jo, tengo que dejarte. Volveré a llamarte. Adiós —colgó abruptamente.

Mientras se dirigía al coche para guardar el teléfono, el hombre que había estado escuchando salió del suyo. Lo miró seria. Era alto, de hombros anchos y con un cuerpo formidable.

—No he podido evitar escucharla —dijo.

—¿Es qué no podía cerrar la ventana?

—Sí, supongo, pero no se me ocurrió —sonrió—. ¿Me disculpa? —su sonrisa era sesgada y levantaba las cejas con una expresión casi infantil. Ella lo miró fríamente. A cualquier mujer se le hubiera caído la baba, pero Kristin se negó a dejarse ganar tan fácilmente—. Si utiliza el móvil en la calle es natural que la gente escuche.

Kristin vaciló, pero luego sonrió pensando que tenía razón.

—Queda usted perdonado.

—Gracias.

Aquella conversación telefónica resultaba intrigante, pensó Matthew. Aunque a veces las apariencias engañaran lo cierto era que por su forma de moverse hubiera jurado que aquella mujer era fogosa. Su aspecto era el de una persona capaz de apasionarse. Los ojos de Matthew vagaron por su silueta delgada y torneada. Su cuerpo estaba hecho para la pasión, pensó. ¿Cómo era posible que estuviera cansada de hacer el amor?, se preguntó. Aquello era un pecado y una vergüenza. Su novio merecía ser colgado.

—En un estudio reciente sobre qué es lo que más irrita a la gente en general, el veintinueve por ciento reconoció que lo que más le molestaba era ver a personas hablando por un móvil en la calle —explicó Kristin.

—Bueno, no es una información muy útil.

—Conozco un montón de estadísticas inútiles.

—¿Y qué es lo que más molesta de todo? —inquirió él.

—Al sesenta y cinco por ciento de la población lo que más le molesta es la propaganda por correspondencia.

—En eso estoy de acuerdo —afirmó Matthew recordando el

montón de correo que recibía a diario—. Lo que más odio son las cartas en las que te dicen que eres el ganador de un montón de millones.

—Son una trampa.

—Siempre —contestó Matthew mirando más allá del aparcamiento hacia el castillo de piedra que se elevaba contra el cielo—. ¿Ha venido usted a cenar?

El castillo de Flytes Keep era la mansión de *Sir* George Innes, un empresario escocés que había añadido *The Ambassador* al conjunto de sus intereses financieros. Construido alrededor de un patio, algunas de sus partes databan del siglo catorce. Con sus torreones y su puente levadizo, Flytes Keep parecía sacado de un cuento.

—Sí, y voy a quedarme a pasar la noche —contestó Kristin sonriendo.

Si alguien le hubiera dicho tan sólo unas cuantas semanas antes que iban a entrevistarla para un empleo fantástico en un castillo de Kent hubiera jurado que aquello era una solemne tontería. Pero la vida estaba llena de sorpresas, se dijo.

—Supongo que todos nos quedaremos —contestó Matthew.

—Como es viernes, pensé que habría mucho tráfico, y como no quería llegar tarde, salí de Londres muy pronto —continuó Kristin—. Sin embargo, las carreteras estaban vacías.

—Lo sé. ¿Corrió mucho?

—Tomé la autopista hacia las ocho.

—Así que sobrepasó el límite de velocidad. ¡Vaya, vaya!

—¿Y usted no? —preguntó Kristin a su vez con ojos brillantes.

—Una vez o dos —sonrió—, pero sólo un poco.

—¿Y entonces a qué hora llegó?

—Salí hacia las cinco, pero lo hice a propósito porque quería hablar con *Sir* George en privado. No obstante, cuando llegué, estaba lloviendo, y como no quería mojarme esperé en el coche a que escampara. Cerré los ojos y…

—¿Se quedó dormido?

—Sí, una hora más o menos.

—Debía de estar usted cansado —sonrió Kristin.

—Sí —asintió—. Los últimos dos meses no he parado. La semana pasada decidí tomarme unos días libres. Quería dormir, pero entre que tomaba notas y Charlie, que se venía a mi cama hasta las tantas de la madrugada, no tuve oportunidad.

—¿Charlie es su novia, su hijo, o es un perro? —preguntó Kristin.

—Es mi sobrino. Pasé esos días en casa de mi hermana, mi cuñado y su hijo, Charlie, en Chershire. Hoy he venido desde allí. Charlie

tiene seis años, y es un niño muy activo. Tenía vacaciones de Semana Santa, y no se ha despegado de mí.

—Sé a qué se refiere —rió Kristin—. Tengo un hermano de ocho años. Bueno, de hecho es medio hermano, mis padres están divorciados —explicó mientras una sombra oscurecía sus ojos—. Cuando voy a verlos todos esperan que me lo lleve de excursión y a la montaña rusa.

—¡Dios mío!

—Pero a usted le gusta jugar con Charlie, ¿no?

—Sí. Me dijo que yo era su tío favorito, y aunque sé que soy el único tío que tiene me llena de orgullo —contestó Matthew haciendo una pausa. No tenía costumbre de contarle su vida a ningún extraño. ¿Por qué se lo estaba contando a ella?, se preguntó—. Bueno, creo que voy a entrar. ¿Y usted?

—No sé, aún falta media hora para mi supuesta llegada —vaciló.

—¿Y va usted a sentarse en el coche a esperar? —sacudió la cabeza —. No es una buena idea.

—No.

Matthew subió la ventanilla del coche, retiró las llaves y cerró la puerta. Abrió el maletero y sacó una maleta de piel. Luego activó la cerradura automática por control remoto y caminó hacia el Morris evitando los charcos.

Kristin estaba inclinada sobre el asiento de atrás y tenía en las manos un par de bolsas de plástico. Estaba mirando hacia otras bolsas desparramadas por el asiento.

—¿Puedo ayudarla? —se ofreció Matthew.

Kristin se enderezó y se encontró a Matthew de pie junto a ella. Había notado que tenía una frente amplia, pómulos altos y rasgos imponentes, pero entonces vio el azul claro de sus ojos y las espesas pestañas. Parecía inteligente, seguro de sí mismo… duro. Era el tipo de hombre excitante y peligroso contra el que cualquier madre hubiera prevenido a su hija.

Curvó los labios en una ligera sonrisa. Un empleo magnífico, un castillo de hadas, y por último, un hombre. Tenía buenas razones para estar contenta, pensó.

—Sí, por favor.

Lo más probable era que trabajara en el *Ambassador*, reflexionó, ¿pero con qué cargo?, se preguntó mientras volvía a inclinarse sobre el asiento trasero del coche. Por su físico hubiera jurado que estaba interesado en los deportes, pero la seriedad de su rostro sugería también que podía ser un reportero de política. O quizá de guerra.

Sacó un par de bolsas y pensó que su rostro le resultaba familiar.

¿Acaso había visto su foto en alguna parte?, se preguntó.

—¿Es qué no tiene usted una maleta? —preguntó Matthew, agarrando las bolsas que ella le iba dando.

—Por supuesto que sí, pero se la presté a mi compañera de piso, Beth, que se ha ido a Grecia. No sabía que la iba a necesitar. Ya sé que no queda muy chic venir a Flytes Keep con bolsas del supermercado, pero no tenía ganas de comprarme otra.

—Bueno, a nadie le va a molestar.

—A mí me molesta —contestó Kristin. El empleo para el que ya había tenido una primera entrevista con el propietario aún no era seguro, y necesitaba desesperadamente demostrar que era capaz de realizarlo. Todo tenía que ir como la seda en Flytes Keep—. Mientras hacía el equipaje no dejaba de decirme a mí misma que era una tontería, pero ahora me siento ridícula.

—No hay razón para sentirse así —aseguro Matthew con calma. La observó mientras sacaba bolsas y más bolsas con zapatos, jerseys, revistas y ropa interior de seda—. Ha venido usted bien equipada para una sola noche.

—No estaba segura de qué iba a necesitar, así que me lo traje casi todo.

—¿Casi? ¿Quiere decir que se ha dejado las botas de goma en casa?

—Junto con los pantalones cortos estampados estilo hawaiano.

—Grave error.

—Puede ser, pero ya es tarde. Ya está todo —sonrió Kristin.

Matthew apretó el asa de su maleta. Aquella sonrisa le provocó un deseo: llevarse a esa mujer a la cama. Quizá fuera por haberla oído hablar de sexo, quizá porque era muy atractiva, o quizá por ambas cosas, se dijo. Lo cierto era que de pronto sentía un deseo irreprimible. Deseaba soltar la maleta y acorralarla en sus brazos para besar apasionadamente aquella boca sensual.

Y desde luego, se dijo, si le hacía el amor podía garantizarle que no se aburriría. Aunque quizá se engañara, recapacitó después. Quizá fuera una mujer con poca libido, de esas que se quedaban inmóviles e imperturbables.

—¿No hay nada en el maletero? —preguntó Matthew serio.

La urgencia de su propia libido le había sorprendido. Por lo general podía controlarse. No era un adolescente que se excitara ante cualquier preciosidad que pasara por delante, pensó. Era un hombre maduro.

—No, creo que no —vaciló Kristin volviéndose hacia el maletero —. No.

Al girar, uno de los tacones de la bota de Kristin resbaló sobre el pavimento haciéndola titubear. El contenido de las bolsas que llevaba en las manos voló por los aires mientras gritaba. Matthew dejó los paquetes en el suelo y se apresuró a ayudarla. Juró, la agarró del brazo tambaleándose él y, finalmente, la dejó caer la escasa distancia que faltaba.

—¿Está usted bien?

—No, no lo estoy, ¡es usted un patán!

—Traté de salvarla —protestó Matthew—. Si no la hubiera dejado en el suelo me habría caído yo —frunció el ceño—. Encima de usted.

—¡Pero me ha dejado caer sobre un charco!

—¡Oh, cuánto lo siento!

Kristin levantó la cabeza. Él sonreía ligeramente.

—Me alegro de que lo encuentre usted tan divertido —añadió fría.

—No, no, lo siento —murmuró él poniéndose serio.

—¡Patoso!

—Está bien, quizá lo sea… un poco.

—Mucho.

—Bueno, mucho —concedió Matthew—, pero tiene usted que comprender que…

—Nada.

—Lo siento. La ayudaré.

Kristin vaciló en tomar su mano, pero finalmente se dejó ayudar. Matthew tiró de ella y con un solo movimiento la puso en pie.

—Gracias —dijo seca.

—¿Quiere limpiarse el trasero o… —preguntó él sonriendo otra vez y sacando del bolsillo un pañuelo— quiere que lo haga yo?

—Me las arreglare yo sola.

Mientras Kristin trataba de secarse Matthew recogió la lencería íntima del suelo y la metió en la bolsa. Eran un sujetador y unas bragas con un liguero de los de ensueño. Podía imaginarla con aquella ropa, tumbada sobre una cama con sábanas de satén y el pelo extendido sobre la almohada. Un año entero de celibato era demasiado tiempo, reflexionó. Su cuerpo parecía reclamarle venganza.

—Me había comprado la ropa para venir aquí —se lamentó Kristin —. Necesitaba dar una imagen profesional. ¡Y ahora…! ¿Qué aspecto tengo?

—Está usted fresca, bien redondeada, e infinitamente apetitosa. No parece que el agua le vaya a dejar mancha.

—No, gracias a Dios. ¿Qué hago con esto? —preguntó Kristin mostrándole el pañuelo.

—Démelo.

Kristin sacó del bolso un pañuelo de papel para seguir restregándose. Aquel rostro le había resultado familiar, pero de pronto estaba segura de que lo conocía. Trató de recordar. Debía de hacer mucho tiempo. De repente se acordó, y aquello fue como un puñetazo en plena cara. Había sido en un restaurante de Londres hacía diez años. En aquel entonces era joven e impetuosa, y estaba muy nerviosa. Ella había sido su víctima, tragó furiosa recordando. Él trabajaba para un periódico dominical como redactor jefe a cargo del suplemento a color. ¿Qué puesto tendría entonces en el *Ambassador*?, se preguntó sintiendo un vuelco en el estómago. Aquella confianza en sí mismo y el hecho de que se hubiera adelantado para hablar a solas con *Sir* George debía de significar que… probablemente era… el nuevo director.

—¿Es usted… Matthew Lingard? —preguntó.

—Exacto.

—¿El nuevo director de *The Ambassador*? —volvió a preguntar.

—Exacto.

Kristin apretó el pañuelo en el puño. Diez años atrás lo había acusado en público sin conocer siquiera su nombre, pero ya lo sabía. Era su futuro jefe. La vida estaba llena de sorpresas, reflexionó. Buenas y malas.

El hecho de que la hubiera dejado caer sobre el charco parecía un accidente, pero, ¿sería acaso posible que la hubiera reconocido y que hubiera querido tomarse la revancha?, se preguntó. Matthew Lingard había demostrado en el pasado ser un individuo poco fiable, de modo que no podía descartar la idea. Y si le guardaba rencor sería mejor saberlo desde el principio, se dijo. Tenía que conocer el terreno que pisaba. Sin embargo no parecía haberla reconocido, y la chica con la que tropezó diez años atrás era muy distinta de la que tenía delante.

—¿Lo ha hecho usted a propósito? —preguntó suspicaz.

—¿El qué?

—Dejarme caer sobre el charco.

—¿Me está acusando de dejarla caer sobre el charco deliberadamente? —inquirió Matthew mirándola como si pensara que se hubiera vuelto loca—. ¡Por supuesto que no! ¡Por Dios! ¿Quién se ha creído usted que soy?

—Bueno, yo…

—Una buena pieza, desde luego. No tenía ni idea de que hubiera un charco, estaba detrás de usted, así que no pude verlo —continuó indignado—. Bueno, es cierto que me reí, pero no tengo un sentido del humor tan retorcido como para ir por ahí buscando formas de…

—Está bien, está bien, no pretendía ofenderlo. Era sólo que… He

cometido un error.

—Desde luego, créame… —se interrumpió— ¿Cómo se llama usted?

—Kristin Blake.

¿Recordaría su nombre?, se preguntó tensa. ¿Se negaría a aceptarla como redactora jefe?

—Créeme, Kristin, siento lo ocurrido, y me disculpo por haberme reído, pero…

—Fue divertido —reconoció Kristin.

—Sí —contesto Matthew mientras su indignación desaparecía. Recogió la maleta y las bolsas y añadió—: Cuando estés lista…

Kristin recogió las bolsas y lo siguió. Mientras caminaban hacia el castillo no dejaba de mirarlo de reojo. No la había reconocido, y quizá nunca lo hiciera, se dijo. Aquel encuentro, diez años atrás, fue algo fuerte, pero también breve. De todos modos, si alguna vez recordaba el incidente, se reiría y lo olvidaría sin darle importancia. Por muy violento que hubiera resultado al fin y al cabo sólo su vida había cambiado, no la de él. Además acababa de demostrar que tenía sentido del humor. Seguramente lo comprendería, pensó.

Kristin se humedeció los labios. Hubo un tiempo en el que estuvo furiosa contra él, pero apenas le quedaba resentimiento. Lo pasado, pasado estaba. El tiempo había curado las heridas, y además, lo que entonces le pareció un desastre, finalmente había resultado positivo a la larga. Lo había perdonado, igual que él debía de haberla perdonado a ella, se figuró.

—¿Eres amiga de Emily? —preguntó Matthew.

Sir George le había dicho que había invitado a algunos socios con sus esposas además de a los empleados del periódico, y que también estaría presente su hija Emily, una adolescente. Kristin no llevaba anillo, de modo que no era una esposa acompañante. Además, al oírla decir que tenía una compañera de apartamento, Matthew pensó de inmediato que era amiga de Emily.

—¿Cómo dices? Ah, sí —contestó Kristin ausente.

Matthew Lingard no debía saber que era una candidata a trabajar a sus órdenes, se dijo Kristin. En la entrevista *Sir* George le había dicho que el director estaba ausente, pero pensaba que entretanto habría tenido tiempo de contarle algo. Sin embargo, según parecía, no había sido así. O si le había dicho algo, él lo había olvidado. Desde luego debía de encontrarse bajo un montón de presiones, pero no resultaba muy halagador. Ni alentador, reflexionó.

Estaba pensando en si mencionar o no la entrevista cuando un hombre de mediana edad apareció bajo el pórtico seguido de un joven

con un carrito de equipajes. Iba inmaculadamente vestido y sonreía cortés. Al salir a recibirlos Kristin se emocionó.

—¡Dios mío, un mayordomo!

—¿Es qué nunca te habías cruzado con uno de verdad? —inquirió Matthew.

—No, nunca.

—Para mí también es la primera vez —confesó en voz baja mientras la miraba con una sonrisa cómplice.

—Es indispensable si se vive en un castillo —bromeó Kristin.

—Tanto como el oxígeno.

—Señorita, caballero, ¿serían tan amables de darme sus maletas? —dijo el mayordomo—. *Sir* George va a estar ocupado durante al menos una hora, así que déjenme que sea yo quien les dé la bienvenida.

Kristin ahogó una risa sofocada. Era el perfecto mayordomo inglés, se dijo. Miró a Matthew y comprendió que él estaba pensando lo mismo.

—Gracias —contestó Kristin cuando se vio libre de las bolsas de plástico que el joven trató como si fueran maletas de piel.

—Es un placer, señorita Blake. Sé que debe usted de ser la señorita Blake porque *Sir* George me la ha descrito en los más elogiosos términos —comentó el mayordomo sonriendo—. Buenas noches, señor Lingard.

—Buenas noches. ¿Es qué *Sir* George también me ha descrito a mí en términos elogiosos?

—Dijo —rió el mayordomo— que era usted alto, moreno, y que llevaría pantalones vaqueros.

—¿Hay algo de malo en mis vaqueros?

—*Sir* George los encuentra un tanto… de *sport*, señor. Pero ése es solo su punto de vista. ¿Qué opina usted, señorita?

—Los encuentro perfectamente aceptables si están bien hechos y… —sonrió— tiene usted un trasero fresco e infinitamente apetitoso, señor Lingard.

Matthew soltó una carcajada. La broma era oportuna y demostraba el buen humor de Kristin.

—Las bebidas se servirán en el salón a partir de las siete y media, y la cena a las ocho y cuarto —les informó el mayordomo—. Y ahora, si hacen el favor de seguirme.

Kristin se volvió y se miró al espejo. Una de las ventajas de trabajar para una revista femenina era que se estaba en contacto con

los diseñadores de moda y, a veces, éstos te dejaban prestada alguna de sus creaciones. Se había puesto un vestido de noche marrón, de satén, con un amplio escote y tirantes finos. Aquel vestido no permitía llevar sujetador, y bajaba por delante más que ningún otro vestido que hubiera llevado nunca. Sin embargo, según el mayordomo, *Sir* George esperaba que las mujeres se vistieran para la cena, de modo que no se cambió. Aquella noche quería destacar, causar impacto, y con ese vestido y las sandalias de tacón lo conseguiría, se dijo Kristin.

Al llegar a la habitación lo primero que había hecho había sido sacar sus cosas. Se había quedado maravillada ante la cama con dosel, el lujoso baño y las vistas sobre los jardines. Luego se había preparado un baño y se había vestido y peinado con una sofisticada trenza. Por último, se dirigió al baño a maquillarse. Cuanto más lo pensaba más se convencía de que *Sir* George no le había dicho nada a Matthew sobre la entrevista. Aunque, según el propietario del *Ambassador*, Matthew estaría encantado con ella, eso aún estaba por ver y, además, era él, como director, quien tenía la última palabra.

Se miró al espejo nerviosa y se preguntó si Matthew Lingard estaría dispuesto a hacerle una entrevista. Tenía que estarlo, se dijo. Había demostrado ser una persona imaginativa y muy trabajadora, y tenía buenas referencias. *Sir* George estaba impresionado, y Matthew también tendría que estarlo.

Durante aquellos diez años había imaginado que Matthew sería una persona arrogante, fría y maleducada, pero al conocerlo, se había mostrado sorprendentemente amable y cortés. Además era un periodista de primera categoría. Recordaba haber leído artículos suyos muy interesantes.

Mientras se ponía un perfume con aroma a flores comenzó a pensar en que tenía que tomar notas sobre lo sucedido aquel día. Antes de reunirse con los otros invitados en el salón tenía que describir lo que se sentía cuando te recibía un mayordomo en un castillo. Y también escribiría algo sobre las bolsas de plástico, se dijo. Quizá no utilizara nunca esas notas para ningún artículo, pero su experiencia como periodista le había enseñado que era un hábito muy valioso.

✲ ✲ ✲

De pie, bajo el chorro de la ducha, Matthew se echó champú en el pelo. Lo tenía demasiado largo por la nuca, pensó. Había querido cortárselo durante las vacaciones, pero gracias a Charlie había sido imposible. Se quitó el jabón y frunció el ceño. Cada vez que veía a su familia siempre le preguntaban cuándo pensaba casarse.

—Te encanta Charlie, te encantan los niños —había dicho Susan, su hermana—, así que, ¿por qué no tienes tú los tuyos? Dentro de poco tendrás cuarenta años, y entonces…

Alcanzar los cuarenta, según Susan, era como dejar pasar definitivamente la oportunidad. Matthew, en cambio, no estaba de acuerdo. Se pasó la mano por el pecho y el estómago plano. Estaba en forma, pensó, y así era como quería seguir.

Cerró el grifo del agua y alcanzó la toalla. Desde luego que pensaba casarse, se dijo, pero lo haría cuando él lo decidiera. Por el momento el trabajo resultaba tan absorbente que tardaría aún un año o dos. O quizá tres, recapacitó.

Y además necesitaba encontrar a una mujer que le atrajera lo suficiente como para casarse y querer pasar el resto de su vida con ella. En un par de ocasiones había creído estar cerca, pero en el último momento se había dado cuenta del error.

Matthew se acarició el vello negro del pecho. Quizá con la edad se estuviera volviendo demasiado exigente, pensó, pero era difícil encontrar una mujer de la que encapricharse en serio. Aunque lo cierto era que ese mismo día había conocido a una.

Se secó, se peinó y volvió al dormitorio. Sacó del armario un traje gris oscuro y una camisa rosa y comenzó a vestirse. Cuando conocía a una mujer atractiva lo primero en lo que se fijaba era en los ojos, luego en el pecho y por último en las piernas. Kristin Blake tenía unos enormes ojos claros, color avellana, y largas pestañas. Sus pechos eran altos, ni demasiado pequeños ni demasiado pesados, y sus piernas largas. Añadiendo a eso la esbelta figura, las pecas y la sensual boca, se podía decir que colmaba todas sus expectativas. Había conocido bellezas más clásicas, pero ella tenía una frescura mezclada con cierta vulnerabilidad que le hacía sentir algo muy dentro de sí. Le había gustado de manera instantánea.

Debería de olvidar a Kristin Blake y pensar en encontrar un redactor jefe, se dijo. Había entrevistado a una periodista a la que admiraba y ella había aceptado el cargo, pero en el último momento había descubierto que estaba embarazada y se había echado atrás. Sin embargo, tenía en mente a alguien más.

De pronto alguien llamó a la puerta.

—Entre —gritó Matthew poniéndose la chaqueta y abriendo—. Buenas noches.

Sir George, un hombre de casi sesenta años y pelo cano, entró vestido con un impecable traje y camisa blanca.

—Buenas noches, Matt. Siento mucho no haberte recibido personalmente, pero el teléfono no ha dejado de sonar. ¿Va todo bien?

—Perfectamente, gracias.

—¿Has disfrutado de tus vacaciones?

—Mucho. Hacía tiempo que no veía a mi familia.

—Deberías de visitarlos con regularidad. La familia es lo más importante, no tiene sentido vivir sólo para trabajar —comentó levantando un dedo con reprobación—. Quería hablar contigo antes de la cena. Sabes que necesitas buscar a un redactor jefe para la sección de las páginas femeninas, ¿verdad?

—He estado pensando en ello —asintió Matthew—. ¿Has oído hablar de Angela Carr? Es una periodista seria y ha trabajado en periódicos importantes. Lleva tiempo de *free-lance*, pero…

—He entrevistado a alguien para ese puesto —lo interrumpió *Sir* George.

—¿En serio? —preguntó Matthew arqueando las cejas.

—Sí, es una persona joven y brillante, pletórica de energía —añadió *Sir* George. Matthew sintió un arrebato de ira. En el momento de acceder al cargo de director había puesto como condición el tener el control sobre todos los asuntos relativos al periódico, incluyendo la contratación de los empleados necesarios, y había insistido mucho en ello—. Me doy cuenta perfectamente de que estoy sobrepasando los límites que ambos acordamos —sonrió—, pero te aseguro que la ocasión lo merece y que nunca más volverá a ocurrir. Te lo prometo. Creo que la joven es ideal para ese trabajo, y estoy seguro de que tú pensarás lo mismo.

De eso no estaba en absoluto convencido, reflexionó Matthew. *Sir* George era un hombre capaz de amasar grandes fortunas, pero no sabía nada sobre prensa, y menos aún sobre reporteros.

—¿Y en qué has quedado exactamente con ella? —inquirió preguntándose si habría formalizado el contrato.

En toda negociación *Sir* George se mostraba siempre insistente, reflexivo y conservador, pero a veces era extravagante. Si esa extravagancia le había llevado a formalizar un contrato tendría que rescindirlo. No estaba dispuesto a trabajar con alguien a quien él no hubiera elegido.

—Sólo le he dicho que a ti te gustaría, y estoy seguro de que será así —añadió *Sir* George—. Te la presentaré.

—¿Es qué está aquí?

Se suponía que aquel fin de semana en Flytes Keep iba a servir para dar la bienvenida a los reporteros que se unían al proyecto del *Ambassador*, pero aquella mujer no estaba contratada. Sin embargo, su presencia era una muestra del interés de *Sir* George por ella, lo cual significaba una fuerte presión sobre él.

—Sí, he pensado que sería una agradable sorpresa. Está en la habitación contigua a la tuya, aunque a lo mejor ha bajado ya al salón —contestó *Sir* George saliendo al pasillo y sonriendo—. Justo a tiempo. Ahora sale.

—Hola —saludó Kristin sorprendida de ver a su anfitrión mirándola a escasa distancia.

Matthew Lingard estaba con él, y su expresión era seria.

—Kristin, quiero presentarte a Matthew Lingard —dijo *Sir* George —. Matt, esta es Kristin Blake, la persona a la que he entrevistado.

—Ya nos conocemos —contestó Matthew sonriendo tenso.

Capítulo 2

Kristin dejó que sus ojos vagaran por las paredes, los cuadros al óleo y la lámpara de cristal. Flytes Keep era un verdadero castillo de los de antaño, pero resultaba acogedor. Sobre todo gracias a su propietario, *Sir* George, que era un anfitrión afable y fácil de tratar. Estaban sentados a la mesa, en la que no faltaba detalle y las bebidas fluían como la espuma. Al invitarla, *Sir* George le había dicho que podía llevar a su pareja, pero ella había rechazado la oferta. Sin embargo, otros invitados sí la habían aceptado. Sólo Matthew Lingard y otro joven, del que enseguida había sospechado que era gay, habían acudido solos.

—Espléndido vino —declaró el hombre que tenía sentado a su derecha.

Era el director de una fábrica de esmaltes de la que *Sir* George era propietario, y su nombre era Freddie. Minutos antes, al salir de la habitación, *Sir* George les había presentado a Matthew y a ella a una pareja que salía en ese momento del dormitorio. Luego *Sir* George había tenido que acudir al teléfono, y entonces Freddie había comenzado inmediatamente a charlar con ella.

Durante el aperitivo, Freddie había dominado la conversación y su mujer había aprovechado la oportunidad para desaparecer, mientras Matthew se excusaba y se acercaba a hablar con otros miembros del periódico. Se había quedado sola con él, pero a pesar de resultar un pesado no le había parecido correcto hacer lo mismo a ella también, de modo que había esperado a que pasaran al comedor para deshacerse de él. Sin embargo, no había tenido suerte.

—¡Nos han sentado juntos! —había exclamado Freddie admirado al ver los nombres en carteles sobre los platos.

Kristin dio un sorbo de vino. Una hora antes no tenía conocimiento alguno sobre esmaltes, pero en ese momento se sentía capaz de pasar un examen. Sin embargo, mientras les servían el salmón, el pesado comensal se volvió hacia el otro lado y comenzó a explicar todo el proceso de fabricación de esmaltes de nuevo al hombre que tenía sentado a su derecha.

El entusiasmo de Freddie le había impedido cruzar una sola palabra con Matthew, al que tenía sentado a la izquierda, y más aún encandilarlo. Matthew también había visto reclamada su atención por la señora que tenía a su izquierda. Al verse libre de Freddie, Kristin comenzó a pensar en que las perspectivas no eran muy buenas. Matthew se había sorprendido al saber que era candidata al puesto de

redactora jefe, y apenas había sido capaz de ocultar su mal humor. No era culpa suya que *Sir* George no le hubiera dicho nada, pero sí era su problema.

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a Emily? —escuchó de pronto.

Era Matthew quien preguntaba.

—Desde el miércoles —sonrió.

—¿El miércoles pasado? —repitió frunciendo el ceño. Matthew estaba decidido a descubrir hasta qué punto *Sir* George tenía interés en contratar a Kristin. De ese modo sabría cómo preparar su defensa, se dijo—. Me parece recordar que antes me dijiste que erais amigas.

—Dije que teníamos amistad, y es cierto. Cuando nos conocimos en la entrevista el miércoles…

—¿Estaba Emily en la entrevista? —inquirió Matthew atónito.

—Sí, tenía muchas ganas de conocerme y…

—Un momento —la interrumpió—, si aún no conocías a Emily, ¿cómo es qué *Sir* George decidió hacerte la entrevista?

—Por pura casualidad.

—¿Quieres decir que tuviste suerte?

—Quiero decir que él me entrevistó porque Emily lee mi columna. Le gusta mucho, y le sugirió a su padre que me entrevistara para el puesto de…

—¿Emily le sugirió tu nombre? —preguntó Matthew de nuevo lleno de incredulidad.

—Exacto, y cuando nos conocimos en la entrevista enseguida nos hicimos amigas —contestó Kristin terminando por fin una frase.

—De modo que esa es la razón por la que éste es un caso especial —musitó Matthew.

—¿Cómo dices?

—¿Para qué periódico trabajas? —volvió a preguntar Matthew ignorando sus palabras y levantándose las gafas.

—No trabajo para ningún periódico, trabajo para el *Trend*.

—¿*Trend*? —soltó Matthew a punto de escupir lo que tenía en la boca.

—Es una revista para mujeres.

—Lo sé —tragó—. La he visto en los quioscos. ¡El *Trend*! ¡Vaya!

Típica respuesta masculina, pensó Kristin. Se burlaba de su trabajo con la mayor naturalidad, como todos los hombres. Recordó los millones de mujeres que leían la revista y trató de no ofenderse, pero era inevitable. Su burla resultaba irritante. Sin embargo, tenía que mantener la calma, se dijo. Por mucho que deseara vaciarle una jarra de agua en la cabeza tenía que conservar la calma y sonreír, tratar de agradarle.

—Ríete cuanto quieras —contestó inmutable viéndose interrumpida por una camarera.

—¿*Pudding* o tarta de queso, señorita?

—*Pudding*, por favor.

—¿Y usted, caballero?

—Tarta de queso —contestó Matthew.

—¿Has leído alguna vez algún ejemplar del *Trend*? —preguntó Kristin nada más irse la camarera.

—No.

—¿Has leído alguna vez algo de lo que yo haya escrito?

—No he tenido ese placer, que yo sepa.

—¿Entonces por qué esa expresión de horror? —preguntó con una sonrisa.

—Escribir una columna en una revista semanal femenina no tiene nada que ver con ser el redactor jefe de un diario nacional, de un diario de calidad —contestó impaciente.

—Me doy cuenta.

—¡Aleluya! —musitó Matthew.

Kristin sonrió forzada. Matthew hacía gala de su sarcasmo.

—No sólo escribo una columna —continuó Kristin decidida—, también…

—Estoy a punto de ofrecerle ese puesto a otra persona —la interrumpió Matthew.

Era cierto. Lo primero que haría nada más volver a Londres sería hablar con Angela Carr, pensó Matthew. Kristin frunció el ceño.

—*Sir* George me dijo que la persona a la que le habías ofrecido el puesto se había echado atrás.

—Sí, pero tengo otra persona en mente. Él no lo sabía cuando te entrevistó. Y soy yo —advirtió— quien toma las decisiones.

—Evidentemente —murmuró Kristin.

—Disculpen —los interrumpió un hombre sentado frente a ellos—. ¿He oído bien? ¿Trabaja usted en el *Trend*?

—Así es —asintió Kristin.

—Mi mujer siempre lo lee —añadió señalando a una señora sentada más allá—. Dice que es una revista con un nivel muy por encima de las otras revistas femeninas, y hay una columna que siempre le hace reír. En ella la periodista cuenta anécdotas de su vida, y debe de ser una mujer bastante atolondrada. No se tratará de usted, ¿verdad?

Kristin vaciló. Solía firmar la columna con sólo sus iníciales, KB, porque muchas veces contaba suceso reales y no quería que nadie pudiera reconocer a los personajes. Para el público en general ella era

alguien anónimo, y deseaba que siguiera siendo así. Miró a Matthew. No quería que él, pensara que era una atolondrada, embargo el hombre que le había hecho la pregunta trabajaba para el *Ambassador*. Si llegaba a formar parte de la plantilla, recapacitó, no podría ocultar la verdad.

—Sí, lo soy —reconoció—, pero no todo lo que escribo es divertido. También escribo cosas serias.

—¿Sí? Pues a mi mujer siempre la oigo reír. Eh, Bea —la llamó— Esta chica es la que escribe en el *Trend* que tanto te gusta.

—¿En serio? —preguntó la mujer sonriendo—. Me encanta tu sentido del humor. Kristin sintió que su corazón desfallecía. Aquel matrimonio estaba consiguiendo que pareciera una frívola, y no era ésa la imagen que quería dar.

—Cuando era joven, bastante más joven —recalcó—, me rebelé contra mis padres y quizá fuera a veces un poco… alocada. Muchas, veces me he referido a ello mis columnas.

—Quizá puedas contestarme a una cosa que siempre he querido saber —comentó la mujer—. ¿Es verdad todo lo que escribes?

—En general sí —contestó Kristin—, pero a veces me permito ciertas licencias poéticas.

—¿Por ejemplo? —volvió a preguntar la mujer.

—Pues, por ejemplo cuando escribí sobre…

Mientras Kristin se inclinaba sobre la mesa para contestar a la mujer, Matthew observó su figura. Era perfectamente consciente de la proximidad de su cuerpo y de la suave fragancia de su perfume. Sus ojos siguieron la línea del perfil, de frente tersa, nariz recta llena de pecas y mentón decidido, para bajar hasta el cuello y los hombros desnudos. Continuó luego bajando la vista hasta el escote y el vestido, bajo el que se adivinaban dos pechos exquisitos como dos melocotones. Aquella era la mujer más atractiva de todo el comedor, pensó Matthew, y con ventaja. El tal Freddie llevaba toda la noche tratando de impresionarla, pero ella parecía no haberse dado ni cuenta.

—¿Te ha costado mucho ponerte un traje? —preguntó Kristin.

Matthew levantó la cabeza sorprendido. Él también había estado mirándola con demasiada insistencia, recapacitó, igual que Freddie. ¿Se habría dado cuenta?, se preguntó.

—Perdón, ¿cómo dices?

—Te preguntaba si te ha molestado mucho tener que quitarte los Levis para cenar.

—Bueno, apreté lo puños y me lo puse.

—Y con mucho estilo —añadió Kristin.

—Tú también estás muy guapa.

—Gracias.

La sonrisa y el cumplido que Matthew le dirigió parecía una señal de que su mal humor se había disipado, de modo que Kristin pensó que aquella era su oportunidad.

—Además de escribir una columna me ocupo de muchas otras cosas —continuó dejando la cuchara—. Organizo las páginas de la revista, hago informes, investigo y escribo artículos sobre temas de ecología, cárceles, impotencia masculina…

—¿Impotencia? —repitió Matthew.

—Lo sé todo sobre la impotencia —sonrió—, si necesitas algún consejo…

—Gracias, pero no.

—He entrevistado a gente de todo tipo.

—¿A estrellas de cine?

—Sí, entre otros, pero…

—Puede que hayas conquistado a *Sir* George, pero dudo de que airear los trapos sucios del último ídolo de la pantalla te capacite para ser la redactora jefe del *Ambassador*. El periódico aspira a ser popular, pero como ya te he dicho, es un periódico serio, y mi intención es mantener ese nivel de calidad.

—¿No estás siendo un poco cerrado?

—¿Cerrado? ¿Yo? No, no lo soy —protestó Matthew rotundo.

—Sí, lo eres. A la gente le gusta conocer la vida de la gente famosa.

—Puede ser, pero…

—Y además eres malintencionado —sonrió mordaz—. Te he dicho que escribo también sobre asuntos serios, pero tú prefieres ignorarlo y seguir hablando sobre estrellas de cine.

—Escucha, estoy seguro de que eres muy buena en lo que haces, pero…

—¡Eres un manipulador! —soltó Kristin.

—Cerrado, malintencionado, y manipulador. Si alguna vez necesito que alguien me diga cómo soy, ya sé a quién acudir. No obstante creo que voy a tener suficientes problemas sacando adelante el periódico sin necesidad de que tú añadas unos cuantos más.

—Yo no voy a causar problemas —declaró Kristin—. Soy una profesional.

—Y yo también, pero no sería muy profesional contratar a una periodista sólo porque le gusta a una adolescente que resulta que es la hija del propietario. Ese trabajo te sobrepasa.

—¿Y cómo lo sabes? —lo miró con ojos brillantes—. No puedes

saberlo. Tienes una imagen de mí completamente equivocada, basada en una total ignorancia.

Matthew miró al resto de los comensales. Con el acaloramiento de la discusión varias cabezas habían girado en su dirección.

—Deberíamos dejar esta conversación —afirmó Matthew.

Kristin asintió y se calmó. No eran ni el momento ni el lugar adecuados y, en el fondo, tampoco ella quería discutir. Pretendía mostrarse amable y brillante, pero la actitud de Matthew era frustrante.

—Por el momento —contestó seca.

Kristin terminó el *pudding* y, poco más tarde, el anfitrión anunció que se serviría el café y los licores en el salón. La gente comenzó a levantarse. Mientras la mujer a la izquierda de Matthew volvía a darle conversación, Freddie acaparaba a Kristin. Suspiró para sus adentros y pensó que no conseguiría despegarse en toda la noche.

—¡Kristin! —la llamó Emily.

Kristin se volvió y la vio acercarse.

—Ha sido un placer hablar con usted, si me disculpa —añadió escabullándose.

—Me alegro mucho de volver a verte —dijo Emily sonriendo y abrazándola.

—Yo también.

—Me hubiera gustado sentarme contigo durante la cena —añadió mientras se dirigían al salón—, pero papá ha insistido en que me sentara en la cabecera. Odio tener que dar conversación a gente que no conozco. ¿Tomas café?

—Sí, por favor —contestó Kristin mientras ambas se acercaban a la mesa del buffet.

Los invitados llenaban el salón. Unos se sentaron en sofás mientras otros permanecieron de pie admirando cuadros y charlando.

—Has tenido suerte de sentarte al lado de Matthew Lingard —comentó Emily buscando al director del *Ambassador* con la mirada—. Aún no me lo han presentado, pero papá dijo que era muy guapo, y es verdad. Es muy atractivo —suspiró.

—Sí, lo es —contestó Kristin irónica.

—¿Te ha confirmado en el cargo de redactora jefe?

—No hemos tenido tiempo para discutirlo adecuadamente.

—Me encanta la forma en que se le riza el pelo en la nuca —declaró la joven mirándolo con ojos ensoñadores mientras bebían café.

—Necesita un buen corte de pelo.

—Pues yo creo que le da un aire romántico, como de pirata español —rió Emily—. ¿Sabías que tiene sangre española?

—No.

—Según creo una de sus abuelas era de Barcelona —añadió la adolescente—. Vamos a hablar con él.

—Ve tú, yo ya he hablado con él bastante por hoy.

—No quiero ir sola, Kristin, ven conmigo y preséntamelo. Por favor. Papá está muy ocupado, y yo me muero por conocerlo.

—Está bien —contestó de mala gana.

Kristin había decidido no volver a hablar con él aquella noche. Era una retirada táctica que les permitiría a ambos calmarse. Quizá Matthew recapacitara y comprendiera que su actitud estaba llena de prejuicios, se dijo frunciendo el ceño. Si era cierto que tenía a alguien en mente para el puesto no iba a ser ella, desde luego, quien se rindiera. No tenía intención de dejar escapar aquella oportunidad.

Dejaron las tazas de café y se dirigieron hacia Matthew. Al acercarse, él y su compañero dejaron de hablar de repente para saludarlas.

—Tu padre me ha dicho que vas muy bien en el colegio. Mi enhorabuena —dijo Matthew presentándose a sí mismo y estrechando la mano de Emily hasta hacerla ruborizarse.

—Yo soy Rob Talbot, el redactor jefe de la sección de noticias nacionales del *Ambassador* —dijo el otro hombre—. Soy compañero de Matthew desde hace años. No tienes aspecto de ser una alocada —añadió dirigiéndose a Kristin.

—Estoy perfectamente cuerda, gracias —declaró Kristin.

—He oído decir que se lo has hecho pasar mal a Matthew. Me alegro, bien hecho. Por lo general las mujeres se rinden con facilidad ante él. Sólo saben decir «sí, señor», «no, señor». ¡Oh oh!, creo que me van a regañar —añadió señalando a una rubia que lo miraba—. Es mi media naranja, así que obedeceré. Espero veros en otro momento.

—¿Es su mujer? —preguntó Emily al verlo desaparecer.

—Sí —contestó Matthew—. ¿Por qué?

—Bueno, muchos periodistas han venido con sus «acompañantes», pero a papá no le gusta a menos que esa relación esté «santificada». Yo le he dicho que su actitud era un tanto anticuada, pero él es muy estricto en ese tipo de cuestiones.

—Así que no le va a gustar mucho cuando huyas de casa y te vayas a vivir con el hombre de tus sueños, ¿no, Emily? —bromeó Matthew.

—No —rió—, aunque supongo que acabaría aceptándolo si al final me casara. A papá no le gusta que la gente «mariposee», como él lo llama. Una vez estuvo a punto de contratar a un hombre, lo tenía todo preparado, y en el último momento descubrió que… —se ruborizó—, bueno, que había estado durmiendo en diversas camas. No lo contrató

—hizo una pausa y cambió de tema—. ¿Cuándo vas a hablar con Kristin sobre el empleo?

Matthew se puso tenso. Le molestaba verse presionado. Dio un sorbo de *brandy* y recapacitó. Sería mejor fingir que estaba considerando la idea en lugar de rechazar de plano a la protegida del propietario. Era lo más diplomático.

—Trataré de hacer un hueco mañana, ¿de acuerdo?

Kristin asintió.

—Emily, querida, ¿podrías venir un momento? —la llamó *Sir* George de lejos.

—Volveré enseguida —suspiró Emily desapareciendo.

—¿Has estado contándole a Rob lo ocurrido? —inquirió Kristin.

Matthew vacilo y giró la copa de *brandy* observando el licor. Podía tratar de salirse por la tangente, pero la pregunta había sido demasiado directa.

—Sí.

Kristin frunció el ceño. Matthew trataba a Emily con simpatía, pero su hostilidad hacia ella iba en aumento.

—Siento mucho interferir en tus planes —sonrió—. Cuando la niebla se haya disipado, quizá…

—¿Es qué crees que estoy enfadado?

—Sé que estás enfadado.

—Hablaremos de todo esto por la mañana. Podrás explicarme cuál es tu experiencia profesional —continuó Matthew—, y si decido que eres adecuada para…

—¿Es qué esperas que me pase la noche en vilo soñando lo imposible? —protestó Kristin.

—¿Cómo dices?

—Vas a hacerme la entrevista sólo por cortesía hacia *Sir* George. Me dirás que tendrás en cuenta mi solicitud, pero sabes de sobra que me mandarás una carta diciéndome: «oh, cuánto lo siento, pero no cumples los requisitos».

Matthew levantó la copa y dio un sorbo. Admiraba el ingenio y la inteligencia de Kristin, envueltos además en un cuerpo irresistible, pero se estaba mostrando demasiado aguada, recapacitó.

—Mi trabajo consiste en conseguir buenos resultados con el *Ambassador*, no en proporcionar empleos a la gente con la que Emily se encapricha.

—Eres incapaz de resistirte a la falacia —declaró Kristin.

—¿A qué falacia?

—Piensas que porque soy rubia tengo que ser una frívola, una oportunista que trata de aprovecharse. Pues no lo soy.

—Lo que pienso es que eres demasiado joven para ser redactora jefe.

—Pues yo pienso que tú eres demasiado joven para ser el director de un periódico de ámbito nacional —respondió Kristin—. La mayoría de los directores pasan de los cincuenta, mientras que tú…

—Tengo la edad suficiente —la interrumpió Matthew.

—Tú lo has dicho. Y si hablamos de edades, la razón por la que el *Ambassador* es aburrido y ha perdido público es que su plantilla es más vieja que Matusalén.

—Cierto —asintió Matthew—, pero los más mayores se están retirando con una buena jubilación.

—Lo sé —contestó Kristin.

—¿Te lo ha dicho *Sir* George?

—No, leo los periódicos —sonrió mordaz—. Puede que para ti sea una sorpresa, pero es cierto. Y también he leído cosas sobre ti.

—¿En serio? ¿Y qué has leído?

El relanzamiento del *Ambassador* había creado tanta expectación que él mismo, como director, había sido entrevistado en varias ocasiones. Le gustaba dar publicidad al periódico, pero no tanto a su vida privada.

—Que tienes reputación de hombre frío y sagaz, con las ideas claras y una voluntad de hierro. Y que vives en una mansión en Kensington. Además sé que te han nombrado «Soltero de oro del año» —lo miró de arriba abajo fríamente—. Es lo que se dice en la prensa amarilla.

—¿Y no estás de acuerdo? —preguntó Matthew divertido—. No, claro que no. Soy cerrado, malintencionado y…

Matthew se interrumpió al escuchar palmadas desde un extremo del salón. *Sir* George reclamaba la atención de sus invitados.

—Algunas personas me han pedido que les enseñe Flytes Keep y que les cuente algo sobre la historia del castillo. Me sentiré muy orgulloso de guiarlos en la visita a los que así lo deseen. ¿Quiere alguien acompañarnos?

Mucha gente levantó la mano para satisfacción de *Sir* George que continuó en voz alta:

—Estamos en lo que antiguamente se llamaba el salón del café. Lo llamaban así porque después de la comida todos se retiraban a este salón a tomar café y licores.

Sir George contó la historia del retrato colgado sobre la chimenea y luego hizo un gesto para que lo siguieran. Mientras salían en masa, Emily volvió a reunirse con Kristin.

—Te veré más tarde —se despidió Matthew adelantándose para

buscar a Rob.

En otras circunstancias hubiera disfrutado de la compañía de Kristin Blake, se dijo Matthew. Su personalidad le resultaba muy atractiva, pero no iba a dejarse presionar.

—A mediados del siglo diecisiete los Flytes, los propietarios originales del castillo, comenzaron a tener dificultades económicas y a vender sus propiedades —explicó *Sir* George mientras guiaba al grupo—. Esta mansión fue cambiando de manos desde entonces hasta llegar a las mías —sonrió—. Yo la rehabilité e instalé una alarma de seguridad. Como pueden ustedes apreciar, el contenido es de incalculable valor…

—Acabo de leer tu columna del *Trend* y me ha recordado mucho a mi madre —susurró Emily a oídos de Kristin.

—¿Cómo dices? —preguntó Kristin ausente.

—La columna en que contabas que ibas de compras con tu madre. Mamá y yo también solíamos ir de compras juntas.

Mientras recorrían Flytes Keep, Emily estuvo hablando con Kristin sobre su madre y sobre cuánto la echaba de menos. Había muerto sólo un año antes, y su columna se lo había recordado. Era halagador oírla hablar así, pensó Kristin.

Cuando *Sir* George les condujo de nuevo al salón del café eran las once. Algunos invitados aceptaron la última copa, pero otros se retiraron a sus habitaciones. Matthew parecía cansado, se dijo Kristin incapaz de dejar de mirarlo. Estaba con Rob tomando un *brandy* y charlando. Emily seguía contándole cosas sobre su madre, pero ella aguzó el oído en dirección a Matthew.

—No lo eches a perder —decía Rob—. Es cierto, a *Sir* George le gusta esa chica, pero eso no significa que tengas que contratarla.

Entonces hubo una pausa en la que Matthew contestó algo, pero su voz resultó inaudible para Kristin.

—Matt, estoy seguro de que lograrás convencerla para que se rinda sin escándalos. No tienes por qué quedar mal con ella.

Matthew volvió a comentar algo, y poco después ambos hombres desaparecieron.

Kristin se limpió el maquillaje. Matthew Lingard la había rechazado sin ni siquiera leer una línea escrita por ella. Era injusto, reflexionó. Había llevado al castillo un montón de revistas para la entrevista, pero sabía que como mucho les echaría un vistazo. Sin embargo, se dijo, ya que Matthew estaba en la habitación de al lado podía dejárselas esa misma noche. De ese modo tendría tiempo de leer

algo detenidamente y darse cuenta de que estaba equivocado. Era tarde, pero no estaría durmiendo. Ni siquiera se habría quitado la chaqueta, pensó.

Matthew comenzó a cepillarse los dientes. Tenía las ideas muy claras sobre qué era lo que quería para el periódico, y Kristin Blake no formaba parte de ellas. Y aunque así hubiera sido, se dijo, no podía contratarla. No podía sentar un precedente con *Sir* George dejando que lo presionara y que fuera él quien tomara las decisiones. No estaba dispuesto a consentir que el propietario le impusiera sus reglas.

Aunque lo cierto, reconoció en silencio, era que aquello era una mera suposición. *Sir* George era una persona fácil de tratar y quizá no pretendiera inmiscuirse. Por otra parte, pensó, no lo conocía personalmente, de modo que no sabía cómo reaccionaría ante el rechazo de su protegida.

Entró en el dormitorio, retiró las sábanas y se metió en la cama. ¿Qué hacer?, se preguntó. Kristin había comprendido que la entrevista iba a ser una farsa, ¿debía decirle la verdad?

Cabía una tercera opción, pensó. Llamar a Angela Carr a primera hora de la mañana. Le ofrecería el puesto y le explicaría a *Sir* George que el tema estaba zanjado. Angela Carr tenía a su favor una importante experiencia profesional, pero Kristin, por otra parte, resultaba irresistible, se confesó recordando lo elegante y *sexy* que había estado esa noche. El vestido colgaba de sus hombros como una segunda piel sin que se notara ni la menor señal de ropa interior. ¿Es qué no llevaba?, se preguntó. Pensar en Kristin desnuda bajo aquel vestido de seda, toda curvas, resultaba embriagador. Y excitante.

Tenía que contener su libido, se dijo dándose la vuelta en la cama. Estaba a punto de apagar la luz cuando alguien dio unos golpecitos en la puerta. Se levantó. Esperaba que fuera *Sir* George para disculparse por presionarlo, pero al abrir se quedó helado. Una esbelta rubia con traje de satén y pelo suelto esperaba. Era toda una belleza natural sin el maquillaje.

—Siento mucho molestarte —dijo Kristin.

—¿Qué quieres?

—Quería hablar contigo. Sólo será un momento.

Kristin había esperado que Matthew estuviera vestido, pero sólo llevaba calzoncillos. Dejó vagar su mirada por el torso desnudo y su corazón comenzó a zozobrar. Matthew Lingard era muy masculino, muy *sexy* y muy perturbador.

—Entra —contestó él.

Kristin vaciló, pero al final entró. Nunca hubiera pensado que Matthew fuera tan moreno. Debía de ser la sangre española, se dijo. Desnudo, su piel era color aceituna y el vello era negro y rizado. De pronto le pareció tremendamente latino.

—Sólo quería dejarte mi currículum y estos ejemplares del *Trend*. Me gustaría que les echaras un vistazo.

—¿Ahora?

—No, mañana por la mañana. Mi columna está al principio, detrás del índice.

—Olvida lo de la propaganda por correo, tú me irritas mucho más —dijo pasándose una mano por el cabello—. ¿Es qué no te rindes nunca?

—Una de las virtudes de un buen reportero es la tenacidad —declaró ella con una sonrisa, acercándose a una cómoda para dejar las revistas—. Sé que no vas a tener tiempo de leerlo todo…

—Desde luego que no —la interrumpió cortante.

—Pero te estaría muy agradecida si leyeras éste, éste…

Mientras Kristin buscaba páginas en las revistas Matthew se acercó a la cama.

—Estoy agotado —declaró sentándose.

—Estos artículos te darán una idea de mi versatilidad —añadió Kristin acercándose a la cama después de seleccionar unas cuantas páginas—. Pero por favor, ten en cuenta que se trata de artículos escritos para un público muy determinado, lo que no significa que…

De pronto se interrumpió. Matthew tenía un aspecto tan viril, tan fuerte y tan… desnudo que de repente comprendía que estaba a solas con él en su dormitorio, a medianoche. Aquel hombre era *sexy*, deseable.

—¿No significa qué? —preguntó él bostezando.

—No significa que no pueda escribir para un periódico de ámbito nacional. No espero que caigas de rodillas embelesado al leerlo, pero…

—¡Gracias a Dios!

—Pero si pudieras prestarle un poco de atención te lo agradecería —terminó girando sobre sus talones para marcharse—. Buenas noches.

—¡Espera! —ordenó él antes de que pudiera agarrar el picaporte.

—¿Qué?

Matthew se levantó de la cama y la sujetó del brazo.

—No puedes irte. No puedes salir.

Kristin lo miró confundida. ¿De qué estaba hablando?, se preguntó. ¿Por qué ese afán repentino por retenerla? ¿Había cambiado de opinión en relación al trabajo, o es que de pronto caía también él en la

cuenta de que estaban solos en su habitación? Sabía que ella le gustaba, por mucho que también lo irritara. El problema era que el sentimiento era mutuo. Si él decidía hacer algo, ¿cómo reaccionar?, se preguntó. ¿Sería capaz de resistirse?

—¿Por qué no? —preguntó Kristin.

—Porque son más de las doce.

—¿Y qué?

—Que la alarma debe de estar activada. Cuando *Sir* George nos enseñó el castillo dijo que la activaban de doce a siete de la mañana. ¿No lo recuerdas?

—No.

—Tienes que recordarlo.

—No, estaba distraída hablando con Emily.

—Sí, ya te vi —asintió Matthew—. *Sir* George dijo que para salir de la habitación entre las doce y las siete había que llamar primero a seguridad y desactivar la alarma. Y también contó que la última vez que la desactivaron el ordenador se estropeó y la alarma no dejó de sonar en toda la noche.

—¿Entonces llamamos a seguridad? —preguntó Kristin.

—¿Y arriesgarnos a que suenen las alarmas? La decisión es tuya.

—Si suenan los despertaremos a todos y se enterarán de que he estado en tu habitación.

—Lo cual es fácil de malinterpretar —intervino Matthew.

—¿Entonces qué haremos?

—La cuestión es qué harás tú —la corrigió Matthew bostezando—. Te sugiero que te quedes aquí a dormir y que te escabullas a las siete a tu habitación. A menos que se te ocurra una idea mejor.

—No se me ocurre nada —contestó Kristin después de una pausa mirando a su alrededor. En la habitación sólo había una cama y una banqueta—, pero no me digas que tengo que dormir en el suelo.

—¿Es qué quieres que duerma yo en el suelo? Querida, has sido tú la que ha llamado a mi puerta a pesar de las palabras de *Sir* George —dijo cruzando al otro lado de la cama—. Sin embargo, soy un caballero.

—No, estás agotado. Duerme en la cama, yo me las arreglaré en…

—Bueno, tengo una idea. Como hace calor no pensaba taparme, así que si quieres puedes dormir tú dentro de la cama mientras yo duermo encima. Es grande, cabemos los dos.

—¿Sin encontrarnos? —preguntó Kristin frunciendo el ceño.

—No te preocupes —contestó Matthew acostándose—. No te voy a violar.

—No estoy preocupada, pero si intentas algo gritaré.

—Ya lo suponía —observó lacónico.

—Exacto. ¿Y qué hago con el vestido?

—¿Qué le pasa al vestido?

—Si duermo con él se arrugará, y es prestado…

—Pues quítatelo.

—Vuelve a pensarlo con más calma, querido —contestó Kristin seca.

—Escucha, a pesar de lo tentadora que me resultas no podrías…

—¿Te resulto tentadora? —inquirió Kristin mirándolo.

—Sí, y tú lo sabes. Sin embargo, por muy tentadora que me resultes —repitió Matthew—, podrías ponerte a bailar semidesnuda y no me inmutaría. Estoy demasiado cansado —murmuró.

Matthew bostezó. Kristin se acercó al lado opuesto de la cama y se metió entre las sábanas. No quería estropear el vestido, pero no estaba dispuesta a dormir desnuda.

—Ya está —dijo sacando una mano para apagar la luz.

Unos minutos más tarde escuchó el sonido rítmico de la respiración de Matthew. Estaba dormido. Se quedó tumbada boca arriba, tensa e incapaz de dormir.

Capítulo 3

Kristin se acercó más al cuerpo masculino y firme. Estaba cómoda y caliente, medio desnuda, en la cama con un hombre. Con un amante. Sabía que estaba soñando. Una voz en lo más profundo de su alma le decía que disfrutase, que aprovechase cada delicioso momento. No era frecuente que tuviese ese tipo de sueños.

¿Quién sería su amante?, se preguntó. ¿Un atractivo actor? ¿Alguien a quien conocía? Era un hombre salvajemente atractivo y maravillosamente experto en los intrincados vericuetos del sexo, un hombre que sabía controlar la situación. Su identidad, en realidad, era irrelevante. Estaba excitada, y lo único que importaba era que la rodeara con un brazo por la cintura mientras apretaba su cuerpo masculino contra ella. Se acercó más.

Matthew comenzó a despertar de su sueño. Estaba abrazado a una mujer, a una esbelta y cálida mujer que olía a flores primaverales y que parecía llevar algo de ropa subida y enrollada en la cintura. La deseaba. Era un deseo lascivo, un deseo que debía de ser saciado y explorado y que, una vez satisfecho, penetrando en las profundidades de su carne, le causaría una explosión de éxtasis.

Deslizó la mano perezosamente desde la cintura por todo el torso hasta llegar a sus pechos. Estaban desnudos. Eran firmes y altos, coronados por un pezón duro. Tocó el pezón y sintió un escalofrío. Sabía que besaría y probaría esa carne. Tomaría esa suculenta cresta en su boca.

Kristin arqueó la espalda suspirando medio dormida. Su amante le acariciaba el pecho con dedos lentos, pero seguros, con un movimiento que la hacía vibrar torturándola y provocándole deseos de que la tocara entre los muslos. Sentía como si se derritiera, como si se licuara. Lo deseaba, y él la deseaba a ella. Podía sentir la urgencia del deseo en su cuerpo y sabía que, como ella, estaba excitado.

En respuesta a un deseo del que Kristin apenas era consciente, Matthew giró en la cama para abrazar sus dos pechos. Ella murmuró algo placentero y él respondió algo similar.

—Preciosa —creyó oírle decir.

Kristin tenía los ojos cerrados, pero poco a poco una idea fue internándose en su cerebro a través de la niebla de aquel duermevela. Si le había oído hablar entonces era que no estaba soñando, se dijo. Y aquella voz meliflua era la de… Matthew Lingard.

Aquella idea, no obstante, no le provocó un *shock*. Eran dos extraños, tenía que empujarlo y salir de la cama, se dijo. Levantó una

mano para hacerlo, pero en lugar de ello el deseo la venció. Sólo podía pensar en sus caricias, en aquellas maravillosas caricias que le habían provocado un deseo vergonzoso.

Matthew respiró hondo. Aquellos pechos bajo sus manos estaban vivos, pensó. Aquello no era un sueño. Era la pura realidad. Una realidad cálida y milagrosa. ¿Quién era?, se preguntó. ¿Dónde estaba? Movió las palmas de las manos por los pezones como drogado. Era maravilloso, se dijo. Aquella mujer era maravillosa. Y estaba en su cama, de modo que tenía que ser… Kristin Blake. Kristin, que había estado excitando sus hormonas masculinas durante toda la tarde del día anterior y que en ese momento lo llenaba de deseo.

A pesar de ir en contra del sentido común, Matthew colocó una mano sobre su trasero. Los hombres siempre pagaban sus errores, pensó vagamente. El problema era que su trasero era sedoso y redondeado, y era imposible resistirse a la tentación. Al fin y al cabo hacía siglos que no estaba con ninguna mujer, y él era sólo humano, racionalizó. Tenía sus necesidades. Si cerraba los ojos y fingía que dormía, Kristin no podría culparlo, se dijo.

—No deberíamos —la escuchó susurrar mientras comenzaba a tocarlo, primero la espalda y luego el pecho.

—No —contestó él.

—Pero no pares —añadió Kristin.

—No puedo parar —musitó él deslizando una mano para acariciar su muslo.

Una cosa era segura, se dijo Matthew: el sexo de Kristin funcionaba a pleno rendimiento.

Kristin sintió que la respiración se le aceleraba. La boca de Matthew estaba muy cerca de la de ella. Casi podía sentir sus besos, la presión de sus labios, el contacto húmedo de sus lenguas. Necesitaba que la besara. Lo necesitaba a él. Recorrió con la mano su pecho, su estómago y más abajo. Al rozar con los dedos su masculinidad a través de la tela de los calzoncillos el calor la invadió.

Matthew tembló. Acarició la masa de vello de entre las piernas de Kristin y tocó su parte más íntima. Ella se arqueó gimiendo. Volvió a probar una segunda vez buscando su parte más húmeda y ella jadeó de deseo.

—Por favor —rogó Kristin agarrando su masculinidad en toda su longitud.

—Sí.

Sabía qué era lo que le estaba rogando, era justo lo que él necesitaba. Necesitaba que ambos estuvieran desnudos, desnudos y libres para explorar gloriosamente sus cuerpos. Necesitaba libertad

para tocar cada delicioso centímetro de su piel, para besarla, lamerla y por último penetrarla…

¡Riiiiinggg! ¡Riiiiinggg!

Aquel zumbido que pareció sonar a miles de decibelios sobre sus cabezas les obligó a abrir los ojos de golpe y a separarse.

—¿Qué…? —preguntó Kristin con los nervios de punta.

—Es el despertador —contestó Matthew rodando por la cama y separándose de ella para apagarlo.

Se hizo el silencio.

Matthew se quedó tumbado pensando, preguntándose a sí mismo, culpándose.

Kristin tiró del vestido para taparse los pechos y bajarse la falda.

—¿No decías que estabas perfectamente cuerda? —preguntó él irónico.

—¿Y tú no decías que eras una persona fría y sagaz? —se defendió Kristin sentándose en la cama.

Se había portado como una sinvergüenza, una lasciva y una descarada, pensó. Con los ojos cerrados nada le había importado, había disfrutado de cada minuto. Pero al abrirlos la culpa había comenzado a surgir. ¿Cómo podía haberse dejado llevar por tanta sinrazón y tanta desinhibición?, se preguntó. ¿Cómo era posible que hubiera estado tan deseosa de sexo? Era absurdo, no podía explicárselo. Quizá fuera él quien la había alentado, se dijo.

—Se suponía que tenías que dormir encima de las sábanas —declaró pensando que atacar era la mejor forma de defenderse.

—También se suponía que tú tenías que dormir a ese lado, no venirte al mío —contestó Matthew levantándose—. Debe de ser que he pasado frío por la noche, por eso me tapé.

—¿Es qué no lo recuerdas?

—No, no me he dado cuenta —dijo recostándose sobre una almohada.

—¿Y te has dado cuenta de que me estabas… tocando hace un momento? —volvió a preguntar Kristin poniéndose en pie.

Tenía que alejarse de él, recapacitó. Si quedaba alguna esperanza de que pudiera conservar aunque sólo fuera la sombra de cierta confianza en sí misma, tenía que alejarse de él.

—Al principio no. Creí que estaba soñando, pero luego… luego creí que estaba en la cama con mi novia —contestó Matthew desafiante.

No estaba dispuesto a admitir que sabía que era ella. Imposible, se dijo. Eso le haría parecer un oportunista y pondría las cosas aún más difíciles. Todo había ocurrido sin que se diera cuenta, no se sentía

como si se hubiera aprovechado de ella, y ella había cooperado.

Kristin lo miró escéptica.

—Según el *Golden Catch* no tienes ninguna novia.

—Es cierto, pero creí que se trataba de la mujer con la que estuve saliendo hace tiempo. Hace mucho tiempo —añadió—. Pienso en ella muchas veces. Nunca la olvidaré. Era preciosa, con el pelo largo y negro y… —tenía que dejar de mentir, se dijo a sí mismo. Estaba complicando excesivamente las cosas—. No he hecho ningún voto de castidad, todo el mundo tiene su talón de Aquiles.

—Sólo que el tuyo está un poco más arriba, ¿no?

—¡Qué gracia!

—Puede que tú consideres que hacer el amor se deriva automáticamente de una cena con una mujer, pero yo no —afirmó Kristin tratando desesperadamente de conservar cierta dignidad—. Yo no soy de esas que se divierten con un hombre una sola noche. No me gusta.

—A mí tampoco. Yo nunca busco sólo sexo —sonrió Matthew—. Soy demasiado puritano.

—¡Nunca lo hubiera imaginado! —comentó Kristin incapaz de resistirse.

—Yo tampoco hubiera imaginado nunca que el sexo te volvía loca —respondió él—. Desde mi punto de vista estabas deseosa.

—¿Qué quieres decir?

—Por la forma de acariciarme el pecho y agarrar mi…

—Te preguntaba qué quieres decir con eso de que el sexo me vuelve loca —lo interrumpió Kristin ruborizada.

No necesitaba que le recordara los detalles, se dijo, los recordaba perfectamente. Sin embargo, en aquellos instantes, hacer el amor con él había sido como… disfrutar del éxtasis.

—Ayer escuché lo que decías por el teléfono móvil. Hablabas con Jo, con tu novio.

—Jo es Joanna Wells —sacudió la cabeza—, la directora del *Trend.* Estábamos discutiendo sobre temas para artículos, y ella me decía que el sexo siempre vende. Yo en cambio le decía que ese tema estaba demasiado manido y que a la gente le aburría.

—Comprendo.

—Si lees cualquier revista femenina verás que casi siempre hay algún artículo sobre sexo. «Dinero y Amor: mujeres y hombres que se casan por interés», «Yo amaestré a un Casanova de Hollywood» —citó a modo de ejemplo.

—¿«Teje tu propio chico de peluche»? —sugirió Matthew.

—Me gusta —sonrió Kristin—. «Semanas de pasión en el desierto

arábigo»

—¿«Cómo me acosté con un hombre al que había conocido hacía sólo veinticuatro horas»?

—Ése ha sido un golpe bajo —contestó Kristin echando chispas por los ojos—. Tú también estabas deseoso.

—Supongo que sí, pero yo soy un hombre corriente y nunca subestimo el poder de la lujuria.

Kristin lo miró alarmada de pronto, con una idea fija en la cabeza.

—No estarías… seduciéndome para persuadirme de que abandone la idea de conseguir ese empleo, ¿verdad?

—¿De qué diablos estás hablando? —se defendió Matthew saliendo de la cama.

—Ayer por la noche escuché cómo tu amigo Rob te decía que encontrarías el modo de hacerme abandonar sin escándalos. Puede que pensaras que una sesión en la cama seguida de una charla podría convencerme.

—Es una idea —comentó Matthew sacudiendo la cabeza—, pero no, no es mi estilo. Como ya te he dicho, pensé que estaba con mi novia… —se interrumpió de pronto para dar la vuelta alrededor de la cama y mirarla a la cara—. Quizá tú sí la hayas usado como arma secreta para persuadirme de que te de ese empleo.

—¡Eso es ridículo!

—¿Tú crees? Considéralo de este modo: cuando ayer viniste a mi habitación sabías que faltaba poco para que sonara la alarma. Calculaste el tiempo justo para quedarte atrapada. Estabas decidida a salirte con la tuya, pero yo lo eché todo a perder al quedarme dormido. Sin embargo, esta mañana…

—Esta mañana fuiste tú el que me rodeó a mí por la cintura —terminó Kristin la frase.

—Sí, pero tú te estrechaste más contra mí —la miró fijamente—. ¿Lo hiciste a propósito?

—¿Estás sugiriendo qué… qué me crees capaz de acostarme con alguien para conseguir un empleo?

—No serías la primera mujer en hacerlo.

—Pero sí lo sería para mí —contestó Kristin furiosa con él y consigo misma.

—¿Entonces no eres una de esas damas manipuladoras? —preguntó Matthew lacónico.

—¡De ningún modo!

—¿Y cómo es que *Sir* George está a tu favor?

—¿Pretendes insinuar que también me he acostado con él?

—No.

—¡Menos mal!
—Aunque…
—¿Aunque qué?
—Aunque puede que sí estés explotando el hecho de que le gustas.
—Eso no es cierto.
—¿No? —preguntó Matthew arqueando las cejas.
—No, no lo es —respondió levantando una mano impetuosa para abofetearlo—. ¡Eres un… un… incrédulo!
—¡Calma! —ordenó Matthew agarrándola de la muñeca para evitar el golpe—. Y baja la voz, vas a despertar a todo el mundo.
—Suéltame —exigió Kristin.
—Te pido disculpas.
—Desde luego que debes pedirlas —declaró ella tratando en vano de liberarse.
¿Por qué tenía que tocarla?, se preguntó. La agarraba sólo de la muñeca, era algo prosaico, pero su corazón estaba acelerado. Sentía de nuevo un deseo irracional. Y él era perfectamente consciente de ello, sentía lo mismo. Podía ver sus ojos cargados de emoción.
—Emily es la razón por la que *Sir* George está «a mi favor», como tú dices —añadió Kristin con calma.
—¿Qué? —parpadeó.
—Tú conociste a Emily ayer, pero si los hubieras visto juntos, padre e hija, te habrías dado cuenta de que para él Emily es lo más importante del mundo. Nació cuando *Sir* George era relativamente mayor, y es hija única. Siempre estuvieron muy unidos, pero cuando murió su madre se unieron más aún. *Sir* George está pendiente de lo que ella dice, y tomó nota de mi nombre cuando Emily se lo sugirió.
Matthew dio un paso atrás y la soltó. Kristin había roto el hechizo deliberadamente, pensó dándole gracias a Dios. Si no lo hubiera hecho la habría besado, se confesó. La habría besado llevado por la rabia y por el deseo, hubieran acabado haciendo el amor, de eso estaba seguro. Un error, no obstante, era suficiente. Es decir, su cabeza le decía que no cometiera otro, pero su cuerpo lo instigaba a ello.
—Así que Emily es el punto débil de *Sir* George —comentó Matthew comprendiendo que Kristin era el suyo.
—Se podría decir así.
—¿Y por qué le gustas tanto tú?
—Ella cree que somos como almas gemelas. Las dos hemos sido hijas únicas y las dos hemos sufrido… traumas. El primer artículo mío que leyó contaba las emociones que sentí cuando mi madre nos abandonó, y ella….
—¿Te refieres a cuando tus padres se divorciaron?

—Sí. Escribí sobre el dolor, la culpabilidad y la agresividad que sentía, y sobre cómo luego logré superarlo. La madre de Emily había muerto hacía sólo unos cuantos meses, y ella me dijo que, aunque nuestras situaciones fueran diferentes, era como si yo hubiera pasado por lo mismo por lo que estaba pasando ella. Me dijo que había llorado mucho, y que leer mi columna la ayudó.

—Debió de ser muy difícil para ti escribir sobre algo tan personal —comentó Matthew frunciendo el ceño.

—Lo fue, pero también fue una terapia. Mi madre y yo nos habíamos separado hacía muchos años, pero sólo después de escribir esa columna fui capaz de perdonarla. Cuando la secretaria de *Sir* George me llamó no tenía ni idea de qué era lo que quería, y cuando me dijo que quería que fuera la nueva redactora jefe… me quedé de piedra.

—¿Es qué no te creías capaz de ocupar ese puesto?

—Si hubieran puesto un anuncio pidiendo una redactora jefe no hubiera solicitado la plaza —asintió Kristin.

—¡Ha!

—Sin embargo, a veces el destino te echa una mano y… Sé que puedo hacer ese trabajo, que puedo hacerlo bien.

—¿En serio lo crees? —preguntó Matthew arqueando las cejas.

—Sí. Tú también te sorprendiste cuando *Sir* George te ofreció el puesto de director, lo leí en un artículo sobre ti. Pero sin embargo no desaprovechaste la oportunidad, así que, ¿por qué crees que iba a hacerlo yo? —Matthew sacudió la cabeza. No tenía respuesta—. Sé que sientes que *Sir* George te está imponiendo su voluntad en contra de tus deseos —continuó Kristin—, y me doy cuenta de que la imagen que tienes de mí es…

—Un cero a la izquierda.

—Tu imagen tampoco es la de un hombre de empuje.

—Ni la tuya —contestó él.

Ambos se miraron en un silencio cómplice.

—Pero al menos podrías escucharme —añadió Kristin.

—Son más de las siete —suspiró—. Te sugiero que te marches.

—Ya me voy. ¿Puedo sugerirte que te duches con agua fría? Mejor que sea helada.

—Aprecio tu consejo —sonrió Matthew a medias.

—Una cosa más —añadió Kristin cuando ya estaba a punto de salir de la habitación—. Me retracto de haberte acusado de cerrado.

Mientras volvía a su habitación Kristin se alisó el vestido. Escuchó un ruido detrás de ella y se volvió. Era *Sir* George, al fondo del pasillo, vestido con ropa de deporte. Debía de volver de hacer *jogging*. Su

corazón desfalleció. La había pillado. Se detuvo, giró y sonrió.

—Buenos días —saludó buscando desesperadamente una excusa para explicar su presencia.

Aquella explicación había sido un tanto impulsiva y apresurada, pensó Kristin después mientras se quitaba el vestido. Tenía un carácter impulsivo. Igual que cuando se enfrentó a Matthew en el restaurante diez años atrás, recordó. Su comportamiento había sido dramático. Todo había comenzado meses antes de conocer a Matthew Lingard, a las pocas semanas de abandonar el colegio. Paseaba con una amiga por la calle cuando una mujer de una agencia de modelos la paró.

—¡Qué silueta! ¡Y qué color! —había exclamado la mujer mientras la examinaba—. Ésta es mi tarjeta, toma. Tienes que trabajar para nosotros.

Su primera reacción había sido echarse a reír. Nunca se había imaginado a sí misma como modelo, ni sentía ninguna inclinación hacia ello. Sin embargo no dudó en telefonear. Le enseñaron a caminar, y en pocas semanas viajaba de continuo de Londres a París. Tenía dieciocho años, y no podía ser más ingenua.

Cuando el resto de las modelos con las que trabajaba aceptaron que les tomaran fotos tras el escenario, ella también accedió. Un día estaba tan agobiada cambiándose de ropa que olvidó que la estaban haciendo fotos. Se dirigió al baño y se metió bajo la ducha. Unas cuantas semanas más tarde su padre le arrojó a la cara el suplemento a color de los domingos de un diario importante.

—¿Cómo has podido hacer esto? —exigió saber.

Kristin se quedó mirando las fotos. Se incluían, entre otras a medio vestir, algunas en las que estaba desnuda de cintura para arriba.

—No sabía que me estaban sacando fotos —alegó a punto de desfallecer.

—Kristin, no debiste hacer esto.

—Papá, en serio…

—Lo has hecho a propósito, para rebelarte contra mí —la acusó triste y desdeñoso—. ¿Qué va a pensar la gente? Es casi pornográfico.

Kristin frunció el ceño. Su padre era el director de un colegio privado, y siempre tenía muy en cuenta el qué dirán.

—No es pornográfico, papá. Es un artículo informativo, y estoy segura de que no causará mayor revuelo.

Sin embargo se equivocó. La gente provocó un escándalo, e incluso la prensa amarilla llamó a su puerta. Kristin fue al estudio del fotógrafo para protestar, pero él no estaba.

—El muy sinvergüenza se llevó las fotos que más le gustaban para él —explicó un aprendiz del estudio—. Luego las mandó por error junto con otras a un periódico. Nos sorprendió mucho que las publicaran. Supongo que alguien debió pensar que merecía la pena.

Decidida a hacérselo pagar a alguien, Kristin fue al periódico y exigió saber quién era el responsable de la selección de fotos. Exigió hablar con él, pero le dijeron que estaba en un restaurante. La recepcionista, sin embargo, cometió el desliz de decirle el nombre del lugar al que había ido. Al llegar se dio cuenta de que ni siquiera sabía su nombre, pero el chef se conformó con el del periódico y le indicó quién era. La sangre le hervía. Había publicado esas fotos sin su permiso, sin tener en cuenta las consecuencias. Se acercó a él, agarró una jarra de agua y se la vació en la cabeza. Luego se marchó llorando. Aquel mismo día informó a la agencia de que no volvería, y nunca lamentó aquella impulsiva decisión.

Capítulo 4

—¿Qué le has dicho a *Sir* George qué? —exigió saber Matthew.

—Que estábamos comprometidos. No oficialmente, claro.

—¿Es qué estás decidida a arruinar mi vida? —preguntó horrorizado.

—No, no estoy arruinando nada —protestó Kristin—, al contrario, estoy…

—¿Y qué diablos ha ocurrido para que le dijeras eso?

Habían pasado tres cuartos de hora y ambos estaban en el comedor de Flytes Keep sirviéndose el desayuno del buffet. La mayor parte de los invitados parecían seguir durmiendo, sólo algunos desayunaban en las pequeñas mesas que habían sustituido a la mesa grande de la noche anterior.

—*Sir* George me vio salir de tu habitación con el vestido… arrugado.

—¿Quieres decir cómo si hubieras estado durmiendo con él puesto?

Kristin miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie los oía.

—Sí, algo así. De todas maneras era evidente que había pasado la noche contigo, y como ayer Emily dijo que su padre era muy puritano pues…

—¿Comprometidos? —sacudió la cabeza incrédulo—. Creo que tras ese aspecto exterior ocultas una mujer bastante pasada de moda. Lo siguiente que me dirás es que eres virgen.

—No lo haré.

—¿Y *Sir* George te creyó?

—Pareció aliviado al saber que teníamos un compromiso —asintió Kristin.

—¿Un compromiso? ¿Después de pasar una sola noche juntos?

—Le dije que nos conocíamos de antes y que… —hizo un gesto de impotencia— que ya habíamos sido novios.

—¿Es qué piensas publicar nuestro noviazgo en el *Daily Telegraph*? ¿O prefieres el *Times*?

—Le dije que nuestro compromiso no era oficial —replicó Kristin impaciente—. Le dije que se lo decía como en confidencia, y que tenía que prometerme que no se lo diría a nadie. Ni siquiera a Emily.

—Demos gracias a Dios por esa pequeña bendición. ¿Prometes que me contarás cuándo nos casamos? Odiaría dejarte tirada en el altar.

—¿Es qué hubieras preferido que le dijera que sólo queríamos acostarnos juntos una noche? O mejor aún, ¿qué somos amantes?

Matthew dejó que su mirada vagara por la silueta de Kristin. Llevaba una falda y un jersey y el pelo recogido en una sencilla coleta. Su aspecto era fresco, limpio y chic. ¿Llevaría debajo la ropa interior de la bolsa?, se preguntó.

—De lo primero no estoy muy seguro, pero eso de ser amantes me sugiere una o dos ideas interesantes. En definitiva es eso lo que le has contado.

—¿Qué quieres decir?

—Si sólo hemos hablado vagamente de la posibilidad de casarnos, si no hemos concretado una fecha, pero estamos durmiendo juntos, entonces eres mi amante —torció la boca—. Mi querida.

—Puede que tú lo interpretes así, pero él no —contestó Kristin tensa—. Escucha, le dije lo que se me ocurrió en ese momento, traté de encubrirte.

—¿De encubrirme?

—Sí. Si no aprueba que la gente tenga amantes, menos aún aprobará que se acueste una sola noche, que es lo que al principio le debió de parecer que hacíamos. Quizá me excedí, pero imaginé que quizá te obligara a dimitir y…

—Imposible —afirmó Matthew con firmeza—. Yo no soy un mujeriego.

—Bueno, pero puede que te marcara moralmente, y supongo que eso no te gustaría.

—No, pero podría vivir con ello. Gracias —añadió—. Vamos a sentarnos a desayunar.

Matthew la guió hasta una mesa separada del resto. Al irse la camarera que les llevó el café, Kristin comentó:

—A mí tampoco me entusiasma la idea de estar comprometida contigo —quizá Matthew pensará que se había hecho ilusiones con respecto a él, pensó. Tenía que convencerlo de lo contrario—. En primer lugar tú no eres mi tipo, en segundo lugar..

—¿Y cuál es tu tipo? —la interrumpió Matthew.

—Me gustan los hombres dulces y abiertos de miras —sonrió—. Y en segundo lugar mi madre se casó muy pronto y luego se divorció. No quiero cometer el mismo error. Eso significa que hasta que no cumpla los treinta, por lo menos, no voy a pensar en el matrimonio.

—¿Y cuántos años tienes?

—Veintiocho.

—¿Tienes algún novio que pueda persuadirte de lo contrario? —inquirió Matthew.

—El último chico con el que estuve hace seis meses se puso demasiado serio y me asustó.

—Conozco ese sentimiento —contestó Matthew seco—. ¿Vivíais juntos?

—No, yo nunca he vivido con ningún hombre. Teníamos una relación bastante estrecha, pero… —se encogió de hombros—. Quizá esté anticuada, pero para mí instalarse en una casa es parte integrante del matrimonio. ¿Tú sí has vivido con alguien?

—Un par de veces.

Que lamentaba, reflexionó Matthew en silencio.

—Al decirle a *Sir* George que estamos comprometidos también tú te has cubierto las espaldas —observó Matthew.

—Sí, no quería que pensara que era una fresca. No creo que le gustara que la redactora jefe del *Ambassador* lo fuera, ¿no crees? Bueno, ya sé, todavía no me has contratado, pero aunque las aguas fluyan turbulentas, permanezco a flote.

—Estás mezclando unos cuantos clichés bastante poco originales. Y no estás a flote. De hecho, acabas de hundirte.

—¿Qué quieres decir?

—Si estamos comprometidos no puedo darte el empleo. No sería ético. Me expondría a que los otros empleados me acusaran de nepotismo, de favoritismo, etc.

Kristin frunció el ceño. Había logrado escapar de un problema pero, según parecía, acababa de meterse en otro.

—No se me ocurrió pensarlo.

—Podrías confesar que te inventaste lo de nuestro compromiso. Si no, será como descalificarte a ti misma.

—Para tu gran alivio.

Por un momento Matthew se preguntó si debía de rechazar la acusación, pero luego asintió. Era cierto que lo aliviaba.

—No es nada personal, pero debes admitir que contratar a alguien sin experiencia en la prensa es arriesgado.

—Pues corre el riesgo. Atrévete, sé diferente, vive peligrosamente.

—Eso ya lo he hecho, esta misma mañana —contestó mirando más allá de ella—. Hola, estamos aquí.

—Buenos días —contestó *Sir* George acercándose a su mesa.

—¿Has disfrutado del *jogging*? —preguntó Kristin.

—Mucho. Debería de hacerlo todos los días, pero es difícil encontrar el momento. ¿Por qué no me dijiste que conocías a Matt cuando te hice la entrevista? —preguntó *Sir* George tomando una silla y sentándose.

Kristin vaciló. Su mente daba vueltas. No estaba acostumbrada a mentir, ni siquiera a decir mentiras piadosas. ¿Debía contar la verdad?, se preguntó. Contarla, aunque fuera censurada, podía

resultar difícil. Y su aspecto aquella mañana, al salir de la habitación de Matthew, no iba a ayudarla.

—Nos peleamos y rompimos… bueno, hace de eso seis o siete meses, así que supongo que no lo consideró importante —contestó Matthew por ella.

Kristin lo miró sorprendida. No esperaba que él hiciera ningún comentario, sólo que se sentara tranquilamente y que la dejara a ella sudar buscando una explicación. Después de todo, de un modo u otro, él no iba a sufrir las consecuencias, pensó.

—Ehh… sí —confirmó Kristin.

—Pero ayer os volvisteis a encontrar e hicisteis las paces —declaró el anfitrión sonriendo.

—Sí, es cierto —contestó Matthew.

—¡Ah, la gente joven! —sonrió *Sir* George mirándolos alternativamente.

—Sin embargo —añadió Matthew—, el hecho de que hayamos vuelto a comprometernos significa que, por desgracia para Kristin, no puedo contratarla —dijo alargando una mano para tomar la de ella en un gesto de consolación—. No es así, ¿cariño?

Kristin apretó los dientes. Ésa era la razón por la que había confirmado y continuado su historia, reflexionó. Aquello no le gustaba en lo más mínimo, ni tampoco la expresión de satisfacción que apenas podía ocultar. Hubiera deseado que le soltara la mano.

—¿Qué no la puedes contratar? —repitió *Sir* George—. ¿Y por qué?

—Porque me expondría a que todo el personal me acusara de favoritismo.

—Pero tú no vas a favorecerla injustamente. Tú nunca has publicado nada que no creyeras que mereciera la pena, aunque fuera un artículo de tu novia —contestó el anciano—. Para ti lo primero es el periódico.

—Siempre, eso es cierto —alegó Matthew—. Sin embargo, otras personas pueden pensar lo contrario y sentirse agraviadas.

—Kristin me ha dicho que vuestro compromiso no es oficial, que nadie lo sabe, así que supongo que tampoco lo sabe nadie del *Ambassador*, ¿no?

—Exacto —contestó Matthew frunciendo el ceño.

—Pues entonces bastará con que lo sigas manteniéndolo en secreto. Después de un par de meses, cuando la gente vea que no hay favoritismo de ninguna clase, podéis anunciar que estáis enamorados. Nadie se va a oponer a un romance en la oficina, y los matrimonios son un equipo espléndido para trabajar.

—¿Espléndido? —repitió Matthew con voz estrangulada soltándole

la mano a Kristin.

—Cuando comencé en mi primera empresa mi mujer y yo acabábamos de casarnos. Ella fue de gran ayuda. Trabajaba en la oficina y me elevaba la moral —suspiró—. Y no me cabe duda de que con esta jovencita a ti te pasará igual.

—Haré todo lo que pueda, cariño —contestó Kristin sonriendo.

—Sólo nos hemos visto ayer —sonrió tenso Matthew—, quizá estemos adelantando los acontecimientos. ¿Quién sabe? Es posible que volvamos a pelearnos.

—Te pone nervioso la idea de casarte, ¿verdad, Matthew? —inquirió *Sir* George mientras le daba una palmadita en la espalda—. No tengas miedo, es algo maravilloso. Mucho mejor que vivir en pecado. Tengo que hacer unas cuantas llamadas —añadió poniéndose en pie—. Te veré más tarde, Matt. ¿Te parece bien en mi despacho dentro de media hora?

—Sí, señor.

—Así que podemos volver a discutir, ¿eh? —comentó Kristin una vez que su anfitrión hubo desaparecido—. No estarás insinuando que nuestro compromiso puede acabar, ¿verdad?

—No durará ni un minuto más de lo necesario.

—¡Vaya!, y yo aquí, pensando que besabas la tierra que pisaba.

—Lo dejaremos así por el momento, no quiero que piense que soy muy voluble, pero más adelante le diré que lo hemos pensado mejor y que hemos roto.

—¿A qué hora quieres hacerme la entrevista hoy?

—A ninguna.

Kristin se quedó mirándolo y sintiéndose desfallecer.

—¿Te niegas a hacerme la entrevista a pesar de lo que ha dicho *Sir* George? —protestó a punto de levantarse para sacudirlo.

—No, sólo lo retraso.

—¿Sí? —lo miró suspicaz.

—Sí. Después de darme la ducha helada, tal y como me recomendaste, fui a tomar el aire. Estuve pensando y me di cuenta de que había sido injusto contigo. Voy a darte una oportunidad.

—Mi alma se siente liberada y llena de esperanza.

—Sin embargo no he tenido tiempo de mirar tu currículum ni las revistas, y creo que esta mañana no voy a poder hacerlo. La verdad es que la semana que viene voy a estar muy ocupado, pero si me das tu teléfono…

—Está en el currículum.

—Bien. Buscaré un momento y te llamaré —sonrió—. Supongo, a pesar de mis reservas, que te mereces que te escuche, aunque no sea

más que por lo insistente que eres.

—Gracias —sonrió mirándolo a los ojos azules.

—Sé lo que sientes. Una vez perdí un empleo que estaban a punto de ofrecerme —comentó Matthew comprensivo mientras terminaba el café—. Era un empleo magnífico.

—¿Y por qué lo perdiste?

—Por culpa de una estúpida que me montó una escena —contestó poniéndose serio—. Estaba en un restaurante con mi presunto futuro jefe y mi novia discutiendo los detalles del contrato cuando…

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Kristin alerta.

—Hace unos nueve o diez años.

—¿Y aún lo recuerdas? —volvió a preguntar tensa.

—Igual que si hubiera sido ayer —contestó Matthew dejando la taza sobre el plato—. Aquella chica me lanzó tales acusaciones que perdí la oportunidad de conseguir ese trabajo. Y, casualmente, también rompí mi relación con Mandy. La hubiera matado —de pronto hizo una pausa y frunció el ceño—. Espera un momento.

Kristin se quedó de piedra. Matthew Lingard la había reconocido. Siempre había creído que aquél incidente sólo le había perjudicado a ella, pero de pronto comprendía que también había cambiado la vida de él. No tenía perdón. No importaba que sus acusaciones fueran justas, eran enemigos. Un escalofrío la recorrió. Ni siquiera le haría la entrevista, pensó.

—¿Estás libre mañana? —preguntó Matthew—. Me refiero a libre por espacio de una hora, más o menos, para que hagamos la entrevista.

—Ah… sí —parpadeó—, cuando quieras.

—¿Dónde vives?

—En Notting Hill Gate.

—Eso está a un kilómetro y medio de mi casa, más o menos. ¿Qué te parecería venir a verme a eso de las… once de la mañana? —sugirió.

—Estaré allí —confirmó Kristin tomando su dirección—. Iré a guardar mis cosas. Te veré mañana.

—Hasta mañana.

Kristin caminaba por Kensington High Street. Había dejado el coche en casa porque hacía sol y le apetecía pasear. A pesar de ser domingo las aceras estaban abarrotadas. A esas horas Matthew ya habría leído su currículum y las revistas, se dijo preguntándose si la consideraría una buena candidata. Había reconocido que había sido

injusto, pero quizá sólo deseara agradar a *Sir* George, quizá la entrevista sólo fuera una farsa.

Torció a la derecha y entró en una calle pequeña localizando enseguida el apartamento de Matthew. Si aún no la había reconocido como la chica que le vació la jarra de agua en el restaurante era poco probable que nunca llegara a hacerlo. En ese sentido estaba tranquila.

—¿Sí? —preguntó alguien por el intercomunicador.

—Soy Kristin Blake.

—Entra. Toma el ascensor. Tercera planta.

Mientras el ascensor subía se alisó la chaqueta. Se había vestido para una cita de trabajo tratando de olvidar la escena ocurrida en Flytes Keep y suponiendo que Matthew haría lo mismo. Siendo un nombre de experiencia seguramente consideraría aquello como un incidente sin importancia, recapacitó. Ojalá pudiera hacer ella lo mismo, pensó.

—Hola.

Matthew la esperaba en la puerta. El pulso se le aceleró. Hubiera deseado descubrir que, en realidad, tampoco era tan guapo. Pero era todo un hombre con aquellos vaqueros ajustados a las piernas destacando su masculinidad. La guió hasta el salón.

—¿Café? —preguntó.

—Gracias, sí.

—Siéntate, no tardaré mucho —añadió desapareciendo.

Kristin se sentó y miró a su alrededor. Los muebles tenían estilo, pero resultaban escasos. No había flores ni detalles. Era evidente que Matthew se dedicaba exclusivamente al trabajo y que utilizaba la casa sólo para dormir. Minutos más tarde entró con dos tazas en la mano.

—¿Has hablado con *Sir* George desde la última vez que nos vimos? —inquirió ofreciéndole el café.

—No, ¿de qué iba a hablar con él?

—Me preguntaba si le habrías contado que no estoy muy dispuesto a darte el trabajo —contestó Matthew sentándose en el sofá.

—¿Con la esperanza quizá de que él apretara las tuercas necesarias? —preguntó a su vez Kristin enfadada—. No, ése no es mi estilo.

—Me alegro de oírlo —contestó Matthew poniéndose unas gafas para leer y comenzando a revisar el currículum de Kristin—. He visto que sacaste notas inmejorables en la escuela. ¿No pensaste nunca en ir a la Universidad?

—Sí, lo pensé —contestó ella dando un sorbo de café—. De hecho me ofrecieron una plaza.

—¿Dónde?

Matthew la trataba con mucha formalidad, y lo hacía a propósito. Había estado tratando de convencerse a sí mismo de que el episodio de Flytes Keep no era sino el producto de una locura momentánea, un desliz debido más que nada a su largo celibato y al sueño. Sin embargo, nada más verla en el ascensor recordó lo bien que habían estado juntos en la cama. Había vuelto a revivir las mismas sensaciones, la fragancia, el calor. Mientras permanecieran en la misma habitación el espectro de aquella intimidad seguiría flotando en su mente, se dijo.

—En Oxford, pero… —se encogió de hombros con naturalidad—, decidí no ir.

—¿Y tus padres no se sintieron decepcionados?

—Sí, sobre todo mi padre. Es director de un colegio, así que para él el éxito académico cuenta mucho. Tenía grandes expectativas en mí, pero… —volvió a encogerse de hombros—. Después de dejar el colegio estuve vagando de un lado a otro durante una temporada —continuó en un tono intencionadamente vago—, luego, como ves, hice un curso de secretariado y encontré un trabajo en una revista sobre *camping*.

—Comenzaste como simple oficinista, luego alcanzaste el puesto de secretaria personal del director y, al final, acabaste uniéndote al equipo de redacción.

—Sí, la revista solía publicar trabajos en régimen de *free-lance*, y yo comencé a escribir en mi tiempo libre. Nunca antes había escrito, pero descubrí que me encantaba. Comenzaron a publicar cosas mías, cada vez más, hasta que al final decidieron que me uniera al equipo de redacción. También publiqué artículos en otras revistas.

—¿Por ejemplo? —preguntó Matthew.

Kristin nombró un buen número de revistas populares y luego añadió:

—Un día contacté con un grupo de gente que estaba a punto de lanzar el *Trend*. Va a hacer ya cuatro años de eso. Cada vez escribo más.

Matthew miró la pila de revistas sobre la mesa. Había esperado encontrar en ellas una cháchara brillante y divertida, pero sin fundamento, y en su lugar había hallado reportajes de gran interés. Aunque estuviera dirigida al mercado femenino, no por ello desmerecía en cuanto a su calidad. Al contrario, elevaba el nivel que, por lo general, esas revistas ofrecían. Las columnas de Kristin estaban llenas de humor, de datos interesantes, y eran todo un ejercicio de redacción. Además tenía olfato para descubrir las opiniones que la gente nunca declaraba.

—Y tus columnas son en buena parte responsables de ello.

—Sí, en buena parte —contestó Kristin sin falsa modestia.

—¿Por qué quieres dejar el *Trend*?

—Porque quiero avanzar.

—¿Y por qué no buscas otra revista? ¿Una mensual, quizá?

—Quiero trabajar en un periódico.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te empuja a ello?

Kristin dio un sorbo de café. No esperaba que Matthew le preguntara por sus motivos personales.

—Los periódicos son más inmediatos, más directos, más importantes.

—Bien pero, ¿a quién quieres impresionar?

—¿Y por qué iba a querer impresionar a nadie?

Matthew se retiró las gafas y la miró fijamente.

—Bueno, es que me sorprende que…

—¿Tú siempre has querido ser el director de un periódico? —inquirió Kristin tratando de desviar la conversación.

—No —sonrió—, cuando era pequeño quería ser torero. Me pasé años toreando a un gato con una bufanda. Todo empezó cuando me llevaron a una corrida de toros. El torero me impresionó con su traje de luces —explicó.

—¿Te llevó tu abuela, la española?

—Sí. ¿Y tú cómo sabes que tengo una abuela española? Estoy seguro de que no lo he dicho en ninguna entrevista.

—Me lo dijo Emily.

—Según parece es muy curiosa.

—Me temo que sí —sonrió Kristin.

—Mi padre escribía artículos políticos para un periódico —continuó Matthew— y, al ir creciendo, la idea de trabajar en los diarios me fue pareciendo cada vez más atractiva.

—Pero luego, sin embargo, has preferido ser director antes que seguir escribiendo.

—Sí, aunque Dios sabe por qué, es un trabajo para maníacos —contestó frunciendo el ceño. Se suponía que era él quien la estaba entrevistando, pensó—. ¿Te das cuenta de que hay mucho que hacer antes del relanzamiento del lunes de la semana que viene, y de que si te acepto en el equipo necesito que vayas a trabajar mañana mismo?

—Ya he hablado con mi jefa sobre eso —asintió Kristin—, y no tiene inconveniente en prescindir de mí. Sin embargo, quiere que siga escribiendo mi columna durante un mes o dos, hasta que encuentre a alguien que me sustituya. Eso no pondrá en peligro mi trabajo en el periódico —se apresuró a añadir—. Escribiré la columna en casa. ¿Te

importaría?

—No.

—Sé que te estás arriesgando conmigo, pero la seguridad es aburrida —continuó Kristin.

—Tú desde luego no eres aburrida, pero sí tenaz.

—Puedes creerlo —contestó ella enderezándose en el asiento—. Tengo unas cuantas ideas que quizá sean de interés para el *Ambassador*.

—¿Cómo por ejemplo? —preguntó Matthew sorprendido al verla tan preparada.

—Hacer una serie de entrevistas a las mujeres de los políticos, investigar por qué a la gente le gusta tanto aparecer en televisión o por qué se apresura a contar hasta el último detalle de su vida íntima —sonrió—. También me gustaría hacer algo sobre la gran cuestión aún no resuelta de la biología.

—¿Y qué cuestión es ésa? —preguntó Matthew elevando las cejas y sospechando que estaba tomándole el pelo.

—Por qué las mujeres nos preocupamos por los hombres.

—¡Dios mío, no me digas que eres feminista!

—No, no lo soy —rió sacudiendo la cabeza—. Puede que estés negociando ese empleo con una periodista de vasta experiencia —continuó poniéndose seria—, pero…

—No, no estoy negociando con nadie —la interrumpió Matthew—. Sólo he estado tanteando.

—Eres un canalla de mucho cuidado. Dime, ¿había pensado en alguien para ese puesto?

—Sí, pero… —suspiró y se puso en pie.

Matthew se acercó a la ventana. Había llamado a Angela Carr aquella misma mañana, pero su respuesta había sido negativa. Tenía dudas sobre el éxito del relanzamiento, y no quería arriesgarse a asociarse a una empresa que podía funcionar mal. No había sido un comentario demasiado alentador, pensó Matthew mientras miraba a Kristin. ¿Qué haría *Sir* George si no la contrataba?, se preguntó. ¿Y qué haría él si insistía? ¿Amenazarlo con dimitir? No, se dijo, no antes de haber conseguido vencer el desafío. Debía guardarse ese as en la manga para ocasiones más acuciantes, reflexionó. ¿Pero entonces, debía contratarla? Cada vez quedaba menos tiempo, reflexionó.

—Pruébame —dijo Kristin poniéndose en pie y caminando hasta su lado—. Sé que te sientes presionado y lo lamento, pero si no me pones a prueba nunca sabrás lo que te estás perdiendo.

—¿Eso tiene un doble sentido? —preguntó Matthew arqueando las cejas y pensando en las caricias compartidas y en lo cerca que habían

estado de hacer el amor.

—Sólo quiero una oportunidad para trabajar en el periódico —contestó Kristin ruborizándose.

—La tendrás —concedió Matthew. Kristin comenzó a saltar y a darle las gracias, pero él levantó una mano para hacerla callar—. Te pondré a prueba durante tres meses. Si en el transcurso de ese tiempo decido que vales, te quedarás. Si pienso lo contrario, te marcharás.

—Tres meses no es mucho tiempo.

—¿Es qué prefieres no arriesgarte a dejar tu empleo en el *Trend*?

—¿Estás tratando de desanimarme?

—No, sólo te digo cómo están las cosas. Quiero que me cuentes cada idea y que me enseñes cada línea antes de seguir adelante. Quiero leer cada artículo que tu equipo vaya a publicar. Antes de la publicación, por supuesto.

—¡Pero me vas a poner entre la espada y la pared! —protestó Kristin.

—Tengo que proteger el periódico. Es todo lo que puedo ofrecerte.

—Me ofreces eso porque no estás preparado para enfrentarte a *Sir* George, no puedes arriesgarte a tener una discusión con él. No a estas alturas.

Matthew frunció el ceño. ¿Es qué era transparente para Kristin?, se preguntó.

—Es posible. Sin embargo, así están las cosas. Lo tomas o lo dejas.

Kristin permaneció muda, reflexionando. No le gustaba nada aquella situación, pero deseaba el empleo. Y era justo que fuera él precisamente quien se lo ofreciera después de haber publicado sus fotos medio desnuda.

—Hecho.

—El *Ambassador* va a cambiar de formato. El objetivo es ocupar en el mercado el hueco entre el líder y el resto de la prensa de calidad atrayendo a lectores por ambos lados —comentó Matthew volviendo a sentarse—. El truco consiste en guardar el equilibrio. *Sir* George llama a tu sección las «páginas femeninas», y yo estoy de acuerdo en que deben de resultar atractivas para las mujeres.

—¿Y es ésa la razón por la que contratas a una redactora jefe?

—Sí, creo que puede sernos útil el punto de vista de una mujer. Sin embargo no quiero darle una inclinación excesivamente femenina. No aceptaré los artículos típicos de las revistas femeninas. Siempre que sea posible tu sección reflejará la actualidad y, sea el tema serio o no, debe ser entretenido.

Matthew siguió comentando cómo debía organizar la sección y los detalles del salario.

—Me imagino que no debo comentar nuestro compromiso —dijo Kristin más tarde, cuando estaba a punto de salir del apartamento.

—¡No, por Dios! No quiero que nadie lo sepa.

—¿Y qué te parece si te miro con ojos ensoñadores cuando *Sir* George esté delante? —volvió a preguntar torciendo la boca—. ¿O suspiro, mejor?

—No, gracias.

—Bien, señor.

—De ahora en adelante nuestra relación será puramente profesional. ¿Queda claro?

—Cristalino —contestó Kristin tomando el ascensor—. Adiós.

Mientras la veía marcharse, Matthew se preguntó si la advertencia era para Kristin o para sí mismo.

Capítulo 5

—Acaba de salir y por el momento todos son comentarios entusiastas. ¿Qué te apuestas a que cuando conozcamos las cifras de ventas de esta semana hemos vuelto a tener un incremento? —dijo Rob.

—Sólo llevamos quince días en la calle —contestó Matthew—, y el formato nuevo es una novedad. Es cierto, la gente lo está comprando, pero puede que sea por pura curiosidad. No sabemos si seguirán haciéndolo.

—Eres demasiado cauto.

—Soy realista.

—Me voy a casa —añadió Rob encogiéndose de hombros—. ¿Y tú?

—Más tarde.

—Mucho más tarde —lo corrigió Rob.

Matthew sonrió, se quitó las gafas y se restregó los ojos. Eran más de las ocho de la tarde, y había llegado a la oficina al amanecer. El trabajo diario era vertiginoso.

—Supongo, pero ésta es mi gran oportunidad, y no voy a desperdiciarla.

—Y además no tienes ninguna mujercita esperándote, ésa es la diferencia —declaró Rob—. Sabes, ya es hora de que te establezcas.

—Tú también no, por favor. Mi hermana no me dice otra cosa.

—Y tiene razón. ¿Qué te parecería hacerlo con la exquisita Kristin? —sugirió mirando por la mampara de cristal que separaba el despacho de Matthew.

Matthew siguió la dirección de su mirada. La oficina central, que ocupaba casi toda la segunda planta del edificio Hammersmith, era un barullo de mesas amontonadas, ordenadores y estanterías en un espacio amplio y sin delimitar. Algunos empleados estaban sentados mientras otros vagaban de un lado a otro. Kristin estaba hablando con un redactor.

—No, gracias.

—Esa contestación es un tanto tajante.

—Rob, no tengo ni tiempo ni interés por las mujeres en este momento, ni por ella ni por ninguna otra.

—Te pido disculpas. Te veré mañana —añadió saliendo.

Matthew volvió a ponerse las gafas y comenzó a leer un resumen de una conferencia europea sobre la ley y el orden. Era una conferencia importante que supuestamente tendría una amplia repercusión, y pensaba utilizarla como segunda noticia principal. Sin

embargo, después de leer un par de líneas, dejó de prestarle atención.

Volvió a mirar hacia la enorme extensión de la oficina. Aquel redactor, un hombre muy joven, había puesto un brazo alrededor de los hombros de Kristin. Luego la abrazó y ella rió. Matthew sintió de pronto una ola de celos.

Frunció el ceño. ¿Por qué tenía que sentirse celoso?, se preguntó. Aquel abrazo era producto de la camaradería, y además él no tenía ningún derecho sobre Kristin. Ni quería tenerlo, recapacitó. Durante tres semanas trabajando juntos su relación había sido estrictamente profesional, tal y como él había estipulado. No se habían dirigido ni una sola mirada cómplice. Era como si el incidente de Flytes Keep no hubiera sucedido.

Pero a pesar de todo estaba pagando su error, se dijo. Su actitud hacia ella podía ser fría, pero cada vez que la miraba la sangre le hervía. Sentía un deseo tortuoso. Cada vez que sonreía con aquella encantadora sonrisa sufría un espasmo.

¿Por qué había accedido a contratarla?, se preguntó. No era la primera vez que se hacía esa pregunta. En parte se había visto presionado, pero también en parte lo había hecho para tenerla cerca. Debía de ser masoquista, se dijo. Verla a diario le provocaba pensamientos libidinosos y emociones fuera de lugar.

Matthew se agitó en el asiento. Gracias a Dios aquello no iba a durar mucho, pensó. Todas las instalaciones del periódico, tres plantas en total, iban a ser remodeladas y pintadas, de modo que pronto dejaría de verla cuando levantara la vista. No volvería a ver a la ninfa mecanografiando y sacando la lengua, ni vería una pierna estirada ni…

—¿Quiere usted algo de comer, señor?

Matthew dio un salto, sobresaltado.

—¿Qué?

Un chico de la oficina había abierto su puerta. ¿Le habría visto mirando a Kristin?, se preguntó. Como en el resto de periódicos, aquella oficina era un nido de chismorreo.

—Iba a salir a comprar algo de comer para todos, señor, y me preguntaba si querría usted algo.

—Un café de la máquina. Solo y sin azúcar.

—Sí, señor.

—Gracias —dijo Matthew tratando de concentrarse de nuevo en los papeles.

Kristin colgó el teléfono, miró a su alrededor y luego a Matthew. ¿Estaría ocupado?, se preguntó. Se levantó y caminó hacia la oficina mientras lo observaba leer. Había esperado que él se mostrara

insensible e intransigente en el trabajo, igual que cuando publicó sus fotos semidesnuda. Sin embargo no hacía más que insistir en que siempre había que contar la verdad, fuese lo que fuese. Tampoco se mostraba arrogante con sus empleados, era una persona respetuosa y fácil de tratar. Había creado un espíritu de equipo, y su entusiasmo por el periódico era contagioso. Llegó a la puerta y llamó.

—Entra —contestó Matthew con los ojos fijos en el documento.

Kristin entró y esperó. Lo observó leer. Se había cortado el pelo, y le quedaba muy bien. Con la camisa remangada mostrando unos poderosos músculos y las gafas para leer su aspecto era el de un… un profesor, se dijo. Era una combinación intrigante, muy *sexy*.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó de pronto quitándose las gafas y mirándola fijamente con los ojos azules.

—Ah, umm… —Kristin se ruborizó.

Había estado tan sumida en la contemplación de su rostro que de pronto había olvidado lo que iba a decir.

—¿No es hora de que te vayas a casa?

—Sí, me iré pronto, pero primero me gustaría que me dijeras qué te parece si le hago una entrevista a Linus Boyd.

—¿La estrella pop?

—El mismo. Ha llamado su mánager para decir que vendrá a Londres a dar un concierto la semana que viene. Puedo hacer que alguno de mis chicos vaya a entrevistarlo.

—No te molestes.

—¿Y por qué no? —preguntó Kristin frunciendo el ceño ante su rotundidad.

—¿Pretendes discutir conmigo? —sonrió seco.

—No pretendo discutir, pero podemos hacer un reportaje muy entretenido. Lo entrevisté para el *Trend*.

—Esa es la razón principal. Las entrevistas a las estrellas del pop son típicas de esas revistas, y ya te he dicho que ese tipo de artículos quedan… —hizo un gesto con la mano— descartados. La segunda razón es que la mayor parte de nuestros lectores no tendrán ni idea de quién es Linus Boyd, y los que lo sepan no tendrán mayor interés por él.

—Pero él es diferente del resto de las estrellas del pop, solía actuar en…

—Aún así. No creo que tenga interés.

Kristin se enfadó. Durante las últimas tres semanas había obedecido todas sus órdenes. No se había quejado al verlo examinar titular por titular. Había sonreído mientras él repasaba casi cada coma y cada punto de sus artículos o de los de cualquiera de su equipo. No

obstante resultaba ofensivo. Quizá estuviera en un período de prueba, pero no era una novata y le irritaba que la tratara como a tal.

—Pareces muy seguro —comentó molesta.

—Un director debe estar seguro —contestó Matthew levantándose y abriendo la puerta de su despacho—. ¡Bill! —gritó a un empleado que se marchaba—, ¿qué sabes de Linus Boyd?

—Nunca he oído hablar de él. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Matthew cerrando la puerta, cruzando los brazos y apoyándose en la mesa—. ¿Queda claro?

—Si me permites, debo llamar tu atención sobre el hecho de que Bill es un hombre mayor, de modo que es poco probable que conozca…

—Una gran proporción de nuestros lectores también son hombres mayores, y durante estas primeras semanas tenemos que tener cuidado de no aburrirlos. No queremos perderlos. Eso no quiere decir que un reportaje sobre Linus Boyd no pueda ser interesante, por ejemplo, para el suplemento del sábado, pero creo que sería mejor dejarlo para más adelante, cuando tengamos seguros a nuestros lectores. ¿Entendido?

—Entendido. Queda claro —añadió Kristin comprendiendo que tenía razón.

Matthew volvió detrás de su mesa. Era la primera vez que Kristin ponía en duda una orden suya, y aquella pelea resultaba decididamente erótica, pensó.

—Toma asiento. Has encajado muy bien en el equipo —comentó mientras Kristin se sentaba—. Sé que has tenido mucho trabajo, pero estoy admirado de lo bien que lo has realizado.

—¿En serio? —preguntó Kristin encantada.

—Has aprendido mucho, has estado muy estresada… —asintió Matthew.

—Por tu culpa.

—Supongo —reconoció Matthew—. Sin embargo has salido a flote.

Kristin sonrió sintiendo un placer quizá desproporcionado ante aquellos elogios.

—Gracias.

—Me preguntaba cómo reaccionarían algunos reporteros ante la idea de tener que trabajar a las órdenes de una mujer sin experiencia —continuó él—, pero nadie se ha quejado. Por el contrario, parece que te los has ganado a todos —añadió recordando el abrazo que acababa de ver.

—Es sorprendente el poder de una falda corta —explicó Kristin sin darle importancia.

Y de unas largas piernas, pensó Matthew en silencio. Por no

mencionar la encantadora sonrisa y la sexualidad natural que emanaba de ella, capaz de fundir un tanque a un par de kilómetros.

—¿No te imaginas trabajando bajo las órdenes de una mujer?

—Depende de la mujer y… —sus miradas se encontraron—… del trabajo.

Kristin sintió que se ahogaba. Durante tres semanas Matthew había ignorado que ella fuera una mujer, pero en esos instantes…

—Tenías razón, un periódico es algo muy distinto de una revista. Tiene mucho más poder, estoy atónita ante la cantidad de noticias que llegan, no cesan.

—Sí, es cierto. No obstante en el último periódico en el que trabajé descubrimos que sólo se utiliza un uno por ciento de toda esa información —comentó Matthew dando un sorbo de café.

—En Inglaterra bebemos veintidós billones de tazas de café al año. ¿Cuántas tazas te bebes tú al día?

—¡Quién sabe! —sonrió.

—Piensa en la cafeína y en el efecto que todo ese café tiene en tu flora intestinal. ¡Dios!

—Bueno, pero no fumo y bebo con moderación. Algún vicio tenía que tener —protestó Matthew.

—Pero no has tomado nada a la hora de comer.

—La comida es para los que tienen tiempo.

—Al menos podrías comer un par de manzanas. Tienen mucha fibra. No has comido nada.

—¿Me estás espiando?

—No, sólo… me he dado cuenta.

—¿Y te importa? —preguntó Matthew sintiendo de pronto un deseo irracional de que Kristin se preocupara por él.

—Odio pensar cómo la gente se destroza el estómago. ¿Qué me dirías acerca un artículo sobre cirugía estética?

—Demasiado femenino —contestó Matthew apoyándose sobre la mesa.

Kristin frunció el ceño. En aquella postura de piernas extendidas y con los vaqueros ajustados Matthew resultaba tremendamente masculino, pensó.

—Los hombres se operan de papada últimamente —alegó Kristin.

—Es cierto —reconoció Matthew.

—¿Te importaría que pidiera una segunda opinión?

—Adelante —contestó saliendo del despacho detrás de ella.

Kristin se dirigió hacia el director financiero.

—¿Leerías un artículo sobre cirugía plástica? —preguntó Kristin.

—¿Ves esto? —asintió el hombre indicando las bolsas bajo los ojos

y mirando a su alrededor—. Entre nosotros, estoy pensando en operarme —sonrió—. Seré el vivo retrato de Tom Cruise.

—Más bien de Richard Gere —contestó Kristin.

—Gracias, cariño —dijo el director financiero dándole una palmadita en la espalda.

—Gracias a ti —contestó Kristin mirando a Matthew.

—Está bien, adelante. Pero no hace falta que empieces ahora mismo —protestó al verla sentarse en su mesa y ponerse a escribir.

—Sólo voy a tomar unas notas.

Matthew se sentó tras una mesa de la oficina general. Solía hacerlo a diario para echar un vistazo a las diversas noticias. Habían recibido los primeros informes sobre un accidente ferroviario que, de resultar serio, podía significar un cambio en la primera página.

—Vete a casa —le ordenó a Kristin poco después acercándose a su mesa y tomando una patata frita de la bolsa que había encima.

—Enseguida.

—No deberías comer estas cosas, engordan —comentó Matthew chupándose los dedos.

—Tú tampoco. ¿Están ricas?

—Deliciosas —contestó comprendiendo en ese momento que tenía hambre.

—Entonces, ¿a quién le importa si engordan? Hay que vivir, ése es mi lema. Nadie sabe qué pasará mañana.

Matthew sonrió. Aquella actitud resultaba refrescante.

—¿Puedo comer otra?

—Llévatelas todas —contestó Kristin—. Yo no voy a comer más.

Mientras masticaba, Matthew vio que Kristin llevaba un ejemplar del *Trend* doblado en el bolso. Se inclinó, lo sacó y lo ojeó.

—No sucedió así —dijo de pronto.

—¿El qué? —preguntó Kristin levantando la cabeza y viendo que estaba leyendo su columna.

En ella contaba los sucesos del fin de semana en Flytes Keep; que había llevado bolsas en lugar de maleta y cómo había tropezado con un extraño en el aparcamiento.

—Fuiste tú quien se cayó al charco, no yo —protestó Matthew.

—¿Me vas a demandar?

—No, pero me haces parecer un tonto.

—No cito ni lugares, ni fechas, ni nombres, así que nadie sabrá que eres tú.

—Supongo que no —contestó Matthew mientras seguía leyendo—. ¿Qué significa A.M.G.?

Kristin sintió que el estómago le daba un vuelco. No había

recordado ese dato al verlo leer la revista.

—Alto, moreno y guapo.

—¡Ah, vaya!

—No te hagas el inocente, ya lo sabías.

Matthew asintió con una ligera sonrisa.

—Sí, pero me gusta oírtelo decir.

—Puedo ser muy creativa a veces —se defendió Kristin—. Estuve preguntándome si añadir «y con ligeras arrugas».

—¿Ligeras arrugas?

—No te preocupes, me gustan los hombres un poco mayores —añadió alegremente—. Para mí las papadas y las barrigas tienen un encanto infinito —Matthew rió—. Tengo que comprobar algo —añadió Kristin cohibida poniéndose en pie y saliendo de la oficina.

Había estado tan ocupada que no recordaba exactamente lo que había escrito en la columna. Necesitaba volver a leerla, recapacitó dirigiéndose a la biblioteca y frunciendo el ceño. Tenía la desafortunada sensación de que había escrito bastante más sobre lo atractivo que era. Tomó un libro de una estantería. Matthew tenía que saber que le resultaba atractivo, reflexionó. De otro modo no habría tenido lugar el incidente en la cama. Sin embargo no quería que pensara que se sentía atraída, por mucho que se pasara el tiempo mirándolo.

De pronto alguien abrió la puerta de la biblioteca y entró. Kristin se volvió. Era Matthew. Los nervios se le pusieron de punta. Aquella persecución tenía un sentido evidente, se dijo. Tendría que defenderse, pero su mente no funcionaba, estaba blanda como la gelatina.

—Hola —lo saludó Kristin arrepintiéndose de cada una de las palabras que había escrito.

—Te va a ser de gran ayuda.

—¿Cómo dices?

—*Técnicas suecas de ataque* —contestó Matthew leyendo el título del libro que ella tenía en la mano.

—Ah, sí, me he equivocado de libro —declaró Kristin tratando de aparentar naturalidad y devolviéndolo a su sitio—. ¿Cómo quieres que se relacionen los artículos de mi sección con la actualidad? Ah, y otra cosa, ¿sabes que hay una conferencia europea sobre ley y orden?

—Sí, ahora mismo estaba leyendo un informe —asintió Matthew.

—¿Qué te parecería una entrevista con Gully Knox? Podría preguntarle su opinión sobre la ley y el orden. Eso sería de actualidad.

—Magnífico.

Kristin sonrió. La táctica de desviar su atención de la columna había dado resultado, y además por fin le daba vía libre a una de sus

ideas.

—Bien. Lo primero que haré mañana por la mañana será ponerme en contacto con…

—No corras tanto —la interrumpió Matthew con las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿Estás sugiriendo que vas a entrevistar a un tipo que, a pesar de no haber sido condenado ante los tribunales, todo el mundo cree que mató a su segunda esposa, y posiblemente también a la primera?

Kristin ni siquiera había tenido tiempo de pensar en quién iría a entrevistarlo, pero al escuchar aquella pregunta levantó el mentón desafiante y contestó:

—¿Y por qué no? Le he oído hablar en la radio. Es un tipo educado, y sus puntos de vista serán de interés.

—Cierto, pero también es peligroso. Está en contra de los medios de comunicación. Al último reportero que se le acercó lo amenazó con un cuchillo.

—No lo sabía —frunció el ceño.

—Hay muchas cosas que tú no sabes —contestó Matthew.

—Pero…

—No.

—¿Así de simple? —protestó Kristin.

—Sí, en lo que se refiere a ese tipo.

—Sería una exclusiva sensacional.

—La exclusiva del año —contestó Matthew—, pero no la harás.

—Supón que consigo que Gully Knox me conceda una cita.

—Un poco fuerte —levantó una ceja.

—Si me atrevo…

—No te la concederá, así que olvídalo.

—Supongo que tienes derecho a acobardarte, al fin y al cabo eres el director —declaró Kristin con ardor decidida a averiguar dónde vivía Gully Knox.

—¿A tu jefa del *Trend* también la tratabas así? —inquirió Matthew con amabilidad.

—No, pero ella no era tan condenadamente molesta como tú. Me trataba como a una igual, no como a una… estúpida. Puede que sea novata en un periódico, pero no soy tonta. Has estado controlando cada palabra que he escrito durante dos semanas —estalló al fin—. Hasta se me ha ocurrido apuntarme a un curso de relajación mental.

—¿Tan mal he estado, eh?

—¡Peor! ¡Quiero ser una buena reportera, pero controlándome así no me das opción!

—¿De qué te quejas? Te gustan los hombres que tienen sus propias

opiniones, que dicen abiertamente lo que piensan. Te gusta pelearte con ellos —sonrió—. Lo has escrito en tu columna, y te referías a mí.

—Fue sólo une licencia poética —se defendió Kristin.

—A mí no me engañas. Y hablando de engañar… —añadió serio—. Le he dicho a *Sir* George que hemos roto nuestro compromiso.

—¿Tan pronto? Has sido rápido. ¿Es qué no te gusta que sea tu novia?

—Lo que no me gusta es tener que comprarte un solitario con un diamante.

—¡Tacaño! Me hubiera conformado con un anillo pequeño. Incluso con circonitas.

—Dime, ¿es qué vas a ponerte a llorar sobre la almohada toda la noche?

—No te hagas ilusiones.

—¿En serio? —preguntó Matthew deslizando un brazo por su cintura y atrayéndola hacia sí—. Es curioso, tenía la sensación de que ibas a ponerte de mi lado.

—Sí, seguro. ¿Serías tan amable de dejarme marchar? —rogó Kristin con un tono de voz más meloso de lo que hubiera querido.

—¿Y por qué? Según tu columna, cuando nos conocimos, y cito tus propias palabras, «se produjo tal atracción hormonal que debieron de enterarse incluso en China». Me figuro que en este momento la población de Beijing debe de estar enterándose también.

—No sé de qué estás hablando —contestó Kristin sintiendo la proximidad del cuerpo de Matthew y su propio corazón latiendo veloz.

—Te lo demostraré —dijo Matthew inclinando la cabeza para besarla.

Su boca era firme y segura. No trataba de persuadirla, la poseía sin aviso previo. Kristin levantó las manos hasta su pecho con la intención de empujarlo, pero en lugar de ello se rindió. En parte debido a la fuerza de Matthew, en parte traicionada por su propio deseo. Al sentir el contacto de su lengua sus labios se abrieron y él ahondó en el beso. Luego Kristin deslizó las manos más hacia arriba, hasta la nuca, derritiéndose contra él.

No supo cuánto duró aquel beso, pero cuando por fin él levantó la cabeza se sentía a punto de desfallecer, y sus piernas apenas la sostenían.

—¿Queda claro? —preguntó Matthew.

—Uh-huh —contestó ella mirándolo con ojos embelesados.

—Así que otra vez estáis juntos —declaró una voz detrás de ellos.

Ambos volvieron la cabeza como soldados entrenados, al unísono,

mientras se soltaban. *Sir* George acababa de entrar en la biblioteca y sonreía. Solía visitar sus empresas de vez en cuando, y casualmente estaba de visita aquella tarde.

Matthew juró en silencio. ¿Por qué había tenido que llegar justo en ese momento?, se preguntó. Y además, ¿qué estaba haciendo? ¿Es qué se había vuelto loco? Su intención era mantener a Kristin a distancia, no besarla.

Sin embargo, aunque fuera una locura, en su fuero interno sabía que era inevitable. Desde el incidente en Flytes Keep se había estado preguntando si su deseo por ella sería sólo producto del estado de ensoñación o si, una vez despierto, seguiría deseándola. Por fin conocía la respuesta. Kristin le atraía.

—¡Maravilloso! —proclamó *Sir* George—. Dicen que los caminos del amor son tortuosos, y vosotros sois un buen ejemplo. Lamento haberos interrumpido, pero he estado hablando con un amigo, el director de una cadena de televisión, y me ha dicho que está ansioso por entrevistarte, Matt. Quiere hablar en el programa sobre el relanzamiento del *Ambassador*, y quiere que lleves a algún reportero.

—¿Y cuándo quiere que sea esa entrevista? —inquirió Matthew.

—Pasado mañana. Es para un programa de desayuno con gente de actualidad. Ya sé que tienes todas las mañanas ocupadas, pero…

—Esa mañana la tengo libre —afirmó Matthew.

—Bien. Será una excelente publicidad para el periódico —sonrió—. Puedes llevarte a Kristin.

—No, gracias —se apresuró ella a contestar temiendo que Matthew pudiera volver a sentirse presionado por *Sir* George.

—¿Y por qué no? —inquirió Matthew.

Kristin lo miró asombrada.

—¿No te importa que vaya?

—Creo que es una buena idea. Tú conoces nuestros objetivos, y además tienes entusiasmo. ¿Has estado en la televisión antes?

—Nunca.

—¿Y te gustaría ir?

—Siempre que tú me indiques qué es lo que quieres que diga —contestó Kristin asintiendo.

—Entonces todo resuelto —declaró *Sir* George ofreciéndole a Matthew una nota—. Este es el número de teléfono de la mujer con la que debes contactar en los estudios de televisión. Si la llama tu secretaria ella te mandará un coche —sonrió—. ¡Llevad bien alta la bandera!

—Lo haremos —aseguró Matthew.

—Y, decidme, ¿tendremos buenas noticias pronto? —preguntó *Sir*

George con ojos brillantes.

—¿Buenas noticias? —repitió Matthew.

—Me refiero a vuestro compromiso —contestó *Sir* George deseándoles buenas noches y desapareciendo.

—¡Maldita sea! —exclamó Matthew.

—Yo no he dicho una sola palabra, así que esta vez no me puedes echar la culpa —lo miró Kristin—. ¿Cómo es qué no has dicho nada tú tampoco?

—Porque no se me ocurrió qué decir. Si hubiera sido a primera hora de la mañana y con la mente fresca me hubiera inventado una buena excusa, pero después de todo un día de trabajo he sido incapaz —explicó apartándose el pelo impaciente—. Así que otra vez estamos comprometidos. ¡Fantástico!

—Seguimos siendo unos impostores.

—Te lo tomas bastante a la ligera —atacó Matthew.

—Si me río es por no llorar. A propósito, he cambiado de opinión. En lugar de un anillo de circonitas quiero un solitario con un diamante. Y que sea grande.

—Vete a casa.

—Sí, señor.

La noche era oscura. Las aceras estaban vacías y apenas había tráfico. Kristin esperaba sola en la parada del autobús. Al otro lado de la calle un hombre merodeaba junto a una tienda. Tenía un aspecto andrajoso y no dejaba de mirar en su dirección. Quizá no quisiera nada, pero Kristin sintió miedo. Entonces, al oír pisadas detrás de ella, su imaginación se disparó. Quizá tuviera un cómplice, pensó dándose la vuelta.

—¡Matthew, eres tú! —exclamó aliviada.

—Pensé que venías a trabajar en coche.

—Normalmente sí, pero hoy se lo he dejado a mi compañera de piso, tenía que ir a Birmingham. ¿Vas andando?

—Sí —asintió Matthew—. Después de un día sentado me apetece estirar las piernas. Esperaré a que tomes el autobús. O mejor, ¿por qué no tomas un taxi?

—Lo haré.

—A propósito, he estado pensando en eso que me has dicho de que te controlo demasiado. Quizá tengas razón, quizá me haya excedido. De ahora en adelante tienes libertad para tomar la iniciativa.

—Entonces, si alguien me llama y me ofrece una entrevista que considere oportuna, ¿puedo arreglarlo todo sin contar con tu permiso?

—Sí, pero quiero leerlo antes de que se edite.

—Hay una entrevista que creo que nos puede interesar.

—Muy bien, hazla. Sorpréndeme. Ahí viene un taxi —añadió Matthew levantando la mano para detenerlo.

Kristin entró en el vehículo y le dio la dirección al taxista. Matthew sacó un billete de la cartera y pagó por adelantado.

—Gracias, pero no hacía falta —protestó Kristin.

—Te invito —contestó Matthew.

Luego se inclinó para rozar sus labios contra los de ella en un beso suave y rápido que a Kristin le pareció increíblemente erótico.

—¿Qué…? —tomó aliento—. ¿A qué ha venido eso?

—Se supone que estamos comprometidos otra vez, ¿recuerdas?

—¡Como si pudiera olvidarlo!

—Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Kristin mientras el taxi arrancaba.

Capítulo 6

No era necesario haber trabajado mucho en la prensa para comprender que el punto de reunión en el que te citaba el entrevistado decía mucho sobre su carácter. Amanda Cousins, una presentadora de televisión, la había citado en un restaurante de Londres caro y elegante, un lugar al que los famosos acudían para ver y para ser vistos. Nada más entrar la reconoció. De pelo negro y con gafas oscuras, la esperaba sentada en un sofá de piel del vestíbulo.

—¡Qué puntual! —comentó Kristin después de presentarse.

—Estoy cansada de firmar autógrafos —rió Amanda—. Vaya a donde vaya, mis fans siempre me encuentran.

No era de extrañar, pensó Kristin, si se sentaba justo al entrar y se ponía gafas de sol negras en un interior. Aquellas gafas, sin embargo, servían también a otro propósito. Amanda dejaba que se le deslizaran por la nariz a intervalos de tiempo regulares con objeto de que todo el mundo apreciara sus ojos y sus negras pestañas. Era un truco bien ensayado que siempre debía de funcionarle, recapacitó Kristin. Cada vez que lo hacía se quedaba fascinada, pero también se exasperaba. Amanda Cousins había acudido antes de tiempo a la cita para darse un baño de multitud y escoger mesa. Nada más entrar en el comedor se dirigió hacia una sobre la que la luz incidía directamente. Era como decir «mírame». Y la gente, efectivamente, miraba. Le pedían autógrafos y la felicitaban por haber ganado el premio a la «Personalidad más popular de la televisión».

—Ese premio te ha debido de resultar muy estimulante —comentó Kristin.

—No tanto como el contrato para el programa al servicio del consumidor —contestó Amanda con un brillo de avaricia en los ojos —. Dos millones trescientas mil al año.

—Es mucho dinero.

—Y ganaré más, mucho más.

—Comenzaste tu carrera en la televisión local, ¿no es así?

—Sí, pero enseguida me contrataron para un programa matinal de ámbito nacional. No puedes ni imaginarte a qué hora tenía que llegar al estudio.

—Bueno, sí me lo imagino —contestó Kristin sonriendo—. Mañana iré a un programa matutino y nos van a mandar el coche a las…

—Sólo estaba bromeando —murmuró interrumpiéndola y comenzando a contarle los detalles de su carrera.

Amanda Cousins le explicó sus habilidades personales y otras

banalidades que Kristin trató inútilmente de interrumpir. Mientras hablaba estuvo contemplándola. Era una mujer exquisita. Ni los hombres dejaban de mirarla, ni las mujeres podían ocultar su envidia. Sin embargo, tras aquel encanto que a todos parecía hipnotizar, Kristin sintió que había una persona fría y taimada. Nada más terminar de comer Amanda dijo:

—Supongo que me pagarás el transporte.

—No hay problema —contestó Kristin—. Si me dices cuánto has pagado por los taxis…

—Yo no utilizo taxis, viajo en limusina. Con cincuenta mil pesetas bastará.

Kristin la miró boquiabierta. Sabía que vivía en una colonia residencial en el centro de la ciudad.

—¿Cincuenta mil pesetas? —protesto.

—He alquilado un Daimler para todo el día, me lo ha proporcionado un amigo que tiene un garaje —sonrió Amanda—. ¿No lo has visto ahí fuera, aparcado?

—Sí, no he podido evitar verlo.

—Prefiero que me des el dinero en metálico —añadió Amanda.

Aquella mañana Kristin había sacado una generosa suma de su cuenta, de modo que llevaba el dinero. Sin embargo no estaba segura de si debía de poner objeciones. La factura resultaba excesivamente abultada, pero no quería exponerse a que Amanda le montara una escena. Un escándalo público supondría una mala publicidad para el *Ambassador*, recapacitó.

—¿Tienes alguna factura del alquiler?

—No —contestó Amanda—, pero no vas a plantearme problemas, ¿verdad?

—¡Por Dios, no! A nuestros lectores quizá les interese saber algo sobre tu vida personal. ¿Qué podrías contarme?

—En este momento estoy saliendo con Ralph Archibald. Como sabes, su padre tiene enormes propiedades. Ralph me adora —rió—. No sé por qué, pero los hombres se vuelven locos por mí. A Matthew, tu jefe, le pasó igual.

—¿Saliste con Matthew Lingard? —preguntó Kristin sorprendida.

—Bueno, entre nosotras, tuvimos un romance hace unos diez años, más o menos. Matthew me tenía devoción, pero… las cosas sucedieron de tal modo que me vi obligada a romper con él. Le destrocé el corazón. He vuelto a verlo en fiestas, pero él siempre me evita. Aún no se ha recuperado, ¿comprendes? Quizá nunca llegue a superarlo.

Entonces Kristin recordó. La chica del restaurante, la que estaba sentada junto a Matthew cuando ocurrió aquel incidente, era morena,

y él había dicho que esa misma noche había roto con su novia, a la que había llamado Mandy. Y lo cierto era que había confesado que nunca la olvidaría, recordó.

Kristin se limpió con la servilleta. Matthew le había dicho que lo sorprendiera con la entrevista, y desde luego iba a conseguirlo.

✲ ✲ ✲

Matthew esperó impaciente a que el semáforo cambiara de color. Apretó el acelerador y condujo por la avenida vacía. Eran las seis de la mañana.

—¿Cuánto tiempo crees que tardaremos? —preguntó Kristin, sentada a su lado.

—Unos treinta minutos, y tenemos veinte, así que no llegaremos muy tarde.

—Menos mal que llamaste al estudio de televisión, de otro modo aun estaríamos esperando. No entiendo cómo es que esa mujer fue tan insistente en lo de la hora y luego se olvidó de avisar al chofer.

—Ni yo, aunque estoy empezando a lamentar el haber dicho que sí. Me encuentro fatal, apenas he dormido un par de horas.

—¿Estabas nervioso por la entrevista?

—No, ya he estado en la televisión otras veces. Todo irá bien.

—Y entonces, ¿qué te ha pasado?

—Ayer noche, cuando salí de la oficina, me enteré que hay un par de periódicos de la competencia que están planeando bajar los precios a la mitad. Eso es lo que no me ha dejado dormir.

—Pero tú sabías que eso podía ocurrir.

—Claro, pero esperaba que fuera sólo uno, no dos.

—¿Tienes miedo de que bajen nuestras ventas? —preguntó Kristin.

Matthew frunció el ceño y miró por el parabrisas.

No tenía intención de mostrar abiertamente sus dudas y su inseguridad, pero necesitaba a alguien con quien poder hablar, una persona en la que confiar. Y sabía que podía confiar en Kristin.

—Sí, estoy muy preocupado —sonrió—. Nunca lo había admitido ante nadie, exceptuando a *Sir* George, claro, pero relanzar un periódico es una operación muy arriesgada. Puede acabar en un fracaso.

—El hecho de que otros competidores bajen los precios demuestra que tienen miedo, y eso es un buen síntoma.

—Supongo —reconoció Matthew.

—Además no podrán mantener un precio bajo mucho tiempo.

—Yo diría que un mes como máximo, pero… —Matthew, se interrumpió. El vehículo se zarandeaba de un lado a otro. Agarró el

volante con fuerza y disminuyó la velocidad—. ¡Lo que faltaba, ahora pinchamos!

Paró, apagó el motor, y salió del coche. Kristin salió también.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó mientras Matthew examinaba el neumático y sacaba una señal de peligro del maletero.

—Sí, pon esta señal para avisar de que estamos detenidos mientras cambio la rueda —contestó Matthew quitándose la chaqueta.

—¿Quieres que te guarde la chaqueta? No querrás mancharte, ¿verdad?

—Gracias.

Kristin lo observó mientras desatornillaba la rueda. Recordaba la suavidad de la piel de aquella espalda y de aquellos anchos hombros. Le vio quitar la rueda pinchada y recordó lo musculoso que le había parecido medio desnudo.

—¿Aún no has puesto la señal en la carretera? —preguntó Matthew poniendo la rueda de recambio y atornillándola.

—¿Qué? ¡Ah! Debe de tener truco.

—Es fácil —contestó Matthew tomándola de sus manos y abriéndola.

—Muy inteligente.

—Brillante —la corrigió él—. ¿Verdad?

—Sí, brillante.

—Sabía que estarías de acuerdo —añadió Matthew sonriendo e inclinándose para besarla en la punta de la nariz.

Aquél fue un beso entre amigos, pero el pulso de Kristin se aceleró. ¿Por qué la había besado?, se preguntó Matthew.

—Bueno, puedes volver a plegar la señal —comentó Kristin.

—Con una condición. Cuando cuentes la historia de la rueda pinchada en tu columna no digas que fui yo.

—Eres un aguafiestas.

—Sólo trato de proteger mi reputación —respondió Matthew mirándose las manos manchadas de aceite.

—Espera —lo detuvo Kristin sacando toallitas húmedas del bolso.

—Gracias —se limpió, subió al coche y añadió—: Esperemos que no ocurra nada más.

—Esperemos. Creo que en un mes esos periódicos estarán perdiendo dinero, y mientras tanto el *Ambassador* va viento en popa. Eso nos dará ventaja.

—Cierto —concedió Matthew.

—En la entrevista de hoy podrías dejar caer la idea de que nos tienen miedo. Podrías incluso decir que lo consideras un cumplido.

—Sí, y de esa forma la gente que aún no ha leído el *Ambassador* se

sentirá intrigada y lo comprará.

—Y luego seguirá comprándolo una y otra vez.

—Para siempre —declaró Matthew sintiéndose mejor.

—Una vez dijiste que corrías un riesgo dándome el empleo. Espero no decepcionarte.

—¿Tienes dudas? Siempre me ha parecido que eras una persona muy segura.

—Lo soy, por lo general. Sin embargo no tengo experiencia en prensa, y supongo que…

—No me decepcionarás —la interrumpió Matthew sonriendo—. No te lo permitiré.

—¡Ah, no seas tan…!

—¿Engreído? —inquirió Matthew.

—Sí. ¿Qué quieres que conteste si me preguntan dónde trabajaba antes del *Ambassador*?

—La verdad, en el *Trend*.

—¿No te importa?

—No —contestó Matthew sacudiendo la cabeza—. Es una revista innovadora, fresca y brillante, y esas mismas cualidades son las que tú aportas al *Ambassador*. Ya estamos.

—No debería de haberme puesto esta chaqueta —se lamentó Kristin.

—¿Por qué?

—Puede que resulte… poco seria por televisión. Y la voz me va a fallar. Luego empezarán a caerme gotas de sudor por la frente y me quedaré en blanco… ¡y es en directo!

—Creía que tenías nervios de acero.

—Más bien de papel. ¡Oh, Dios!, ¿por qué habré aceptado venir? Voy a hacer el ridículo.

—¿Quieres que dé media vuelta y te deje salir del coche gritando? —sugirió Matthew.

—Sí, ahora mismo.

Matthew puso una mano sobre su rodilla para calmarla como había hecho ella unos minutos antes con él.

—Estarás fantástica —afirmó.

Kristin sonrió. Ya no pensaba en su debut en televisión, sino en ellos dos. En estar abrazados, juntos, en la cama.

—Tienes razón. Bueno, quizá sólo esté pasable.

Cinco minutos más tarde los recibía el ayudante de producción.

—Hemos reestructurado el programa de hoy. Todavía no vais a aparecer en pantalla.

—¿Por qué no? —inquirió Matthew.

—Ayer por la noche salió una actriz en un programa de debate y habló bastante mal del talento interpretativo de sus compañeros de reparto, así que nos han pedido una oportunidad para defenderse —explicó el ayudante de producción señalando hacia un rincón del plato en el que un grupo de gente gritaba al unísono—. Es un debate tan animado que el director no quiere cortarlo.

—¿Y nos habéis hecho venir hasta aquí a estas horas de la mañana para nada? —protestó Matthew—. ¡Ni siquiera habéis mandado el coche a recogernos!

—Siento mucho lo del coche, pero sí haremos algo. Grabaremos la entrevista y la retransmitiremos en cuanto nos sea posible.

—¿Pero no es en directo?

—Sí —sonrió el ayudante—, pero a veces hacemos trampa. A vosotros os beneficia.

—¿Cuándo haremos la entrevista? —preguntó Matthew.

—Dentro de media hora.

Kristin se quedó mirando la pantalla del ordenador. Al volver del restaurante en el que había comido con Amanda había escrito el reportaje, que luego había retocado. Sin embargo seguía sin estar contenta. Y la razón era que Amanda no le gustaba. No estaba dispuesta a halagarla cuando su opinión sobre ella no era buena, pero tampoco podía contar la verdad.

A Amanda Cousins se le había subido la fama a la cabeza. ¿O sería igual de egocéntrica cuando Matthew la conoció?, se preguntó. ¿Sería cierto que él seguía enamorado? Aquella declaración había sonado a puro egocentrismo, pero cuando estuvo en la cama con Matthew él le confió que creía que era su novia. Kristin no le había creído entonces, pero…

No podía borrar el artículo. Aunque aún no le hubiera contado nada a Matthew necesitaba recuperar el dinero. Y además Amanda estaría esperando a ver su reportaje en el *Ambassador*.

—Es la hora de la conferencia —anunció el director financiero.

Kristin miró para arriba. Muchos de los directores se dirigían ya al despacho de Matthew. Se encaminó ella también hacia allí y se sentó. Estuvieron discutiendo sobre qué noticias ocuparían las diversas páginas. Kristin se quedó absorta mirando a Matthew, sin escuchar la discusión. Él tenía la costumbre de pasarse un dedo por el labio inferior cuando estaba pensativo. Contempló sus labios llenos, sensuales.

—¿Qué opinas tú? —preguntó Matthew.

De pronto Kristin comprendió que le estaba preguntando a ella. Se ruborizó, se aclaró la garganta y se arriesgó a contestar:

—Yo creo que es mejor poner la historia original…

—Entonces estás de acuerdo con la mayoría —la interrumpió Matthew asintiendo—. Lo haremos así. Siguiente cuestión.

Kristin se concentró en la discusión, y cuando terminó Matthew le pidió que esperara un momento. Los demás directores se marcharon, y entonces él cerró la puerta y se volvió hacia ella.

—Quería decirte que aprecio mucho el trabajo que habéis hecho tu equipo y tú en el artículo sobre cirugía plástica. Lo habéis confeccionado en un tiempo record, y creo que ha tenido una buena respuesta por parte del público.

—¿Tú crees? —preguntó Kristin ilusionada.

—Sí —asintió—. Muchos reporteros me han comentado el interés que ha despertado, tanto en ellos como en sus conocidos. Hemos recibido muchas llamadas telefónicas. Hasta mi hermana ha llamado. Siempre he considerado a Susan como al prototipo del inglés medio, así que si a ella le ha gustado… Puede que seas un genio, Kristin.

Kristin sonrió ampliamente. Aquello acababa con sus dudas sobre si le haría un nuevo contrato después de los tres meses de prueba. Sin embargo no le dijo nada sobre la entrevista a Amanda Cousins.

—Estoy encantada.

—¿Tienes alguna otra idea? —inquirió Matthew al verla ponerse en pie.

—¿Qué te parece una serie de artículos sobre las madres que trabajan? —sugirió—. Podemos hacer entrevistas a madres que encuentran dificultades en combinar el trabajo dentro y fuera del hogar.

—Es un tema muy manido —sacudió la cabeza.

—Pero la gente no está cansada de él —insistió Kristin acercándose a él—. Trabajo versus maternidad, es un tema muy emotivo, y si lo presentamos desde un punto de vista nuevo…

De pronto se interrumpió. Había metido el tacón de la bota en un agujero de la alfombra. Trató de sacarlo, pero se tambaleó.

—¡Cuidado! —gritó Matthew agarrándola para evitar que se cayera.

—Gracias.

—No se te puede dejar sola —sonrió mientras la apretaba en sus brazos—. Primero te caes en un charco, y ahora tropiezas con la alfombra. Menos mal que siempre estoy cerca para salvarte.

—¡Tú me sentaste en el charco! —protestó Kristin.

Matthew la abrazaba con fuerza. Estaban muy cerca. El aire estaba

cargado de erotismo. Sentía su cuerpo musculoso y fuerte. Hubiera podido hundirse en la profundidad de sus ojos azules. De pronto él comprendió que todos en la oficina miraban expectantes, en silencio. Levantó los ojos y miró a través del cristal.

—Nos han pillado —dijo.

Kristin siguió la dirección de su mirada y se ruborizó.

—¡Oh, cielos! —exclamó sintiéndose desfallecer.

—Creo que lo mejor será que nos enfrentemos a los hechos y que… actuemos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Esto —contestó Matthew posando su boca sobre la de ella en un beso ligero al principio y apasionado después.

Escucharon los aplausos del público. Hubo gritos y silbidos. Cuando por fin se soltaron Kristin miró hacia la oficina y se ruborizó.

—Se suponía que nuestra relación iba a ser meramente laboral —objetó con voz trémula.

—Sí, se suponía —sonrió Matthew—, pero… Quizá deberíamos hacer público nuestro compromiso. Así la gente dejaría de preguntarme cuándo voy a casarme. ¿Qué te parece?

—Que estás loco —contestó Kristin.

—Bueno, entonces, al menos, saludemos —añadió tomándola de la mano.

Ambos se inclinaron saludando a los compañeros de oficina que seguían mirando. Hubo más aplausos y más silbidos.

—¡Otro! —gritó alguien.

Matthew abrió la puerta de la oficina, por la que Kristin aprovechó para escabullirse, y ordenó:

—¡A trabajar!

Se había vuelto loco, pensó Matthew mientras se sentaba detrás de la mesa. Pero lo cierto era que deseaba besarla, se confesó. Necesitaba besarla. Otra vez.

Sin embargo al hacerlo público había dado tema más que suficiente de conversación. ¿Cómo se le había ocurrido decirle que hicieran público su compromiso?, se preguntó. ¿Por qué?

Una vez más Kristin abrió el fichero del ordenador que contenía la entrevista de Amanda. Cambió unas cuantas palabras y trató de concentrarse. Sabía que a pesar de la aparente normalidad todos estarían haciéndose preguntas por su relación con Matthew. Levantó la cabeza y vio a Emily acercarse.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó después de saludarla.

—Tengo fiesta y voy a ir con papá a un concierto, así que vine a recogerlo. ¿Qué tal te va a las órdenes del encantador señor Lingard?

—Muy bien. El *Ambassador* va muy bien.

—Lo sé, papá está encantado. Te diré un secreto —añadió bajando la voz—: papá está planeando invitar a todos los directores a un fin de semana en nuestra villa de Italia como muestra de agradecimiento. Ya lo ha hecho otras veces en otras empresas.

—Eso suena de maravilla.

—Lo será. La villa está en Portofino. ¿Has estado alguna vez allí?

—No, nunca he ido a Italia —contestó Kristin sacudiendo la cabeza.

—Es una aldea portuaria, pero la casa es demasiado pequeña para invitaros a todos al mismo tiempo, así que iréis por grupos.

—¿Irás tú?

—No, yo tengo exámenes. *Madres que trabajan* —comentó de pronto leyendo la lista de temas de reportajes de Kristin—. ¿Vas a escribir sobre eso?

—No.

—¿Por qué?

—Se lo he sugerido a Matthew, pero dice que no tiene interés. Ya encontraré algo que le guste más.

—Siento interrumpir pero, ¿puedo hablar un momento contigo? —preguntó Pete, un joven que trabajaba en el equipo de Kristin.

—Me voy —anunció Emily—. Me alegro de haberte visto.

—Y yo —contestó Kristin—. La próxima vez tomaremos café.

—Muy bien, adiós.

Pete le expuso su problema, que ambos resolvieron. Luego Kristin imprimió el reportaje sobre Amanda y volvió a leerlo. Se puso en pie y se dirigió a la oficina de Matthew.

—Por favor, ¿podrías echarle un vistazo a esto? —preguntó ofreciéndole las hojas.

Matthew comenzó a leer, pero enseguida levantó la cabeza y preguntó tenso:

—¿Le has hecho una entrevista a Amanda Cousins?

—Sí, a principios de esta semana. Su mánager estaba muy ansioso, y como acababan de darle un premio y un nuevo programa de televisión muy lucrativo… Es muy famosa.

—Lo es —confirmó Matthew brusco.

—Pensé que a nuestros lectores les interesaría.

—Seguro —musitó Matthew leyendo el artículo. Al; llegar al final frunció el ceño—. Conocí a Amanda.

—Sí, ella me lo dijo —asintió Kristin.

—¿Y qué fue exactamente lo que te dijo?

—Sólo que tuvisteis un romance, pero hace mucho tiempo —hizo una pausa—. Amanda es muy guapa.

—Es toda perfección.

—Tengo que avisarte de que los gastos de este reportaje van a ser un poco elevados —continuó Kristin. Amanda alquiló una limusina y…

—No te preocupes.

—Pero le costó cincuenta mil pesetas. Es mucho para una sola entrevista.

—Está bien —contestó Matthew devolviéndole el artículo—. El artículo vale.

Al salir del despacho Kristin se quedó pensativa. Aquel romance había tenido lugar hacía mucho tiempo, pero el hecho de que Matthew no hubiera puesto pegas a una suma tan elevada parecía confirmar que seguía enamorado. ¿Es qué había decidido permanecer soltero al no poder conseguir a la mujer que amaba?, se preguntó.

Capítulo 7

Eran las ocho y media de la tarde del sábado. Beth, la compañera de piso de Kristin, había salido a disfrutar de la noche. Mientras las discotecas y los bares se llenaban a rebosar, Kristin limpiaba las ventanas. No tenía ganas de fiestas. Después de pasar la tarde del viernes escribiendo la columna del *Trend* había decidido dedicar el sábado a tareas domésticas. Había ido al supermercado y se había tropezado con James, un vecino. Hubiera podido salir con él, pero no había querido. No quería mantener ninguna relación seria con él.

Se dirigió a la cocina y recordó que también había decidido olvidarse de la oficina y de Matthew, y sin embargo no dejaba de pensar en él. Se descalzó y subió a una escalera para limpiar la ventana. Entonces llamaron a la puerta.

¿Sería James?, se preguntó. Quizá quisiera insistir en invitarla, pensó. Abrió la puerta descalza y vestida con la ropa que se solía poner para limpiar: pantalones cortos y un top. Al ver quién era el pulso se le aceleró.

—¡Ah! —exclamó sorprendida—, pensé que sería James.

—¿Quién es James? —inquirió Matthew.

—Un vecino. Somos… amigos. ¿Ocurre algo?

—Puedes apostar a que sí —respondió Matthew—. ¿Creíste que no iba a reconocerte?

—¿Cómo dices?

—¿Te imaginaste que no te reconocería cuando viera la foto?

—¿De qué foto estás hablando? —preguntó Kristin consciente de pronto de su aspecto.

—No te hagas la inocente.

—No me estoy haciendo la inocente —protestó ella—. No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Del programa de televisión —contestó Matthew tenso—. Lo emitieron esta mañana.

—No lo he visto.

Matthew hizo un gesto de desagrado. Era el primer día que faltaba a la oficina desde que había aceptado el cargo de director. Se había levantado tarde y disfrutado del descanso hasta el momento de poner el vídeo y ver la entrevista. Entonces había ido a por el coche y se había apresurado a casa de Kristin suponiendo que ella también lo habría visto y que la encontraría vestida como en la oficina, sin embargo llevaba pantalones cortos y la melena revuelta.

—Si has… —comenzó a decir interrumpiéndose—. ¿Estás sola?

—Sí. ¿Quieres pasar?

Matthew asintió bruscamente. Kristin hizo un gesto mostrándole el camino y luego cerró la puerta. Él la siguió sin dejar de mirar sus largas piernas y sintiendo la presión de la sangre en las venas.

—¿Qué pasa con esa fotografía? —preguntó Kristin mientras entraban en el salón.

—Alguien les proporcionó una foto tuya para el programa.

—No he sido yo —se defendió Kristin.

—¿Y entonces quién ha sido? —preguntó Matthew frunciendo el ceño.

—No tengo ni idea pero, ¿para qué querían una foto mía?

—¿Recuerdas que el programa no fue en directo?

Pues han aprovechado la ocasión para contar toda la historia del *Ambassador*, y de paso han añadido información sobre ti y sobre mí. Han contado mi vida entera, y de ti han dicho que trabajabas para el *Trend*, pero además han sacado tus fotos de cuando eras modelo.

—¡Oh, Dios! —exclamó Kristin helada—. ¿Han sacado las fotos en las que…?

—¿En las que salías desnuda de cintura para arriba? No, estabas vestida.

—¡Gracias a Dios! —respiró aliviada.

—Sí, ibas vestida muy elegante —sus ojos ardían—, ¡pero te reconocí como la chica que me arrojó una jarra de agua en la cabeza en aquel restaurante hace diez años!

—Te lo merecías.

—¡Al diablo! Entonces te hacías llamar KA, y ahora eres Kristin —torció los labios—. Me pregunto por qué.

Matthew estaba furioso y dolido. Kristin le gustaba cada vez más. Había creído que podía confiar en ella, y descubrir que lo había engañado lo hería.

—Me llamaban KA en la agencia de modelos porque había otra Kristin, pero yo nunca usé ese nombre.

—Tampoco pusiste en tu currículum que habías sido modelo —la acusó Matthew.

—No me pareció importante. Fue un momento difícil en mi vida, un momento que preferiría olvidar —frunció el ceño—. No pretendía engañarte, simplemente… no te lo recordé.

—Es lo mismo. Si no hubiera visto la foto en la televisión no te habría reconocido. Cuando *Sir* George te pidió que trabajaras para el *Ambassador* tú sabías quién era yo.

—No —contestó Kristin sacudiendo la cabeza.

—Pero tú me seguiste hasta el restaurante en aquella ocasión —

insistió impaciente—, de modo que tenías que saber quién era…

—Todo lo que sabía era que eras el encargado de seleccionar las fotos para el suplemento a color del periódico. Nadie me dijo tu nombre, y yo no lo pregunté, estaba demasiado nerviosa. Cuando nos encontramos en Flytes Keep pensé que me recordabas a alguien, y enseguida comprendí a quién. Sin embargo quería ese empleo, así que… —se encogió de hombros— me callé.

—Tu ambición no tiene límites —musitó Matthew—. Y desde entonces has permanecido calladita.

—No tenía sentido recordártelo e interrumpir toda la negociación —respondió Kristin a la defensiva.

—¡Pero sí que lo interrumpiste todo hace diez años, y por las bravas! Aunque desde luego fuiste muy inteligente, no dejaste de llorar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kristin frunciendo el ceño.

—Quiero decir que si sólo me hubieras acusado y me hubieras arrojado el agua el tipo que estaba cenando conmigo hubiera simpatizado con mi causa y se hubiera reído, sin duda. Pero al ponerte a llorar…

—¿Quién era ese tipo? —lo interrumpió Kristin—. ¿Era la persona que te ofreció aquel empleo?

—Sí, era Thomas Kinnear, nada menos que el director de todo un imperio en la comunicación de masas.

—¡Vaya! ¡Caramba!

—¡Exacto! —contestó Matthew frío—. Tus lágrimas le hicieron pensar que era un canalla, un explotador. Ya ves, eso de llorar fue un buen plan.

—No fue ningún plan.

—¡Vamos!, puedo comprender que no te gustara verte semidesnuda en un periódico de ámbito nacional, pero tú no eres de las que se ponen a llorar por eso.

—Ahora ya no lo soy —confesó Kristin—, pero entonces sí.

—Entonces tus lágrimas, ¿eran verdaderas? —preguntó Matthew frunciendo el ceño—. ¿No estabas haciendo teatro?

—No, ¿por qué iba a hacerlo?

—Pues porque las mujeres siempre lo hacen para… lograr sus objetivos. Algunas, al menos.

—Yo no. ¿Quieres algo de beber? —preguntó al verlo callar.

Matthew vaciló. No había ido a casa de Kristin a pasar el rato, pero estaba seco.

—¿Tienes cerveza?

—De dos clases. Ven —contestó Kristin llevándolo a la cocina—.

Elige la que prefieras.

—Gracias. No te molestes en sacarme un vaso —añadió Matthew mientras abría la lata y daba un sorbo—. ¿Tú no bebes?

—No, aún no. Estaba limpiando las ventanas. Si no te importa quiero terminar antes de que se haga de noche.

—Bueno, sigue —comentó mientras miraba a su alrededor—. Parece que has estado ocupada. ¿Te gusta el trabajo de la casa?

—No se lo digas a nadie, pero sí. Creo que es bueno para el espíritu —añadió mientras se ponía de puntillas para llegar a la parte de arriba de la ventana—. Aquellas fotos me molestaron mucho.

—Pero tú estabas acostumbrada a la pasarela —comentó Matthew dudando aún de la sinceridad de sus lágrimas—. Y además tenías ya… ¿cuántos años, dieciocho?

—Sí, dieciocho, pero era aún muy inocente y muy niña —contestó bajando de la escalera—. Me las arreglaba para aparentar seguridad en los desfiles, pero era muy tímida. E ingenua.

—Déjame a mí. ¿A dónde quieres llevar la escalera?

—Al salón, por favor —contestó enseñándole el camino—. Gracias. Mi primera reacción cuando mi padre me mostró las fotos fue…

—¿Tu padre las vio? —la interrumpió Matthew.

—Sí. Mi primera reacción fue de incredulidad. No me había dado cuenta de que me habían tomado esas fotos —explicó mientras limpiaba la parte inferior de la ventana.

—¿Y cómo respondió tu padre?

—Con ira.

—¿Por qué? Bueno, es cierto que estabas desnuda de cintura para arriba, pero no eran fotos pornográficas.

—Eso le dije yo, pero él contestó que poco faltaba. Insistió en que lo había hecho a propósito, y me hizo sentirme como una… prostituta.

—¡Hey! —exclamó Matthew poniendo una mano sobre su hombro. Kristin se había interrumpido y lo miraba con ojos llorosos—. No te irás a poner dramática ahora, ¿verdad?

—¿Y arriesgarme a caer a la calle? No, claro que no —contestó subiendo hasta el último escalón para limpiar la parte de arriba—. Traté de convencerme a mí misma de que la gente no daría importancia a esas fotos, pero vivíamos cerca del colegio donde trabajaba mi padre, y a la mañana siguiente todos los chicos me miraban y se burlaban de mí.

—Así que el suplemento a color había dado la vuelta al barrio, ¿no?

—Sí. Los chicos me hacían gestos obscenos al pasar. Aquello duró varias semanas.

Matthew frunció el ceño. No podía ver la cara de Kristin porque estaba de espaldas, pero reconocía la emoción en su voz.

—¡Qué cerdos!

—Me sentí… humillada, rebajada. Algunos padres telefonearon a casa para mostrar su desaprobación, lo cual enfureció a mi padre aún más contra mí. Luego vino un reportero de la prensa amarilla y…

—¿Las revistas se interesaron por ti? —preguntó Matthew sorprendido.

—Sí, una de las más sucias. Pensé que habías sido tú el que les había dado mi dirección.

—No, no lo sabía. Sólo sabía que te llamabas KA, nunca hubiera hecho eso.

—Bueno, pues alguien descubrió dónde vivía, llamó a la puerta y me preguntó si quería posar desnuda.

—Y tu padre volvió a poner el grito en el cielo —comentó Matthew.

—No. Le cerró la puerta en las narices y me dijo que estaba muy desilusionado conmigo.

—Lo cual debió de ser aún peor —reconoció Matthew con el ceño fruncido.

—Sí.

Kristin permaneció en silencio unos instantes y luego le contó que había ido al periódico y que por fin logró localizarlo en el restaurante.

—¿Y tu padre siguió insistiendo en que habías posado semidesnuda a propósito? —inquirió Matthew.

—No, al final reconoció que… me habían engañado. Pero me costó tiempo.

Kristin giró para limpiar los cristales por el otro lado. Matthew dio un trago de cerveza y contempló su silueta, visible al trasluz. Dio otro trago y sintió que su libido despertaba bruscamente.

—Al principio, cuando me atacaste en público, pensé que querías montar una escena —explicó—, pensé que en cualquier momento me sacarían una foto. Me imaginé que aparecería en los periódicos al día siguiente mojado y con cara de bobo.

—¿Para vender mi historia y saltar a la fama? —inquirió Kristin.

—Bueno, otras carreras se han basado en menos.

—Yo estaba tan nerviosa como tú cuando te tiré la jarra de agua —comentó Kristin volviéndose y sacudiendo la cabeza—. La culpa fue tuya. Tú seleccionaste las fotos que iban a publicarse, así que era a ti a quien tenía que dar su merecido. Y te lo di.

—No fui yo quien seleccionó esas fotos —afirmó Matthew.

—Pero me dijeron que… —comenzó a decir Kristin confusa.

—Yo las vi y seleccioné unas cuantas perfectamente respetables, pero luego un ayudante las cambió en el último minuto sin mi conocimiento.

—¿Así que no fuiste el responsable?

—Personalmente no, pero en definitiva la elección era responsabilidad mía. El chico las cambió por gastar una broma, para echarle pimienta al asunto. Yo debería de haberlo comprobado todo, pero… —frunció el ceño— estaba demasiado ocupado.

—¿Y cuándo te diste cuenta de lo que había ocurrido?

—Cuando el director me sermoneó en su despacho. Me dijo que aquello no encajaba con la imagen del periódico —dio un sorbo de cerveza—. Lo irónico fue que las ventas aumentaron en las siguientes semanas, supongo que a la espera de otro poco más de lo mismo. Como dijo tu jefa del *Trend*, el sexo vende.

—Fui demasiado impetuosa, debería de haberme asegurado primero.

—Me hubieras ahorrado un baño —sonrió Matthew.

—Lo siento.

—Yo también siento que aquellas fotos te causaran tantos problemas.

—Hay unas cuantas personas en el *Trend* que saben que trabajé como modelo, así que han podido ser ellos quienes les proporcionaran las fotos a la televisión.

—Te dejas la parte de arriba sin limpiar —comentó Matthew señalando la ventana.

—Es que no llego.

—Si bajas lo haré yo.

—Gracias.

Matthew subió las escaleras y comenzó a limpiar. Con el movimiento, la camisa se le salió del pantalón mostrando una piel color aceituna. Una vez más, Kristin recordó las caricias que le había hecho cuando estuvieron juntos en la cama.

—Si eras tan tímida, ¿cómo es qué te hiciste modelo?

—Bueno, fue por casualidad —comenzó a decir explicándole luego cómo ocurrió—. Mi padre se opuso a la idea.

—¿Te parece bien así? —preguntó Matthew indicando la ventana.

—Perfecto.

—¿Quieres que limpie el otro lado?

—Sí, por favor.

Matthew cambió de ventana y volvió a preguntar:

—¿Y qué te pareció a ti cuando te lo propusieron?

—Bueno, yo no estaba interesada en ser modelo, pero era mi

oportunidad para rebelarme contra mis padres. Les dije que nunca iría a la universidad y me fui a la agencia al día siguiente.

—¿Y por qué tenías que rebelarte?

—Mis padres acababan de divorciarse, y yo quería hacerles pagar por el hecho de haber destrozado mi vida, quería hacerles sufrir —suspiró—. Al final la que lo pagó fui yo.

—Recuerdo que una vez dijiste que habías hecho el loco cuando eras joven. ¿Te referías a eso?

—Sí. Cuando se separaron mis padres pensaron que ya era mayorcita, pero… —hizo una pausa, tensa—. No fue nada fácil.

Matthew bajó de la escalera. Las ventanas estaban limpias.

—¿Quieres hablar de ello? —inquirió.

Aún le dolía al recordarlo. Había escrito sobre ello en las columnas del *Trend*, pero nunca había hablado del tema con nadie. Sin embargo los ojos azules de Matthew la miraban cálidos. Kristin sintió deseos de contárselo.

—Sí, por favor. ¿Quieres otra cerveza?

—Sí, limpiar las ventanas me ha dado sed.

Kristin tomó otra lata de cerveza y una de coca-cola y volvió al salón. Matthew estaba sentado en el sofá. Le ofreció la bebida y se sentó en el otro extremo.

—Quizá era demasiado pequeña, o quizá vivía demasiado cerca del colegio y me sentía atada, no lo sé —comenzó a decir—. El caso es que cuando supe que mis padres no eran felices juntos todo mi mundo se desmoronó.

—Y en cierto modo es lo que ocurrió.

—Sí.

—¿Y cuándo te diste cuenta?

—Unos cuantos meses antes de que se separaran —continuó Kristin dando un sorbo—. Creo que llevaba al menos un par de años pensando que algo no funcionaba, pero lo ignoraba, esperaba que todo cambiara.

—Es natural —contestó Matthew acariciando su mano—. Y también es comprensible que te sintieras molesta.

—Gracias —sonrió—. Cuando mis padres se separaron me sentí muy confusa emocionalmente. Era muy tímida, pero también estaba consentida, así que me convertí en una adolescente insoportable.

—¿Sexo, drogas y *rock-and-roll*?

—Bueno, fui lo suficientemente inteligente como para alejarme del sexo y de las drogas, pero tuve una verdadera procesión de novios. Uno de ellos tocaba en una banda de *rock-and-roll*. Todos llevaban pendientes o tatuajes. Mi padre se ponía furioso al verlos.

—Que era de lo que se trataba.

—Por supuesto —sonrió—. Supongo que resultaba insoportable, pero en realidad da igual la edad que tengas, los divorcios siempre te dejan una herida.

—Es probable.

—Es como si una voz en tu interior te pidiera constantemente que mamá y papá volvieran —explicó Kristin sintiendo que le fallaba la voz.

—¿Fue tu madre quien le pidió el divorcio a tu padre? ;

—Sí —asintió—. Se casó demasiado joven, y durante un tiempo fue feliz. Sin embargo al cumplir los cuarenta comenzó a sentirse atrapada. Supongo que echaba de menos la juventud.

—Porque se la había perdido casándose tan pronto.

—Exacto. Sin embargo papá estaba a gusto con su vida. Cuando le dieron el puesto de director se sintió feliz, había alcanzado su meta. Mamá en cambio miraba al futuro y se desesperaba.

—Y entonces fue cuando conoció a otro hombre con el que no le ocurría igual, ¿no es eso?

—Supongo —asintió Kristin.

—Tengo experiencia en este mundo, por eso lo sé. ¿Y ese hombre era…?

—Rex, mi padrastro. Trabaja el hierro fundido, hace verjas y esculturas, pero sólo trabaja cuando le apetece. Va por ahí vestido con ropa vieja…

—¿Lleva vaqueros? —preguntó Matthew irónico.

—Me temo que sí. Y camisas rotas.

—Mi camisa no está rota —se defendió Matthew mirando para abajo.

—No, pero has perdido un botón.

—¿Dónde?

—Aquí —contestó Kristin tocando su piel.

—¿Estás coqueteando conmigo?

—¿Y crees que iba a hacer algo tan obvio? —preguntó Kristin reclinándose sobre el asiento.

—Puede.

—También puede que no. A Rex no le importa lo que la gente piense de él —continuó Kristin—. Yo lo encuentro demasiado arrogante, pero mi madre está enamorada.

—Precisamente por lo diferente que es de tu padre.

—Supongo. De todos modos mi madre se marchó y yo me quedé con papá. Entonces comencé a perder peso —confesó Kristin.

—¿Te volviste anoréxica?

—No, pero estaba tan nerviosa que no podía comer. Yo había sido una niña gordita, y de repente me quedé escuálida. Supongo que por eso me ficharon en la agencia de modelos.

—Ahora estás mejor dotada —comentó Matthew dejando que sus ojos vagaran de arriba abajo—. ¿Cuánto tiempo trabajaste como modelo?

—Siete u ocho meses —contestó Kristin deseando poder ocultar el pecho ante su mirada y con el pulso acelerado. Sentía que se había excitado, que tenía los pezones duros. Era patético responder así ante una simple mirada, pensó—. Después de empaparte en el restaurante fui a la agencia y les dije que no iba a volver a trabajar.

—Eso debió contribuir a arreglar las cosas con tu padre.

—Sí, pero entonces se empeñó en que fuera a la universidad, y yo le dije que no.

—¿Todavía necesitabas hacerlo sufrir?

—Sí —asintió—. Había ganado mucho dinero como modelo, así que alquilé este piso e hice un curso de secretariado. Papá pensó que me marchaba por rebeldía, pero lo cierto era que lo necesitaba. Tenía que dejar de verme a mí misma como a una víctima, tenía que crecer. Y eso fue lo que hice.

—¿Y tu padre se alegró cuando vio lo bien que te iba en el *Trend*? —inquirió Matthew.

—No, se burló de la revista y de mí, igual que tú.

—Lo siento, no debería de haberme burlado —contestó Matthew frunciendo el ceño.

—Cierto —respondió Kristin dándole un puñetazo en una costilla.

—¡Eso ha dolido!

—Era lo que pretendía.

—Pero ahora sí que debe de estar orgulloso, ¿no?

—Sólo está encantado. Dice que por fin estoy utilizando el cerebro, pero tendría que entrevistar a alguien de fama mundial para que estuviera verdaderamente orgulloso —lo miró—. Lamento mucho haber arruinado tu trabajo con Thomas Kinnear.

—Yo también lo lamenté durante mucho tiempo, aunque la verdad es que en parte mi ira se debía a que pensaba que estabas fingiendo —sonrió—. Sin embargo al final todo ha salido bien. Kinnear nunca me hubiera dejado ser el director de uno de sus periódicos a esa edad.

—¿Lo crees así?

—Estoy convencido.

—Entonces eso significa que en el fondo te hice un favor —sugirió Kristin.

—Supongo, pero eso no quiere decir que puedas tirarme más jarras

de agua.

—No tienes sentido de la aventura.

—¡Al diablo con que no tengo sentido de la aventura! —respondió Matthew besándola.

Aquel beso fue cálido. Matthew abrió sus labios con la lengua, y Kristin saboreó su boca y la cerveza. Era una mezcla explosiva.

—¿Soy aventurero o no? —exigió saber Matthew apartándose.

—Bueno… —lo miró.

—¿Necesitas más pruebas? —preguntó él volviendo a besarla.

En aquella ocasión el beso fue largo. Sus lenguas se enredaron ensoñadoras mientras el deseo surgía en Kristin, que se aproximó más a él. Deslizó las manos por su nuca y él profundizó en el beso. El deseo creció.

Matthew se apartó ligeramente y comenzó a darle besos por el cuello y la garganta. Retiró el tirante del top y presionó los labios contra el hombro desnudo. La piel de Kristin estaba fresca bajo su boca. Por un delicioso momento saboreó su carne y su fragancia, y luego su mano se deslizó por debajo de la tela de algodón.

Sintió la suavidad de su diafragma y de la tela del sujetador. Abrazó sus pechos llenos vestidos de satén y, sintiendo que necesitaba más, alcanzó el broche para soltarlo.

—Desnúdate —murmuró mientras sus manos cubrían los pechos y trataba de controlar la respiración.

Kristin era toda suavidad y lujuriosas curvas. Tenía curvas que necesitaba ver, curvas que necesitaba saborear. Le quitó el top pasándoselo por encima de la cabeza y dejó a un lado el sujetador. Al mirar sus pechos de miel, los pezones se endurecieron y sintió que su cuerpo se preparaba lleno de deseo mientras el corazón le latía veloz.

Acarició con los dedos las puntas tensas y Kristin arqueó la espalda de placer. Sus caricias eran apasionadas, no suaves, pero no era suavidad lo que ella deseaba. Quería sentir, retorcerse de placer, alcanzar el cielo. Matthew volvió a tocarla meneándole los pezones de un lado a otro de tal modo que Kristin se mordió el labio y se arqueó acercándose más a él.

—Matt —respiró agarrándolo con desesperación de la solapa.

Necesitaba tocarlo.

—Cuidado, no quiero perder el resto de los botones —la avisó Matthew sonriendo contra su boca.

Kristin le desabrochó los botones de la camisa y la dejó caer por los hombros contemplando la piel color aceituna y el vello negro de su torso. Lo acarició, tocó los discos planos de sus pezones y se inclinó sobre él. Dejó que su pecho rozase el de él sintiendo las eróticas

caricias de su vello contra los pezones tensos. Su respiración se aceleró, como la de él.

Matthew la hizo reclinarse en el sofá boca arriba y se inclinó sobre ella para besar sus pechos. Los lamió. Recordó oscuramente cómo, nada más conocerla, había pensado que ella estaba hecha para la pasión. El movimiento del cuerpo de Kristin contra el de él se lo confirmó. Cuando hicieran el amor ella se mostraría maravillosamente desinhibida, excitada y deseosa, pensó.

Succionó sus pechos y sintió que ella apretaba los puños agarrando con fuerza mechones de su cabello. Su deseo se acrecentó. Llevaba mucho tiempo deseándola, fantaseando sobre cómo hubiera ocurrido todo en Flytes Keep si aquel maldito despertador no hubiera sonado.

—Soy demasiado viejo para esto —murmuró.

Kristin se separó ligeramente para mirarlo a la cara.

—¿Demasiado viejo… para qué?

—Para retozar en el sofá.

—¿Llamas a esto retozar? —preguntó Kristin con ojos brillantes.

—No, lo llamo excitarnos —respiró hondo—. Pero no puedo hacerte el amor aquí. Necesito hacerte el amor en la cama. Sólo que…

—¿Sólo que qué?

—Que no esperaba que… ocurriera esto y no he venido… preparado.

—No importa, tomo la píldora.

—Qué chica tan eficaz —sonrió poniéndose en pie y tirando de ella —. ¿Cuál es tu habitación?

—Ésa —contestó Kristin señalando una puerta medio abierta.

—Vamos —dijo Matthew deslizando un brazo por su cintura y deteniéndose de pronto.

Ambos escucharon el sonido de una llave girando y, segundos después, una voz femenina que gritaba desde la puerta:

—Kris, he vuelto a casa. Es pronto, así que he traído a unos amigos a tomar una copa. Están abajo aparcando.

Matthew y Kristin se miraron el uno al otro.

—Es Beth, mi compañera de apartamento —dijo Kristin.

Matthew juró. La deseaba desesperadamente, y verse interrumpido por segunda vez resultaba insoportable. Apretó los dientes. Sentía deseos de gritar. No podían continuar, no podían disfrutar tranquilamente de su intimidad mientras hubiera gente charlando en la habitación de al lado. Se inclinó y recogió la camisa del suelo.

—Vístete —dijo mientras se abrochaba los botones—. Ahora no podemos. Ya no.

—No —confirmó Kristin poniéndose el sujetador y el top.

Minutos más tarde escucharon pisadas y Beth apareció en el salón.

—Oh… hola —saludó mirando a Matthew con interés y sonriendo a Kristin—. No sabía que tuvieras compañía. Deberías de haber colgado el cartel de *No molestar* en la puerta.

—Um… sí, Beth, éste es Matt, Matthew Lingard, mi jefe.

—Hola —asintió Matthew—. Ya me iba. Te veré mañana —añadió mirando a Kristin y saliendo apresuradamente de la habitación.

Kristin miró a través del laberinto de mesas hacia el despacho acristalado. Estaba vacío, listo para pintar. Matthew se había trasladado a otro en un extremo de la oficina general, y por eso aquella mañana aún no lo había visto. Suspiró. Deseaba verlo, estar con él. Deseaba que; le dijera lo frustrado que se había sentido teniendo que marcharse tan apresuradamente la noche anterior.

Se quedó en blanco mirando un informe. Matthew la había perdonado por lo de Thomas Kinnear, pero no había dicho nada de Amanda, ni siquiera la había mencionado. Quizá siguiera lamentando que hubiera acabado el romance, pensó. Quizá todavía le doliera hablar de ello. Se preguntaba hasta qué punto seguiría enamorado de Amanda cuando de pronto sonó el teléfono. Era la secretaria de Matthew.

—El jefe quiere hablar contigo.

—Voy para allá —sonrió.

—¡Qué rapidez! —exclamó la secretaria al verla aparecer—. Te está esperando.

Kristin llamó a la puerta y entró. Matthew se levantó de la silla nada más verla y se acercó a grandes pasos.

—¿Querías hablar conmigo? —preguntó ella cerrando la puerta.

—Lo que de verdad querría es arrancarte la ropa y celebrar contigo un congreso sexual sobre la mesa, en el suelo, o donde sea, pero…

Matthew la atrajo a sus brazos con urgencia y la besó. Aquel beso fue profundo, apasionado. Luego la soltó y Kristin sintió que le fallaban las piernas.

—Esta vez nadie nos va a aplaudir —comentó sin aliento.

—No, pero mi secretaria puede entrar en cualquier momento, así que será mejor que nos comportemos —dijo Matthew sentándose en su sillón mientras ella lo hacía al otro lado de la mesa—. Bill no ha venido esta mañana, y su mujer ha llamado para decir que está en el hospital. Sospechan que tiene apendicitis.

—¡Vaya!

—Tenía una entrevista concertada con Clive Chadwick, y me

estaba preguntando si te interesaría hacerla a ti.

Kristin abrió los ojos sorprendida. Clive Chadwick era un miembro importante del gabinete del gobierno.

—¿Yo? —preguntó.

—Si se la haces, tu padre se sentirá orgulloso por fin.

—Mucho, y te lo agradezco, pero no sé lo suficiente de política.

—La entrevista no es sobre política —la interrumpió Matthew —, es sobre Chadwick como persona. Tiene imagen de duro y frío, y la idea de Bill era mostrar su cara amable, personal.

—Bueno, en ese caso… —Kristin se levantó, rodeó la mesa y lo besó en los labios—. Gracias, Matt.

Matthew la rodeó con los brazos por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Más —exigió mientras ella reía y volvía a besarlo.

—¿A qué hora es la entrevista?

—Esta tarde, a las tres.

—No es mucho tiempo.

—¿Podrás hacerlo?

—Ya verás —contestó Kristin mirándolo provocativa.

—Cuando vuelvas —añadió Matthew atrayéndola de nuevo hacia sí— discutiremos sobre cómo me lo vas a agradecer.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Que esta noche iremos juntos a mi apartamento. Sin despertadores ni compañeros de piso —arqueó las cejas—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Kristin mirándolo y sintiendo un deseo irreprimible.

—Ah, y si ves a la señora Chadwick en la casa, ¿qué harás? —preguntó Matthew mientras Kristin se dirigía hacia la puerta.

—No tengo ni idea —contestó ella deteniéndose y girando.

—Le preguntarás si está de acuerdo en que le hagas una entrevista para una serie sobre las mujeres de los políticos.

—Eres muy inteligente —declaró Kristin lanzándole un beso a distancia—. Adiós.

Aquella tarde Kristin volvió sonriente a la oficina. Se había puesto muy nerviosa, pero todo había salido bien. Dejó el bolso y se dirigió al despacho de Matthew. La secretaria se había marchado, de modo que llamó a la puerta.

—Entra —gritó Matthew desde dentro.

Estaba hablando por teléfono. Esperó a que terminara y entonces se acercó.

—La entrevista con Chadwick ha ido de maravilla. Voy a escribir un reportaje estupendo.

—Fantástico.

—Vi a la señora Chadwick, y fue ella misma la que me sugirió que la entrevistara —sonrió—. Incluso se ha ofrecido para tantear a las mujeres de otros políticos.

—¿Y podrás hacer ese trabajo mientras te ocupas del tema de las madres trabajadoras?

—¿Cómo dices?

Matthew se levantó y caminó a grandes zancadas hacia ella.

—Ha llamado *Sir* George. Me dijo que tu idea era muy buena y que debía dejarte desarrollarla.

Kristin frunció el ceño. Había entrado en el despacho tan eufórica que no se había dado cuenta de cuál era el estado de ánimo de Matthew, pero de pronto comprendía que estaba enfadado.

—¿Y cómo es qué se ha enterado?

—Porque tú se lo dijiste. Pasando por encima de mí, claro. No deberías de haberlo hecho. No es ético. Te has creído que porque quiero llevarte a la cama te lo voy a consentir todo. No deberías acudir a instancias superiores ignorando mis palabras —añadió dando un puñetazo en la mesa y sobresaltándola—. ¡No lo permitiré!

—Yo no le he dicho nada —protestó Kristin.

—¿Entonces cómo es qué se ha enterado? ¡Contéstame!

Kristin levantó el mentón. La ira brillaba en sus ojos, se sentía humillada.

—Sólo se me ocurre que se lo haya contado Emily —contestó despacio—. Vino a la oficina hace unos días y vio mis notas por casualidad. Puede que…

—¿Por casualidad? —repitió Matthew con un gesto despectivo—. ¿Entonces no las dejaste sobre la mesa a propósito para poder contarle lo mal que te trataba y así que fuera a decírselo todo a papá?

—¡No!

—¡Sí! —afirmó Matthew dando otro golpe en la mesa—. ¡Tú quieres alcanzar la fama, y según parece estás dispuesta a hacer lo que sea para conseguirlo! ¡Pues lo siento, cariño, pero no vas a saltar por encima de mí!

Kristin elevó aún más el mentón. Aquellas acusaciones eran injustas, pero no estaba dispuesta a rebajarse dándole más explicaciones. Si no tenía fe en ella peor para él, reflexionó.

—¿Quieres que comience a buscar otro empleo? —inquirió con frialdad.

—Te concedí tres meses y no voy a echarme atrás, pero después…

—Matthew frunció el ceño. Una vena le temblaba en la sien—. Estás pendiente de una cuerda floja.

—Eres un cínico —declaró Kristin girando sobre sus talones y saliendo del despacho.

Capítulo 8

La plaza principal de Portofino estaba tranquila. En una hora, más o menos, se encenderían las luces y comenzaría a sonar la música mientras la gente entraba en los cafés. Sentada en una mesa con sombrilla, en la desierta plaza, Kristin se deleitaba saboreando un zumo de naranja. La vista era estupenda. Las casas, pintadas en tonos pastel, constituían un paisaje pintoresco. Portofino, una sencilla villa de pescadores, se había convertido tras la segunda guerra mundial en lugar de recreo para los ricos.

Kristin terminó la bebida y cruzó la plaza. La mansión de *Sir* George se asentaba en la falda de una pequeña colina a las afueras de la villa. Para llegar tenía que caminar a orillas del mar, subir unas escaleras de piedra y continuar por un pequeño sendero. Tal y como Emily le había adelantado, *Sir* George había invitado a los directores del *Ambassador* a un fin de semana en Italia.

—Ven cuando quieras este verano, el fin de semana que te convenga —había dicho *Sir* George—. Si estoy te haré compañía, y si no mi sirvientes se encargarán de todo. Ponte en contacto con mi secretaria para que te proporcione el billete de avión.

Al principio no se había sentido demasiado inclinada a aprovechar la oferta. Tenía que buscar un nuevo empleo a pesar de que Matthew hubiera elogiado su reportaje sobre Chadwick y sobre las esposas de los políticos.

Comenzó a subir los escalones. Matthew se había mostrado muy frío con ella en la oficina. Sólo habían hablado lo estrictamente necesario, y aquello resultaba doloroso. Tenía razón en cuanto a que él era el jefe, pero sus acusaciones eran injustas. Era cierto que era ambiciosa, pero su ambición tenía límites.

Llegó a una explanada y se detuvo a recuperar el aliento. Había pensado en telefonear a Emily rogándole que le contara a Matthew la verdad, pero finalmente decidió que era un error. No quería implicar a terceras personas en aquella disputa, ni estaba dispuesta a tener que demostrar su inocencia ante semejante incrédulo.

—Estúpido —murmuró en voz baja.

El hecho de ver a Matthew a diario le había hecho cambiar de opinión sobre el viaje. Necesitaba cambiar de aires, y además se lo merecía. Se aseguró de que él no iba a ir ese fin de semana y se puso en contacto con la secretaria de *Sir* George. Sólo iban a estar dos parejas, dos directores con sus respectivas esposas. Voló con ellos y al llegar encontraron a *Sir* George esperándolos.

—He dejado folletos turísticos en vuestras habitaciones —había dicho *Sir* George—. Por el día os dejaré que hagáis vuestra vida, pero nos encontraremos por la noche durante la cena.

Las dos parejas habían decidido tomar un *ferry* a Santa Margarita y la habían invitado a acompañarlos, pero Kristin había rechazado la oferta.

—¿Se lo ha pasado usted bien? —preguntó el ama de llaves de *Sir* George al verla llegar sola—. La he visto esta mañana en la piscina.

—Hubiera podido quedarme en la piscina todo el día —sonrió Kristin—, pero decidí ir a dar una vuelta. He ido hasta el promontorio a ver el monasterio.

—¡Pero si debe de estar a diez kilómetros!

—Bueno, lo he pasado bien.

—Los demás están en la terraza tomando una copa. ¿Quiere usted unirse a ellos?

—Luego —contestó Kristin pasándose una mano por la frente sudorosa.

Subió a su habitación. Alguien había cerrado las contraventanas y el dormitorio estaba a oscuras. Las abrió y el sol entró. Había dos camas individuales y dos cómodas idénticas. Encendió la radio y se dirigió al baño quitándose la ropa. Se duchó y se secó. Desnuda, con el pelo mojado y revuelto, volvió al dormitorio preguntándose qué se pondría para cenar. De pronto se detuvo en seco. Había una maleta sobre una de las camas. No era suya, ni estaba allí cuando llegó.

Miró a su alrededor y… frunció el ceño. Había alguien en el balcón. Se acercó a ver quién era. Llevaba una camisa negra de *sport* y unos pantalones chinos. Estaba de pie con las manos sobre la barandilla. Era Matthew.

Se quedó atónita, helada. Abrió inmensamente los ojos y escuchó un grito asustado, que luego reconoció como suyo. Al oírlo, Matthew se dio la vuelta y se quedó mirándola.

—Otra vez nos encontramos en un dormitorio —dijo dando un paso hacia adelante. Se metió las manos en los bolsillos del chino y añadió—: Una gran vista.

—¿Verdad? Los jardines de la casa se confunden con la ladera de la montaña hasta llegar al mar y… —Kristin se interrumpió—. ¿Te refieres a mí?

—Me refiero a ti —asintió Matthew.

Kristin lo miró con frialdad. Seguir su instinto y correr a agarrarse a algo era comportarse como una histérica, se negaba a que Matthew la viera muerta de pánico.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió.

—¿Es qué no me esperabas? —preguntó él a su vez dejando que su mirada vagara despacio y con insolencia por el cuerpo desnudo de Kristin—. Pensé que estarías preparada, esperándome.

—¡Pues recapacita! —gritó perdiendo los nervios y corriendo al baño.

Hasta ese momento se había mostrado serena pensó Kristin mientras se enrollaba una toalla de baño ¿Cómo se atrevía Matthew a presentarse así, sin más?, se preguntó. No tenía derecho a arruinarle las vacaciones.

—¿Por qué has venido a Portofino? —exigió saber saliendo del baño.

—He venido a pasar el fin de semana.

—Tu secretaria me dijo que estabas demasiado ocupado para salir y que ibas a dejar el viaje para otra ocasión —protestó Kristin.

—Eso creía yo, pero pensé que, si no salía de la oficina, me iba a dar algo. Además, ya era hora de que el director se tomara un descanso.

—¿Así que no vas a pasarte la vida en la oficina una media de catorce horas diarias?

—No —contestó Matthew frunciendo el ceño—. No sabía que estuvieras aquí.

—Sabías que me había tomado unos días libres.

—Sí, pero no sabía que venías a Italia. No me lo dijiste.

—No me lo preguntaste —alegó Kristin.

Matthew frunció aún más el ceño. Kristin le había dicho que se tomaba unos días libres, pero había pensado que quizá quisiera estar con aquel tal James, y justamente por eso no había preguntado.

—Nuestra comunicación no es muy fluida últimamente —observó Matthew.

—Pues aquí parece que las líneas se han cruzado, porque esta es mi habitación.

—El ama de llaves me dijo que era para mí.

—Pues ha cometido un error.

—Dijo que *Sir* George había dicho que yo me alojaría en la Tuscany Room, y ésta es la Tuscany Room. Lo pone en la puerta.

—Sí, lo es, pero…

—El ama de llaves dijo también que *Sir* George me había preparado una grata sorpresa —continuó Matthew pensativo—, y creo que esa sorpresa eres tú. Debe de haber pensado que he cambiado de opinión en el último momento y que he decidido venir contigo. Él piensa que estamos hechos el uno para el otro, de modo que…

—¿Es qué no le dijiste que hemos vuelto a romper el compromiso?

—preguntó Kristin—. Me sorprende.

—Se me pasó, pero le diré al ama de llaves que… me dé otra habitación.

—No te puede dar otra habitación. Sólo hay tres, y están ocupadas. Tendrás que ir a un hotel —declaró sonriendo irónica—. Es una lástima, pero así es la vida.

—¿Y qué te parece que si te vas tú a un hotel?

—¿Yo? —Kristin sacudió la cabeza decidida—. Yo llegué antes.

—Odio tener que sacar a relucir mi cargo, pero yo tengo prioridad.

—¿Es qué vas a echarme? —protestó Kristin.

—No —suspiró pasándose una mano por el mentón—. Pero en primer lugar en esta época del año es difícil encontrar hotel, y en segundo lugar tendría que decirle a *Sir* George que hemos vuelto a romper, y si lo hago los dos quedaremos como idiotas.

—Son tiempos difíciles —afirmó Kristin sencillamente.

—Dime, ¿es qué quieres quedar como una idiota? —inquirió Matthew.

—No.

—Yo tampoco.

—¿No estarás sugiriendo que… que compartamos la habitación? —preguntó Kristin.

—Eso facilitaría las cosas.

—Es posible, pero…

—Son sólo dos noches —argumentó Matthew.

—Escucha, aparte de otras consideraciones, si compartimos la habitación los demás invitados van a pensar que somos…

—¿Amantes? —terminó Matthew la frase por ella al verla vacilar.

—Sí, y luego se enterará todo el mundo en la oficina.

—En la oficina todo el mundo lo piensa —señaló Matthew.

—Bueno… sí, pero…

—Hay dos camas. Si tú prometes mantener tus excitantes manos apartadas de mí, ninguno de los dos saldrá malparado. ¿Crees que podrías controlarte?

—Es fácil —aseguró Kristin.

—Soy alto, moreno y guapo —recordó Matthew sonriendo.

—¡Vete al infierno!

—Si vamos a fingir que somos amantes tendrás que corregir ese vocabulario y mostrarte más afectuosa conmigo.

—Una pizca, y sólo cuando esté *Sir* George delante, cariño —añadió Kristin.

—Ya estás entrando en razón. Entonces, ¿de acuerdo?

Kristin frunció el ceño. Las perspectivas no eran muy halagüeñas

hiciera lo que hiciera. Sin embargo parecía más sencillo dejar las cosas tal y como estaban. Matthew no iba a poner sus excitantes manos sobre ella, se dijo convencida. Al fin y al cabo ella se había convertido en una persona non grata. Y si lo hacía, siempre podía gritar.

—De acuerdo.

—Entonces desharé la maleta —declaró Matthew abriéndola y sacando un traje para guardarlo en el armario—. Según parece te lo has traído todo, aunque echo en falta los pantalones cortos estilo hawaiano.

—Se me han vuelto a olvidar.

—¿Te importa que junte un poco tu ropa para que quepa la mía en el armario?

—Adelante. Me estaba preguntando qué ponerme para cenar.

—¿Te has traído el vestido marrón?

—No —contestó Kristin ruborizándose.

—¡Lástima! —murmuró Matthew mirando sus vestidos—. ¿Qué te parece éste?

—Buena elección. Me lo pondré.

—Creo que nos esperan abajo para tomar una copa, pero primero tengo que ducharme.

—Muy bien, mientras tanto yo me vestiré aquí.

—No pensé que pudierais permanecer separados mucho tiempo —comentó *Sir* George inclinándose para susurrar en su oído—. Estáis hechos el uno para el otro. Es cierto —insistió al ver a Kristin sonreír—. Puede que tengáis vuestros altibajos, pero créeme, lo sé.

—Ah… sí —contestó Kristin.

Después de la cena habían vuelto todos juntos a la terraza. *Sir* George estaba sentado a un lado de Kristin y al otro Matthew charlaba con los demás. La noche había caído y la luna arrojaba sombras blancas sobre el negro mar. Nada más bajar para reunirse con los demás Kristin había estado recapacitando. La situación iba a ser difícil. Después de haberse mostrado frío en la oficina quizá Matthew quisiera volver a acercarse a ella. Sin embargo las cosas habían ido bien hasta ese momento, y todo gracias a él. Había estado charlando con naturalidad, y con el paso del tiempo Kristin había conseguido relajarse. Matthew se había mostrado amable con ella, pero nada más.

—¿Qué planes tenéis para mañana? —preguntó *Sir* George en general.

—Hemos pensado tomar el *ferry* para ir a Sestri Levante —dijo el director financiero.

—Buena elección. ¿Y vosotros dos?

—Pisa —contestó Kristin.

—Pisa —declaró Matthew casi al mismo tiempo.

Ambos se miraron sorprendidos y se encogieron de hombros.

—Si pensáis alquilar un coche, no lo hagáis —comentó *Sir* George —. Mi chofer os llevará.

—Gracias, pero yo voy a ir en tren —declaró Kristin.

—Sí, nos apetece ir en tren —añadió Matthew.

—He estado preguntando y me he enterado de que sale uno a las ocho y media de Santa Margarita —continuó Kristin.

—Mi chofer os llevará a la estación —proclamó el anfitrión—. ¡Por Matthew!, por haber hecho un trabajo tan magnífico relanzando el *Ambassador*. Hemos acabado con esos periódicos que recortaron los precios, y las ventas siguen aumentando.

—¡Por Matthew! —exclamaron todos al unísono levantando las copas.

—Gracias, pero no hubiera podido hacerlo sin un buen equipo de reporteros, de modo que… —Matthew levantó la copa mirando a Kristin y a los otros jefes—. Os doy las gracias a todos.

—¡Qué coincidencia que los dos quisiéramos ir a Pisa! —señaló Kristin a la mañana siguiente mientras el tren salía de la estación de Santa Margarita.

—Sí, ha sido una afortunada coincidencia —comentó Matthew.

—Bueno, pero no hace falta que sigamos juntos cuando lleguemos allí.

—¿Piensas ir a ver la Torre Inclinada?

—Naturalmente.

—¿Y entonces qué pretendes, caminar diez pasos detrás de mí?

—Al contrario, tú caminarás diez pasos detrás de mí.

—Eso es una tontería —contestó Matthew sacudiendo la cabeza.

—¿Te parece mejor que alquilemos un tándem? —preguntó Kristin sacando del bolso una guía de viaje.

Kristin leyó la guía mientras Matthew miraba por la ventana. El tren salió de un túnel y comenzó a viajar a lo largo del mar. Matthew bostezó. Kristin se había quedado dormida nada más meterse en la cama, pero él había permanecido despierto hasta primeras horas del amanecer. Había estado contemplándola mientras dormía y deseando tumbarse a su lado. ¿Por qué le habría sugerido que compartieran la habitación?, se preguntó. Debía de ser masoquista, pensó.

Compartir dormitorio y baño había resultado fácil, se dijo

Matthew. Lo difícil era ignorar su presencia. Su ropa en el armario, su maquillaje en el baño… le hacían recordar las dos ocasiones en habían estado a punto de hacer el amor. Había sido una tontería compartir la habitación, no hubiera debido de someterse a aquella exquisita tortura, pensó mientras bostezaba.

Minutos más tarde Kristin miró de reojo a Matthew al sentir un peso en el hombro. Se había quedado dormido. Siguió leyendo y mirando el paisaje. Dos horas más tarde llegaron a Pisa. Pensó en despertarlo, pero Matthew levantó la cabeza.

—Lo siento —dijo poniéndose recto en el asiento y retirándose el pelo de la frente.

—No importa. Me he perdido una charla, pero al menos no has roncado.

—Pero seguro que contarás a tus lectoras del *Trend* que ronqué, ¿verdad?

Kristin puso un gesto de mal humor. Jo no había encontrado a nadie que la sustituyera, y ella seguía escribiendo la columna.

—La semana que viene —contestó.

—¿Por qué no cerraré la boca? —se lamentó Matthew.

Siguiendo las instrucciones de la guía, Kristin condujo a Matthew hasta el río Arno. Cuando llegaron a la plaza del Duomo se pararon y se quedaron mirando. Los tres magníficos monumentos de la catedral, el baptisterio y el campanario o Torre Inclinada se levantaban sobre la hierba verde. Era espectacular. Se miraron el uno al otro y sonrieron.

—He visto fotos y reportajes en televisión, pero en vivo resulta mucho más impresionante —comentó Matthew.

—Es increíble —asintió Kristin.

—Me pregunto cuánto tiempo tendrán estos edificios —añadió Matthew mientras se acercaban.

—Los comenzaron a construir en los siglos once y doce, y cien años más tarde los decoraron con esculturas. Son obra de Nicola y Giovanni Pisano —contestó Kristin recordando lo que había leído.

—Es interesante.

Compraron entradas para ver la catedral y sus pinturas y luego visitaron el baptisterio. Al entrar, un hombre comenzó a cantar. Todos los turistas se detuvieron mientras la melodiosa voz de barítono resonaba en el edificio. Luego se hizo el silencio.

—Un momento cumbre —comentó Matthew mientras la gente comenzaba de nuevo a caminar.

Kristin asintió. Siempre recordaría ese momento, se dijo.

—La acústica del baptisterio permite que se escuche el canto de un pájaro a veinte kilómetros de distancia.

Matthew sonrió y la agarró por los hombros sacudiéndola en broma.

—¡Sabelotodo!

Kristin rió. Las vacaciones parecían hacerles olvidar la distancia que los había separado en la oficina, pensó mientras salían y cruzaban la plaza.

—Es hora de comer —decretó Matthew mirando el reloj.

Siguiendo el curso del río por una estrecha calle encontraron un restaurante con mesas en el patio. El propietario les recomendó los *taglioni verdi gratinati*.

—Para los dos —pidió Matthew viendo a Kristin asentir.

Mientras comían conversaron con naturalidad sobre lugares que habían visitado, libros y películas. Bromearon y rieron, pero la atracción sexual subyacía entre ambos oculta tras miradas demasiado prolongadas o manifestándose más abiertamente en ocasiones cuando Matthew rozaba su mano.

—¿Qué te ha dicho tu padre de la entrevista a Clive Chadwick? —preguntó Matthew cuando terminaron de comer.

—Se quedó muy impresionado. Ha debido de leérsela a todos sus conocidos. Gracias por darme esa oportunidad. Por fin está orgulloso de mí. Hubo tiempos en los que ni siquiera podía soñar con que algo así pudiera suceder —sonrió Kristin—. Gracias.

—Gracias a ti por venir a Pisa conmigo —contestó él tomando su mano desde el otro lado de la mesa—. Lo he pasado muy bien.

—Yo también.

Matthew se habría quedado dormido en el tren, pero en la cama era incapaz de conciliar el sueño, reflexionó Kristin. Era más de media noche. Hacía calor y las ventanas estaban a medio abrir. Rayos de plata entraban en la habitación iluminando el bulto de Matthew en la cama, que miraba hacia el otro lado. Podía escuchar el ruido de las sábanas al darse la vuelta, cosa que había hecho innumerables veces.

Después de un día relajado en que sus relaciones parecían igualmente serenas, tampoco Kristin podía dormir. Miró el techo. El día anterior había creído que no iba a poder dormir cerca de él, pero el cansancio se había apoderado de ella. Esa noche, en cambio, permanecía despierta. Hubiera deseado explicarle que no tenía razones para mostrarse hostil.

—Sobre eso de que fui a Emily con el cuento de que no me dejabas hacer el reportaje —comenzó a decir rompiendo el silencio—, es verdad que…

—Olvídalo —la interrumpió Matthew.

—Le dije que a ti no te había gustado, pero…

Matthew giró en la cama para mirarla a la cara y añadió:

—Duérmete. Buenas noches.

Luego se quedó quieto. Estar con Kristin durante todo el día había sido algo tan natural, tan relajado, que lo normal hubiera sido hacerle el amor por la noche, pensó Matthew. Quería hacerle el amor, pero en el fondo de su mente subyacía la idea de que ésa era la razón por la que le había sugerido que compartieran la habitación. No se consideraba un fresco, no era un hombre de esos que se aprovechan de la situación. Él era un hombre de honor, recapacitó maldiciendo en silencio.

Kristin miró el bulto de la cama y se levantó. Llevaba un camisón de satén de tirantes finos que siempre se le caían. Se sentó en la cama de Matthew.

—Le dije a Emily que a ti no te había gustado la idea, pero nunca se me ocurrió pensar que se lo diría a su padre. Soy sincera.

—Está bien —murmuró él.

Kristin se inclinó y lo miró. Su voz no le había dado pista alguna sobre lo que estaba pensando, y necesitaba ver la expresión de su rostro.

—¿Me crees?

—Supongo.

—Eso no suena a que estés muy seguro —protestó Kristin incapaz de leer las oscuras emociones que encendían sus ojos.

—Estoy seguro. Y ahora vete a la cama y duérmete —ordenó Matthew tenso mientras los deseos le invadían las venas como lava ardiente.

—De todos modos no voy a hacer ese reportaje sobre madres trabajadoras.

Matthew se dio la vuelta en la cama para ponerse boca arriba y mirarla.

—¿Piensas callarte? —exigió.

—Enseguida, en cuanto te haya hecho comprender que no le dejé leer mis notas a propósito y que…

—Te creo.

—¿En serio?

—Me haré la cruz en el pecho, y si no es así moriré —dijo tirando de la sábana y destapándose impaciente—. ¿Estás contenta ya?

Al mirar para abajo, el corazón de Kristin comenzó a latir veloz. Matthew tenía el pecho desnudo. Desnudo, musculoso y lleno de vello negro.

—No —contestó—. Quiero que me creas de verdad.

—Te creo —aseguró Matthew olvidando el enfado y frunciendo el ceño—. Creo que sabía desde el principio que estaba siendo injusto, pero… bueno, me llamaste cínico, y ciertos acontecimientos del pasado me han hecho ser muy cauto con las mujeres ambiciosas.

—Yo no soy tan ambiciosa —protestó Kristin—. No soy tan ambiciosa como para dejar que esa ambición rija mi vida.

—Lo sé, sé que ni vas a ir a ver a *Sir* George, ni vas a ingeniártelas para que Emily te haga el trabajo sucio. Sin embargo debo de dar una imagen de director fuerte, y soy muy sensible ante las interferencias de *Sir* George… —se interrumpió—. Bueno, ya sé que todo eso no son más que excusas. La verdad es que después de perder el control y ponerme a gritar me resulta difícil admitir que he cometido un error.

—¿Tus genes españoles te lo impiden?

—Supongo. Y supongo también que son los responsables de que estallara. Nunca he sabido ceder. Te pido disculpas.

—Y yo las acepto.

—Gracias —contestó Matthew levantando una mano para acariciarle la mejilla—. Me gustas.

—Y tú a mí.

—¿Has buscado otro empleo?

—Aún no.

—Bien —contestó Matthew—, porque quiero que te quedes.

—¿Estás seguro? —sonrió Kristin.

—Completamente. Estás haciendo un trabajo fantástico. ¿Qué me contestas?

—Sí, por favor —sonrió Kristin ampliamente.

—¿Y no vas a agradecérmelo llenándome de besos? —inquirió Matthew.

—Te daré sólo uno —contestó ella inclinándose para besarlo en la frente.

—Eso ha sido un tanto casto para alguien que desea hacerme el amor apasionadamente.

Al inclinarse, los tirantes del camisón se le habían resbalado, así que Kristin bromeó:

—¿Es qué crees que me estoy insinuando por el hecho de que se me hayan caído los tirantes?

—No —levantó la mano para acariciar sus pezones por encima de la tela de satén—, pero esto sí es una insinuación.

—Yo también sé reconocer los indicios —contestó Kristin con voz ronca.

Matthew deslizó las manos por las cintas de seda hasta llegar a la

nuca y luego la atrajo hacia sí. La besó durante un largo minuto explorando con la lengua los confines de su boca. Sentía una necesidad ardiente. Luego la hizo levantarse y respiró hondo.

—Esta vez, que va a ser la primera, quiero que sea memorable. Quiero que sea maravillosa —añadió con gravedad.

—Lo será —murmuró Kristin pensando en que lo que sentía por él era mucho más que deseo.

Matthew sonrió. Quería elevarla hasta la cumbre y hacerla sentir sensaciones que nunca hubiera sentido. Quería borrar toda huella de otros amores y hacerla irremediablemente suya.

Agarró los tirantes del camisón y tiró de ellos hacia abajo. Mientras la tela se arrugaba en su cintura Matthew respiró hondo. Sus pechos parecían de plata a la luz de la luna y sus pezones destacaban duros y oscuros de sus areolas. La atrajo más cerca. Cerró la boca en torno a uno de ellos y acarició el otro.

Kristin jadeó, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Cuando Matthew comenzó a lamer el otro pezón volvió a jadear. Los besos de su boca, el contacto de sus dedos le henchía el pecho y le producía un dolor ardiente entre los muslos.

Se rindió a sus caricias durante unos minutos y luego puso las manos sobre sus hombros para alejarlo. Se puso en pie dejando que el camisón cayera al suelo y, al quitárselo, Matthew la contempló en silencio.

—Eres exquisita —dijo.

Entonces Kristin se acostó a su lado. Matthew estaba desnudo. Sus manos la acariciaron por entero explorándola despacio. Luego bajó la cabeza y comenzó a saborear su piel. La respiración de Kristin se aceleró. Sus labios le producían un deseo sensual, una necesidad que exigía cada vez más, y más, y más. Lo agarró de la cabeza y guió su exploración hacia abajo, hacia el húmedo secreto de su deseo.

—Por favor —rogó.

Al sentir el contacto de su lengua en la carne sensible gimió.

—Tu sabor es delicioso —dijo Matthew.

Sintió que su lengua la probaba de nuevo, y un torrente de emoción la embargó dejándola desfallecida. Ansiosa por complacerlo tal y como él había hecho, Kristin lo atrajo hacia arriba. Lamió los bordes de sus labios y lo besó profundamente en la boca. Luego, tras morderle los hombros, rozó su pecho y su vello negro con los labios.

Cuando Kristin le besó los pezones Matthew hizo un sonido gutural de satisfacción. Ella se tomó su tiempo. Lamió, acarició y besó, y finalmente se deslizó hacia abajo a lo largo de su cuerpo.

—Kris, por favor, sí —rogó Matthew con voz ronca.

Kristin le dio placer, lo saboreó. La urgencia se apoderó de ambos, cruda, ardiente. Matthew se movió poniéndola debajo de él y frotando el sexo de ambos el uno contra el otro. Había fantaseado mil veces con ella, y por fin la tenía. Ella era todo lo que deseaba. Más de lo que nunca hubiera podido imaginar. Se movió de nuevo y guió sus caderas hasta penetrarla.

Kristin tembló, gimió, gritó.

—¿Es qué has estado leyendo la Guía de bolsillo de los Orgasmos Múltiples? —preguntó Matthew en voz baja.

Kristin respiró entrecortadamente.

—Nunca me había ocurrido antes, sólo contigo.

—Aduladora.

—Es cierto.

—¡Gracias a Dios! —jadeó Matthew lleno de gratitud.

Él volvió a empujar. Su propia necesidad le obligaba a mostrarse duro y despiadado. Kristin se agarró a su nuca clavándole las uñas en la piel color aceituna. Quería reír, llorar, gritar. Nunca había pensado que pudiera sentirse así. Nunca había conocido un deseo tan irresistible.

Los muslos de Matthew se rozaban contra los de ella, se sentía volar, elevarse en el espacio y girar, girar, girar.

Matthew sonrió. Se sentía maravillosamente consumido y vacío. Se recobró lentamente. Luego la besó en la boca, en el hombro, y la hizo volverse sonriendo.

—Eres una dama muy apasionada.

Kristin suspiró largamente, feliz. El último clímax había dejado flojo todo su cuerpo, tenía la sensación de que era miel lo que corría por sus venas.

—Tú también eres un hombre muy apasionado.

Matthew la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí.

—A la tercera va la vencida —murmuró.

—Era nuestra primera vez juntos, y ha sido maravilloso.

—Sí, maravilloso.

Minutos más tarde los dos estaban dormidos.

¿Es qué era tan evidente que Matthew y ella habían hecho el amor esa noche y que habían vuelto a hacerlo por la mañana?, se preguntó Kristin mientras cargaba las maletas en un carrito del aeropuerto. Quizá fuera producto de su imaginación, pero ciertas miradas cómplices por parte de los invitados le habían parecido sospechosas.

Miró a Matthew. ¿Se habría dado cuenta él?, se preguntó. ¿Era esa

la razón por la que se había mantenido callado y pensativo durante todo el camino al aeropuerto? ¿O es qué se acordaba de Amanda? ¿Se sentiría culpable?

A la entrada del aeropuerto todos se detuvieron a agradecerle a *Sir* George su hospitalidad.

—Ha sido un placer —declaró él.

Las dos parejas desaparecieron, y cuando Matthew y Kristin quisieron seguirlos, *Sir* George los detuvo.

—Me preguntaba si habríais fijado ya una fecha para la boda —inquirió.

Matthew se puso tenso. Hubiera deseado que su anfitrión no interfiriera en sus asuntos, que no forzara las cosas, que no lo presionara.

—Aún no —contestó escueto.

—Deberíais hacerlo. Sois una pareja perfecta, pero este compromiso secreto es… un arreglo tonto. Kristin se merece algo mejor. Si yo fuera tú, Matt, fijaría la fecha para este mismo verano.

—No creo que eso sea… —sonrió tenso Matthew.

—No vamos a fijar ninguna fecha —intervino Kristin—, nunca. Después de considerarlo hemos decidido que estamos demasiado ocupados con nuestro trabajo como para dedicar tiempo al matrimonio, y no queremos acabar en los juzgados, ¿verdad? —preguntó mirando a Matthew.

—Cierto —contestó Matthew frunciendo el ceño.

—De ahora en adelante seremos sólo amigos, amigos platónicos —sonrió Kristin—. Gracias otra vez. Tenemos que irnos si no queremos perder el avión.

—Adiós —se despidió *Sir* George.

—He pensado que lo mejor sería acabar con la historia de una vez por todas —declaró Kristin nada más separarse de su anfitrión mientras pasaban por la aduana—. Nos lo hemos pasado bien, pero todo terminó. Necesitábamos un descanso. Estamos hasta arriba de trabajo, y la vida resulta mucho más sencilla si volvemos a nuestra relación laboral habitual.

—Cierto —contestó Matthew sacando el pasaporte.

Capítulo 9

Todo encajaba perfectamente en aquella página del periódico; el reportaje central con las dos fotografías, los artículos secundarios, los anuncios. Kristin miró el resultado satisfecha y pasó a la página siguiente. Mientras trabajaba comenzó a meditar tristemente, de nuevo, en sus relaciones con Matthew. Tres días antes le había dicho que debían mantener relaciones estrictamente laborales, y Matthew no había protestado. Y seguía sin protestar. ¿Por qué iba a hacerlo, por otra parte?, se preguntó.

Recordó el gesto de mal humor que cruzó su rostro cuando *Sir* George le preguntó si tenían ya fijada una fecha para la boda. No era difícil imaginar lo que entonces había pensado. Primero *Sir* George lo había presionado para que la contratara, luego le había obligado a compartir habitación, y por último insistía en que se casaran. Comprendía cómo se sentía, y esa era la razón por la que había dicho aquello en el aeropuerto.

Los ojos de Kristin se nublaron. Por desgracia para ella el hecho de que hubieran hecho el amor le había producido un sentimiento íntimo nuevo. Se había dado cuenta de cuánto le importaba Matthew. Más de lo que ningún otro hombre le hubiera importado nunca. Sin embargo para Matthew había sido sólo una cuestión de lujuria. El amor no entraba en sus cálculos. Quizá le gustara, pero no estaba loco por ella. Él amaba a Amanda Cousins.

¿Qué futuro les quedaba entonces?, se preguntó.

Ninguno. La ira de Matthew ante la insistencia de *Sir* George lo dejaba bien claro, y ella misma había echado a perder el supuesto compromiso y la posibilidad de un romance por orgullo. No volvería a compartir la cama con él mientras estuviera enamorado de otra mujer. Su orgullo se lo impedía.

Y en cuanto al hecho de verlo en la oficina, recapacitó, siempre se decía que un problema no existía si uno se empeñaba en ignorarlo.

—El correo —anunció un joven dejando sobre su mesa las cartas dirigidas a su sección.

Entre ellas había una a su nombre. Kristin la abrió. Era una nota escrita a mano, y la firma la dejó atónita.

—Mira quién me escribe, Pete —comentó nerviosa—. Adivina a quién voy a llamar por teléfono.

Matthew colgó el teléfono y se ocupó del correo. Hacía una hora

que se lo habían llevado, pero no había tenido tiempo de echarle un vistazo. Entre todas las cartas una llamó su atención. Era de Thomas Kinnear, el empresario de las comunicaciones, que quería felicitarlo por su trabajo en el *Ambassador*. Se lamentaba de no haberle dado una oportunidad diez años atrás y le ofrecía el cargo de director de su grupo de prensa.

Matthew rió. Tenía que contárselo a Kristin, pensó.

Agarró el teléfono para pedirle a su secretaria que la llamara, pero luego recapacitó. Su primer impulso había sido compartir la noticia con ella, pero sus relaciones eran meramente profesionales. Se quitó las gafas y se restregó los ojos. La experiencia de Italia los había aproximado, pensó. Durante el viaje de vuelta había estado recapacitando sobre sus sentimientos. Nunca se había sentido tan cerca de ninguna mujer pero, ¿qué ocurriría después?, se preguntó. ¿Qué quería él que ocurriera después?

La intrusión de *Sir* George lo había pillado desprevenido, y el anuncio subsiguiente de Kristin de que sólo serían amigos lo había sorprendido. Y desilusionado, se confesó dejando caer la cabeza entre las manos. Kristin parecía decidida a terminar con el romance incluso antes de que hubiera comenzado. ¿Pero por qué?, se preguntó.

¿Sería por James?, se preguntó. No sabía a ciencia cierta qué había entre ellos, pero quizá Kristin se sintiera culpable. Sin embargo, ¿cómo era posible que su respuesta en la cama hubiera sido tan apasionada si estaba enamorada de otro?, se preguntó.

¿Qué hacer? Si dejaba que sus relaciones se enfriaran cabía la posibilidad de que Kristin se aproximara más a James, pensó sintiendo de pronto una ola de angustia. En ese caso la perdería. Volvió a ponerse las gafas. Kristin no podía enamorarse de otro hombre, se dijo tratando de convencerse. Al menos en un futuro inmediato. Tenía demasiado trabajo y demasiada ambición profesional, y eso le daba tiempo para preparar una estrategia, para decidir qué era lo que quería, recapacitó.

Levantó la mano y presionó el botón del intercomunicador. Le contaría a Kristin la oferta de Kinnear. Necesitaba compartirlo con ella, pero se lo diría de un modo casual, al hilo de la discusión laboral.

—¿Podría decirle a Kristin que venga a mi despacho, por favor?

Un minuto más tarde su secretaria lo telefoneó diciendo que ella no estaba.

—Está bien, olvídelo.

Se puso en pie con la intención de ir a buscarla. Podía estar en cualquier parte.

—¿Dónde está tu jefa? —le preguntó a Pete.

—Se ha ido. Ha ido a ver a Gully Knox.

—¿A Gully Knox? —repitió Matthew alarmado.

—Esta mañana recibió una carta de él ofreciéndole una entrevista, así que lo llamó por teléfono y concertó una cita para hoy. No quería que él cambiara de opinión. Le pregunté si creía que era una buena idea, pero me dijo que no podía perder la oportunidad.

—¿Y dónde va a encontrarse con él?

—En su apartamento, creo.

—¿Sabes la dirección?

—No, pero tiene que estar en el ordenador.

—Búscala —ordenó Matthew—. ¡Ahora!

Un cuarto de hora más tarde Matthew estaba en un taxi. Pete se había ofrecido para ir a buscarla, pero él había insistido en hacerlo en persona. Necesitaba asegurarse de que Kristin estaba a salvo. Quizá estuviera exagerando, se dijo, pero no podía permanecer sentado en su despacho imaginando… temiéndose lo peor.

Gully Knox le estaba contando a Kristin sus estrictos puntos de vista sobre la ley y el orden. Creía en la teoría del «ojo por ojo y diente por diente». Mientras hablaba, sus palabras eran registradas en un magnetofón situado sobre una banqueta entre los dos. Kristin echó un vistazo a su alrededor. El salón resultaba feo y pobre. Miró por la ventana. El cielo, oscuro, entristecía aún más el ambiente. Estaba comenzando a llover.

Volvió la vista hacia el hombre que seguía hablando. Aquel individuo asustaba, y estaba segura de que él lo sabía. Se aprovechaba de ello. No dejaba de dirigirle miradas esperando a que se pusiera pálida y se horrorizara ante sus palabras. Sin embargo Kristin se controló.

—Estuve en el Este. Me compré un barco con un dinero que mi padre, que era abogado…

—No lo sabía —lo interrumpió Kristin.

El caso era retorcido, pensó. Un supuesto delincuente cuyo padre se había dedicado a hacer cumplir la ley.

—Me rogó que no se lo dijera a nadie. No le gustaba que lo relacionaran conmigo, le daba miedo mi notoriedad. Sin embargo ahora está muerto, así que… —se encogió de hombros—. Papá quería que yo siguiera sus pasos en la profesión, pero no quise. Di la vuelta al mundo en barco y al llegar a los veinte me encontré en Tailandia y sin dinero.

—¿Te lo habías gastado todo?

—En cada puerto disfrutaba del vino y las mujeres. Vendí el barco para pagar mis deudas y me hice portero vigilante de un *night-club* —sonrió—. Era muy fuerte.

—Hace dos meses que te escribí para entrevistarte. ¿Por qué has tardado tanto en contestar?

—Al principio no iba a contestar. Tenía tan mala prensa que me juré a mí mismo no volver a hablar con ningún periodista. Pero luego te vi en la televisión. Decidí escribirte, pero papá murió y por eso se retrasó.

—¿Y por qué el verme en televisión te hizo cambiar de opinión?

—Me recordaste a Shirley —sonrió.

Kristin se echó a temblar. Shirley había sido su primera esposa, desaparecida sin dejar rastro años atrás. ¿Acaso la había llamado para hacer lo mismo con ella?, se preguntó Kristin. ¿La mataría y haría desaparecer sus restos? Tenía que calmarse, reflexionó. Él quizá fuera un asesino, pero no era un estúpido. Nunca hubiera escrito una carta que pudiera incriminarlo en el caso de que a ella le sucediera algo.

—¿Shirley? —repitió.

—Es por las pecas. Shirley tenía pecas, me gustan las pecas. Así que pensé, ¿por qué no?

—Me alegro mucho de que lo hicieras, tus opiniones sobre cómo acabar con el crimen son muy interesantes.

—Tú eres mucho más guapa que Shirley —la interrumpió Gully Knox sonriendo—. Y tienes mejor tipo.

Kristin recordó la declaración de Gully Knox. Había dicho que su primera mujer sencillamente lo había abandonado. Era comprensible, se dijo. Pero era más verosímil la historia de que la había golpeado y asesinado. Miró el reloj con naturalidad y comentó:

—Tengo que irme. Has sido muy amable recibiéndome…

—Quiero que te quedes —declaró él.

El pánico se apoderó de Kristin.

—Lo siento —contestó apagando el magnetofón y poniéndose en pie—, pero llego tarde y…

Gully Knox se levantó de la silla y le bloqueó la salida.

—Estoy aburrido. He tratado de buscar un empleo, pero nadie quiere darme trabajo. Están aterrorizados, diría yo. Quédate otro rato más.

Kristin vaciló. Le daba miedo tener que pasar por delante de él, así que se sentó.

—Me quedaré unos minutos más.

Tenía la carne de gallina, pero se negaba a demostrarle el miedo que sentía. ¿Por qué habría acudido sola a la cita?, se preguntó. Sólo

para impresionar a Matthew, se dijo, para conseguir su admiración. Había despreciado el peligro y lo estaba lamentando.

—Se pueden hacer muchas cosas para dejar de estar aburrido —declaró buscando algo que decir.

—¿Por ejemplo?

—Salir a pasear, hacer *jogging*, tener un *hobby*. O —de pronto tuvo una idea—, ¿qué te parece escribir tus memorias?

—¿Y crees que la gente las leería?

—Sería un *best-seller*. Has estado en sitios interesantes, has hecho cosas interesantes —vaciló—. Pero tendrías que incluir unos capítulos sobre tus dos esposas.

—Claro, pero de una forma vaga. Dejaré que todos sigan imaginando. ¿Alguna sugerencia de cómo debo comenzar?

—Sería una buena idea…

Kristin sonrió. Seguía sonriendo cuando salió del edificio diez minutos más tarde. Sonriendo y con el corazón aliviado. ¿Qué importaba que estuviera lloviendo y no tuviera paraguas?, se dijo. Seguía viva.

De pronto escuchó el sonido de pisadas mojadas sobre el pavimento y miró para arriba. Matthew corría hacia ella, y estaba empapado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó sorprendida.

—¿Es qué crees que iba a sentarme a esperar la nota de tu rescate? He venido porque… pensé que estabas en peligro —añadió escrutando su rostro y tomándolo entre las manos con aire de satisfacción—. Aunque es evidente que le has gustado a ese bastardo. ¡Debería de habérmelo imaginado!

—¡No le he gustado, sólo he conseguido una exclusiva para el *Ambassador* sobre sus memorias! —anunció Kristin triunfante.

Matthew tragó y se retiró el pelo de la frente.

—¡Al diablo con la exclusiva! Tengo la suficiente experiencia como para saber cuándo no debo insistir. Pero tú, ¿es qué eres una completa irresponsable, o sencillamente eres tonta? ¿Es qué no se te ha ocurrido pensar que ese hombre te podía citar con objetivos macabros y retorcidos?

Matthew la miró fijamente. Había estado tan preocupado que encontrarla así, sonriendo alegremente, malograba el alivio que sentía de verla sana y salva. Estaba furioso.

—Dijiste que podía ser la noticia del año. Pensé que te alegrarías —protestó Kristin—. Vamos a refugiarnos bajo la parada del autobús.

—¿Alegrarme? He pasado una mañana infernal. No sabía con qué me iba a encontrar, si te habría secuestrado o matado. Te dije que ese

tipo era violento…

—Lo sé.

—¿Y no te importa? ¡No, claro que no! Eres como una niña jugando a ser mayor —continuó Matthew enfurecido—. ¡No deberías de salir a la calle sola! ¡Eres…!

—Me he comportado como una tonta —rió Kristin medio llorando.

—¡Exacto! —contestó Matthew observando que estaba nerviosa—. ¿Has pasado mucho miedo?

—Estaba aterrorizada —confesó Kristin temblando.

—Ven aquí —dijo Matthew abriendo los brazos. Kristin se acercó y él la apretó contra sí—. No te ha tocado, ¿verdad?

—No, pero cuando me iba a marchar me dijo que me quedara. Me dio miedo decirle que no por si perdía los estribos, así que me quedé. Me dijo que le recordaba a su primera mujer, y no me sorprendería que la hubiera matado —explicó abrazándolo por la nuca—. Muchas gracias por venir a rescatarme.

Matthew apoyó la frente contra la de ella y confesó:

—No podía estar apartado de ti.

Kristin se abrazó a él sintiéndose fortalecida y reconfortada. Luego se soltó y preguntó:

—¿Por qué estás tan mojado?

—El taxi me dejó en un edificio equivocado. He pasado un cuarto de hora buscándote. ¡Taxi! —gritó de pronto sacudiendo la mano.

—Eso es tener suerte —comentó Kristin.

—Mucha. A Kensington —ordenó al conductor mientras ambos entraban.

En el taxi Kristin le contó a Matthew las opiniones de Gully Knox y la historia de su vida.

—Creo que vas a escribir un artículo fabuloso —declaró Matthew.

—Espero. Yo seguiré en el taxi hasta mi casa para cambiarme de ropa —dijo Kristin mientras entraban en la plaza ajardinada—. No estoy muy mojada, pero…

—Puedes secarla en mi casa. Tengo secadora —contestó él—. Tenemos que hablar.

Kristin asintió. Matthew se había calmado, así que lo más probable era que quisiera volver a insistir en que tuviera cuidado y no se lanzara al peligro sin pensarlo antes. En realidad no le hacía ninguna falta, pensó. Había sido impulsiva, pero había aprendido la lección.

Matthew abrió la puerta de su apartamento y le ofreció un albornoz.

—Dame tu ropa, la pondré en la secadora. Voy a llamar a Pete para decirle que estás bien —dijo desapareciendo.

Kristin se quedó sola en el dormitorio y se quitó la ropa quedándose sólo con las bragas y el sujetador. Luego se puso el albornoz y se lo ató. Era… perturbador llevar el albornoz de Matthew que, por otra parte, le quedaba inmenso.

—¿Has hablado con Pete? —preguntó saliendo a la cocina para buscar a Matthew.

—Sí, ya le he calmado —contestó él tomando su ropa y metiéndola en la máquina—. Tengo que ducharme. Ven conmigo.

—¿Al baño? —protestó Kristin—. ¿Contigo?

—No puedo estar mucho rato fuera de la oficina. Si hablamos mientras me ducho ganaré tiempo. Es un poco tarde para sentirnos cohibidos, ¿no crees? —preguntó al verla fruncir el ceño—. Me has visto desnudo antes. Te has acostado conmigo y…

—¿Por dónde es? —lo interrumpió Kristin.

Kristin trató por todos los medios de no inmutarse mientras lo veía quitarse la ropa, pero era imposible. Se le cortó la respiración y el pulso se le aceleró.

—Quieres insistir en lo tonta que he sido al ir a ver a Gully Knox —comentó mientras Matthew abría el grifo y se metía en la ducha—. Fue un impulso, pero nunca más volveré a actuar tan impulsivamente. Nunca —prometió.

—Ésa es una decisión inteligente —contestó Matthew de espaldas mientras se enjabonaba—, pero no era de eso de lo que quería hablarte. Quería que habláramos de nosotros.

—¿De nosotros? —inquirió Kristin arqueando las cejas.

—La razón por la que he salido a buscarte esta mañana es que… —se dio la vuelta para mirarla a través del cristal de la mampara—… te quiero.

Kristin sintió que sus labios se curvaban en una sonrisa sin poder evitarlo.

—¿Me quieres?

—Sí. Sé que piensas que en Italia sólo hicimos el amor para divertirnos —continuó—, pero para mí significó algo más. Mucho más. Nunca esperé que pudiera sentirme así, no esperaba que fuera algo tan intenso y tan rápido, y sé que las circunstancias…

—¿Qué circunstancias? —frunció el ceño.

—Bueno, el hecho de que estemos trabajando juntos. Dios sabe que no quiero asustarte como tu último novio, pero esta mañana, cuando creí que… Bueno, me he dado cuenta. He comprendido que sé lo que quiero que ocurra. Que… —de pronto se interrumpió y la miró severo—. ¿Estás enamorada de James?

—No.

—¿En absoluto?

—No —volvió a confirmar Kristin viéndolo cerrar el grifo y ofreciéndole una toalla—. Ni lo estoy ni tengo relación alguna con él.

—¡Gracias a Dios! —contestó Matthew secándose la cara y el pelo. Abrió la puerta de la ducha y preguntó—: ¿Quieres casarte conmigo?

La felicidad la colmó. Deseaba alargar los brazos y gritarle que sí, sí, sí. Pero vaciló. Acababa de prometer que nunca volvería a actuar impulsivamente, de modo que debía pensarlo.

—¿Y qué hay de Amanda?

Matthew frunció el ceño. Por un momento había creído que ella iba a saltar de alegría y a decir que sí, pero de pronto su aspecto era solemne.

—¿Qué Amanda? —preguntó enrollándose la toalla.

—Amanda Cousins. Me dijiste que aún pensabas en ella y…

—¿Cuándo te dije eso?

—Después de lo de Flytes Keep. Dijiste que creías que era ella.

—Me lo inventé.

—¿En serio?

—Te lo juro —asintió poniéndose la toalla por la cintura—. No esperaba estar en casa a estas horas, así que no hay nada en la nevera —añadió de pronto—. Pero puedo preparar…

—Me conformo con un café —lo interrumpió Kristin pendiente de sus palabras.

—En Flytes Keep sabía que era a ti a quien estaba… acariciando —continuó Matthew mientras volvía a la cocina—, pero me figuré que la verdad no iba a sonar muy bien, así que me inventé esa historia.

—¿Pero aún sigues pensando en Amanda? —exigió saber Kristin.

—Nunca pienso en ella —contestó Matthew llenando de agua la cafetera—. ¿Leche y azúcar? —preguntó sacando de un armario dos tazas y un azucarero.

—Sí, sólo una cucharada. Amanda me contó que te rompió el corazón. Sé que hace mucho tiempo, pero…

—Cuando rompimos me sentí aliviado —sacudió la cabeza—, pero supongo que el ego de Amanda es incapaz de reconocerlo.

—Sin embargo no pusiste pegas a la factura de la limusina.

—¿Y por eso pensaste que aún la quería? —preguntó Matthew pasándose una mano por el pecho lleno de vello negro.

—Sí —contestó Kristin hipnotizada.

—No puse pegas porque supuse que te habría estafado como me hizo a mí.

—¿Amanda te estafó?

Matthew asintió y preparó los cafés.

—Vamos a sentarnos —dijo dirigiéndose al salón—. Cuando conocí a Amanda sólo podía pensar en lo guapa que era.

—Es muy guapa.

—Lo es, por fuera. Pero al conocerla comprendí que podía darle clases de política a Maquiavelo. Ella tiene dos metas en su vida: ser famosa y ser rica. Yo entonces era sólo un reportero, pero para ella era un contacto con la prensa, así que decidió cultivar nuestra amistad.

Kristin lo observó sentado en el sofá y envuelto en la toalla. Le caía el pelo por la frente, y sus hombros eran anchos y el torso musculoso.

—Puede que le gustaras.

—Un poco, pero el verdadero atractivo que tenía para ella era mi trabajo. Podía utilizarlo para avanzar en su carrera.

—¿Y la ayudaste?

—Sí. La incluí en una serie de entrevistas sobre jóvenes talentos. Ella tenía un programa matutino en la televisión, y con la entrevista decidieron darle más trabajo en ese medio. El problema fue que, aunque estaba encantada, quería más. Le expliqué que no podía hacerle más entrevistas, pero me exigió que hablara con otros periodistas.

—¿Y al final te cansaste?

—Sí, comprendí que no quería seguir ayudándola. Entonces empezó a hacerme escenas y a decirme que no quería que triunfara. Era toda una actriz. Quería librarme de ella. Además de exigirme publicidad hacía reservas a mi nombre en restaurantes caros.

—Donde todos pudieran verla —intervino Kristin.

—Exacto. Yo entonces no ganaba mucho dinero, pero por supuesto siempre pagaba. De todos modos, cuando comprendió que yo estaba perdiendo el interés por ella, se impacientó. Era incapaz de soportarlo, así que comenzó a pasar por mi apartamento. Quería volver a ganarse mi amistad. Supongo que para ella era una novedad el que un hombre la rechazara.

—¿Se quitaba y ponía las gafas continuamente? —inquirió Kristin.

—Como un yo-yo. Un día cometí el error de decirle que iba a tener una entrevista con Thomas Kinnear en un restaurante.

—¿Te pidió que la llevaras?

—Me lo rogó. Estaba convencida de que Thomas Kinnear se enamoraría de ella en cuanto la viera. Yo no le dije el nombre del restaurante, pero cuando llegué ella ya estaba allí. Kinnear iba a llegar de un momento a otro, así que no quise discutir. Y luego apareciste tú —terminó sacudiendo la cabeza incrédulo.

—Entonces te dejó al oír mis acusaciones —sugirió Kristin.

—¡Oh, no! No le importaba nada lo que yo hiciera, sólo se

preocupaba de ella misma. No, fui yo quien se marchó después de Kinnear. Estaba tan enfadado contigo que la tomé con ella. Le dije que era una egoísta y una manipuladora y que no quería volver a verla.

—¿En el restaurante? ¿Y cómo se lo tomó?

—Al principio se horrorizó, hizo como si no pudiera creerlo, pero en cuanto salió del restaurante se puso a correr.

—¿Y es por el hecho de que ella fuera tan ambiciosa por lo que pensaste que yo también lo era? —inquirió Kristin.

—Me temo que sí. Mi experiencia con ella me hizo ser muy suspicaz con las mujeres. Pero tú no eres como ella. Tú eres amable, cariñosa… —Matthew se inclinó en el sofá. Kristin tenía el albornoz ligeramente abierto mostrando los pechos en el sujetador. Deslizó los dedos por aquellas suaves curvas y añadió—: *Sexy* y divertida. Y te amo.

Kristin sonrió. Se sentía deliciosamente viva, excitada.

—Yo también te amo.

—Entonces, Kristin, por favor, ¿te casarás conmigo? Sé que planeabas esperar hasta los treinta años, pero… —rogó Matthew nervioso—… no puedo aguantar tanto.

—Ni yo.

—¿Y eso significa?

—Significa —contestó Kristin abrazándolo por el cuello— que me casaré contigo. Sí, sí, sí. Pero, ¿seguiremos trabajando juntos?

—¿Qué tiene de malo? Yo me alegro mucho de trabajar con mi esposa, y estoy seguro de que en la oficina todo irá bien. Dirán que era inevitable.

—Creo que todos se alegrarán.

—¿Cuánto tiempo quieres esperar para que nos casemos? —inquirió Matthew.

—¿Cuánto tiempo se tarda en arreglar los papeles?

—Un par de meses, supongo. Quiero que sea una boda clásica, en una iglesia. No pienso casarme dos veces.

—Ni yo. Esperaremos dos meses.

Matthew sonrió y puso un brazo a su alrededor para tenerla cerca.

—Entonces que sean dos meses —confirmó besándola.

Aquel beso les llevó a otro, y otro, y otro. Cuando por fin Matthew se soltó ambos respiraban entrecortadamente.

—No deberías de estar tanto tiempo fuera de la oficina —le recordó Kristin mientras él le quitaba el albornoz—, ni yo tampoco.

—No, pero aún tengo un par de cosas importantes que hacer antes de volver —contestó Matthew besando su pecho—. ¿Te imaginas cuál es la primera?

—Tengo una vaga idea —sonrió Kristin—. Pero querrás hacerlo bien, ¿no? Es decir, no en el sofá.

—Exacto.

En el dormitorio, Matthew terminó de desvestirla y se quitó la toalla. La tendió sobre la cama junto a él y la besó. Sus manos la acariciaron todo el cuerpo, y la respuesta de Kristin fue apasionada.

Aquella vez lo hicieron de un modo diferente. El saber que se amaban el uno al otro le daba al sexo una profundidad, una grandeza y una felicidad mayores. Era reconfortante.

—No creo que pueda retenerme mucho más tiempo —murmuró Matthew mientras cubría el cuerpo de Kristin con el suyo.

—No quiero que sigas esperando, te quiero ahora —contestó Kristin poniendo una mano sobre su muslo.

—¡Dios! Kris, te quiero tanto.

—Y yo a ti —contestó Kristin levantando las caderas.

Juntos se movieron a un ritmo tan antiguo como el mismo mundo. Un ritmo compartido, en el que ambos daban y tomaban, y que hacía latir sus corazones mezclando su piel. Un ritmo que los llevaba a una costa salvaje… para dejarlos luego sumidos en un oscuro y dulce olvido.

—Dijiste que Gully Knox escribiría la historia de su vida y nos daría los derechos en exclusiva —recordó Matthew.

—Eso me dijo, aunque puede que cambie de opinión. Como fui yo quien le sugirió la idea está dispuesto a concedernos la exclusiva. ¿Te interesa?

—Por supuesto —contestó Matthew apretando su mano—. Eres una chica fantástica.

A media tarde estaban en un taxi camino de Hammersmith.

—A propósito, Thomas Kinnear me ha ofrecido un empleo esta mañana —comentó Matthew recordando de pronto.

—¡Es fantástico! No quería que fueras el director de uno de sus periódicos, y ahora resulta que quiere que los dirijas todos.

—Sí, pero es sólo porque el *Ambassador* es un éxito.

—¿Y qué vas a hacer?

—Quiero quedarme en donde estoy hasta que el periódico tenga un prestigio seguro, lo cual me llevará dos o tres años más, pero le escribiré diciéndole que puede que me interese en el futuro. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

—Tú podrías dejar también el *Ambassador*, o quizá para entonces ya lo hayas dejado.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó Kristin con ojos brillantes.

—Sé que te preocupa tu carrera, pero querrás tener niños, ¿no?

—Quiero tener niños contigo —declaró besándolo—. Para mí no es un problema lo de trabajar dentro y fuera de casa. Cuando tengamos hijos me quedaré en casa.

—¿No te importa? —preguntó Matthew mientras el taxi llegaba al edificio del *Ambassador*.

—No, en mi opinión ser madre es una ocupación completa, aunque puede que haga algún trabajito como *free-lance*.

—¿Cómo la columna para el *Trend*?

—Podría ser.

Matthew pagó al taxista y ambos salieron. Antes de llegar al vestíbulo vieron a *Sir* George que salía. Se detuvo y sonrió.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Kristin.

Matthew la miró. Sabía qué era lo que estaba pensando.

—Esta es la razón por la que tenía que hacer dos cosas antes de volver a la oficina —declaró en voz baja.

—He venido a verte, Matt, pero no estabas.

—He estado ocupado —miró a Kristin—. Nos hemos comprometido.

—¿Es una broma? —preguntó *Sir* George mirándolos cauto.

—No, es cierto —contestó Matthew tomando la mano de Kristin y alzándola para que viera el anillo con un diamante que habían estado comprando minutos antes en una joyería.

—¡Es un anillo espléndido! —contestó *Sir* George.

—La dama especificó que quería un diamante grande —comentó Matthew arqueando las cejas.

—¿Y cuándo vais a casaros?

—Dentro de un par de meses.

—Emily y tú estáis invitados —intervino Kristin.

Sir George la abrazó y estrechó la mano de Matthew con entusiasmo.

—¡Enhorabuena! Tenemos que anunciarlo —declaró haciéndoles entrar en el edificio—. Siempre supe que estabais hechos el uno para el otro.

Matthew abrazó a la mujer que amaba y contestó:

—Y lo estamos —sonrió—. Lo estamos.

Fin